

LA UTOPIA DEL NORTE PROLETARIO

La revolución anarcosindicalista de 1911 en la Baja California



Gabriel Trujillo Muñoz

Esta obra narra el movimiento anarcosindicalista de 1911 en la Baja California.

La Rebelión formó parte de una campaña de carácter anarquista impulsada por el Partido Liberal Mexicano (PLM) en el contexto de la Revolución mexicana.

Los rebeldes se enfrentaron a las fuerzas del régimen de Porfirio Díaz y más tarde a las del gobierno provisional de Francisco León de la Barra apoyado por grupos maderistas.

Somos la plebe; pero no la plebe de los faraones, mustia y doliente; ni la plebe de los césares, abyecta y servil; ni la plebe que bate palmas al paso de Porfirio Díaz. Somos la plebe rebelde al yugo; somos la plebe de Espartaco, la plebe que con Müntzer proclama la igualdad, la plebe que con Desmoulins aplasta la Bastilla.

Los revolucionarios vamos adelante. El abismo no nos detiene: el agua es más bella despeñándose.

Si morimos, moriremos como soles: despidiendo luz.

Ricardo Flores Magón
Regeneración, 1-X-1910



Gabriel Trujillo Muñoz

LA UTOPIA DEL NORTE FRONTERIZO

LA REVOLUCIÓN

ANARCOSINDICALISTA DE 1911

**Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México
Secretaría de Educación Pública**

Gabriel Trujillo Muñoz

LA UTOPIA DEL NORTE FRONTERIZO

La revolución anarcosindicalista de 1911

INEHRM

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES
DE MÉXICO

Primera edición en formato electrónico, 2012

Imagen de portada original: Ricardo Flores Magón, SINAFO,
Fototeca Nacional, CNCA-INAH.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

INDICE DE CONTENIDO

I. Una utopía llamada Tierra y Libertad

II. Baja California: el porfiriato como edad de oro

III. La revolución que llegó de California

IV. Los revolucionarios y contrarrevolucionarios ¿quiénes eran?

- Los revolucionarios anarcosindicalistas
- Los contrarrevolucionarios porfiristas
- Esteban Cantú: porfirista, huertista filibustero

V. La revolución tardía: 1911–1937

VI. La revolución traicionada, vilipendiada, tergiversada

X. Lecciones para la historia

XI. Los hombres salvajes de la bandera roja

Bibliografía básica

Acerca del autor

Ir a Baja California no era participar únicamente en una campaña militar, sino fundar una obra de reconstrucción social. Allí se iba a empezar una nueva vida; tomar las tierras, poblar, no son actitudes pasajeras, sino de arraigamiento. Baja California es la utopía de Flores Mogón.

EDUARDO BLANQUEL, 1985

Somos la plebe; pero no la plebe de los faraones, mustia y doliente; ni la plebe de los cesares, abyecta y servil; ni la plebe que bate palmas al paso de Porfirio Díaz. Somos la plebe rebelde al yugo; somos la plebe de Espartaco, la plebe que con Munzer proclama la igualdad, la plebe que con Camilo Desmoulins aplasta la Bastilla, la plebe que con Hidalgo incendia Granaditas, somos la plebe que con Juárez sostiene la Reforma.

Somos la plebe que despierta en medio de la francachela de los hartos y arroja a los cuatro vientos esta frase formidable: “Todos tenemos derecho a ser libres y felices” [...] los revolucionarios vamos adelante. El abismo no nos detiene: el agua es más bella despeñándose.

Si morimos, moriremos como soles: despidiendo luz.

RICARDO FLORES MAGÓN, *Regeneración*, I-X-1910

I. UNA UTOPIA LLAMADA TIERRA Y LIBERTAD

Una de las cuestiones primordiales de la Revolución Mexicana es su intempestiva aparición, su arribo sorpresivo para buena parte de la población, especialmente para aquellos que viven y trabajan, cómodamente situados, en el apacible régimen porfirista. Cuando llega la revolución, entre 1910 y 1911, llega como una sorpresa para demasiada gente. Si uno busca textos premonitorios, análisis de lo que estaba por ocurrir, no los encuentra. Hay quejas y críticas, pero pocos intelectuales ven venir la bola (la explosión social de un pueblo harto de ser tratado como niño), ese cataclismo que disloca toda la estructura política y social, esa guerra civil que termina por incendiar al país por toda una década. Hablo aquí de la revolución tanto en su ala moderada (el maderismo) como en su ala radical (el magonismo).

Sin embargo, la independencia y la revolución, como Galileo lo dijera, se mueven, siguen siendo acontecimientos torales para explicarnos lo que somos, lo que nos falta por

ser. Las promesas incumplidas y las quimeras que no se han vuelto realidad. En 2010 celebramos dos terremotos que dislocaron el eje político y social del país y que nos cambiaron la forma de vernos a nosotros mismos y a nuestras instituciones. A pesar de todas las traiciones posteriores, estos dos movimientos nos desgarraron de tal manera que nunca volvimos a ser iguales. Gracias a la independencia, ya no nos vimos como españoles de tercera sino como mexicanos: simple y llanamente. Y gracias a la revolución supimos que ningún gobierno dura para siempre, que un dictador vive mientras el pueblo quiere.

Desde el México independiente hasta la restauración conservadora de nuestros días, pienso que somos un país a medio hacer, una nación de retazos (ideológicos, religiosos, políticos) cosidos sin ton ni son; un monstruo, como el del doctor Frankenstein, que cada cien años se levanta, por la fuerza dolorosa de las descargas eléctricas, y pregunta a los aterrados ciudadanos:

–¿Quién soy yo? ¿Qué hago aquí? ¿Quién me hizo como soy?

Sólo hay que tener presente una cosa: estas preguntas siguen acosándonos aún hoy en día. Son una declaración de que somos un país hecho con pedazos de diferentes orígenes, con piezas de distintas ideologías: más contrapuestas que complementarias. Tal es el rasgo que, paradoja de paradojas, une a los independentistas de 1810,

a los revolucionarios de 1910 y a los mexicanos de 2010. Su orgullosa diferencia. Su impetuosa individualidad. Sus relatos antagónicos.

Por eso pienso en que las gestas de la independencia y de la revolución pueden ser contadas de diferente manera desde la periferia de la patria, desde la frontera norte de México, desde el septentrión bajacaliforniano. Veamos esta narrativa histórica no desde una visión centralista sino desde el extremo fronterizo, allí donde el relato oficial cambia de signos, allí donde el discurso de lo marginal se vuelve esencial para comprender quiénes fuimos en 1810 y 1910, es decir, para entender realmente quiénes somos ahora, en 2010. Y el mejor ejemplo para elucidar cómo una revolución es manipulada por sus enemigos, cómo es tergiversada para que los revolucionarios aparezcan como villanos y los villanos como héroes, lo podemos encontrar en la revolución anarcosindicalista de los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón.

Una revolución poco mencionada en los libros de historia porque no encaja en la versión oficial de la Revolución Mexicana, en donde los años de 1910 a 1911 todo levantamiento armado es maderista o termina uniéndose a este movimiento. Sólo que hubo una excepción: la del Partido Liberal Mexicano y su campaña revolucionaria en Baja California, un alzamiento armado que tuvo una importancia vital para dislocar el régimen dictatorial del general Porfirio Díaz y que demostró la tesis de los floresmagonistas: el

cambiar a un dictador por otro amo no implicaba que el sistema de la dictadura militar porfirista hubiera concluido. Al contrario, como el propio Francisco I. Madero lo sufriría en carne propia y lo pagaría con su vida, el sistema (la mentalidad autoritaria porfirista) campeaba en muchos estratos de la sociedad mexicana. Y lo que pasó en Baja California entre 1911 y 1937 lo confirma con creces. La Revolución Mexicana triunfa de fachada, de los dientes para afuera, en muchas partes del país, pero las riendas del poder siguen en manos de los viejos porfiristas. Baja California lo demuestra con los gobiernos que hay de 1911 a 1920 y especialmente con el gobierno del coronel Esteban Cantú (1914–1920), que gobierna al margen de los postulados de la Revolución Mexicana y que, cuando finalmente huye a Estados Unidos, las tropas revolucionarias que llegan al Distrito Norte de la Baja California descubren que calles y avenidas, plazas y escuelas, todavía llevan el nombre de Porfirio Díaz, como si la entidad fuera una zona del país donde la dictadura del general siguiera viva y en el poder.

En realidad, eso fue exactamente lo que sucedió en Baja California en 1911 y eso es lo que este libro plantea, analiza y critica. Una historia de la revolución más radical que hubo en México (la anarcosindicalista) y de sus consecuencias inmediatas: la campaña de descrédito contra estos revolucionarios y la contrarrevolución conservadora que mantuvieron, en nuestra entidad y por varias décadas, militares como Celso Vega y Esteban Cantú, así como

intelectuales porfiristas como Rómulo Velasco Ceballos y Enrique Aldrete.

Este libro sólo quiere devolver a su lugar, en la historia nacional y regional, a los revolucionarios floresmagonistas, tanto nativos como extranjeros, tanto mexicanos como estadounidenses, italianos, alemanes, canadienses, británicos y afroamericanos, que murieron por liberar a México de una dictadura a perpetuidad y que obtuvieron como recompensa una tumba anónima, una fosa colectiva en las tierras fronterizas de Baja California.

Es hora ya de darles el respeto que merecen a estos hombres y mujeres que, viniendo de todas partes del mundo, se solidarizaron con nosotros, los mexicanos, y pelearon por un México libre, justo, fraterno, por una utopía llamada Tierra y Libertad.

Es tiempo de preguntarnos: ¿Hubo Revolución Mexicana en Baja California?

Y es momento de contestar: sí, la hubo.

Se llamó revolución floresmagonista.

Y ésta es su historia.

Gabriel Trujillo Muñoz Mexicali, Baja California,
24 de septiembre de 2010–18 de marzo de 2012



English Section
Page 4

Regeneración

Semana! Revolucionario
LOS ANGELES, CAL. SABADO 7 DE MARZO DE 1936.

English Section
Page 4

NUMERO 175

A los Proletarios Carrancistas

La propaganda de la revolución ha sido una constante en los últimos meses. Los carrancistas, que se han dado cuenta de que su régimen está llegando a su fin, han intentado por todos los medios mantenerse en el poder. Han recurrido a la fuerza, a la corrupción y a la traición. Pero el pueblo, que ha sufrido demasiado de su tiranía, no se deja engañar por sus trucos. Sigue firme en su fe en la revolución y en la victoria del proletariado. Los carrancistas, por su parte, se han vuelto cada vez más desesperados. Han intentado silenciar a los revolucionarios, pero han fracasado. Los revolucionarios siguen hablando y actuando. Y el pueblo sigue escuchando y apoyando. La revolución es inevitable. Los carrancistas lo saben, pero no quieren aceptarlo. Por eso, se han vuelto más violentos y más sanguinarios. Pero eso solo los hace más odiados. El pueblo los odia más que nunca. Y eso es lo que los llevará a su ruina. La revolución triunfará. Y los carrancistas pagarán el precio de su traición y de su crueldad.

Hacia la Muerte

Puede que estáis para condenar a la muerte a los carrancistas. Pero no os olvidéis de que vosotros también podéis morir. La muerte es una constante en la vida. Y los carrancistas no son la excepción. Han vivido una vida de placer y de lujo, pero ahora están llegando a su fin. Han acumulado riquezas, pero ahora están perdiendo todo. Han intentado escapar, pero han sido atrapados. Ahora están esperando su sentencia. Y su sentencia es la muerte. La muerte es el destino de todos los tiranos. Los carrancistas no son la excepción. Han cometido demasiados crímenes. Han matado a muchos inocentes. Han robado a muchos pobres. Han hecho todo lo posible para mantenerse en el poder, pero ahora están cayendo. La muerte es su castigo. Y es un castigo que merecen. Los carrancistas, por su parte, se han vuelto cada vez más desesperados. Han intentado silenciar a los revolucionarios, pero han fracasado. Los revolucionarios siguen hablando y actuando. Y el pueblo sigue escuchando y apoyando. La revolución es inevitable. Los carrancistas lo saben, pero no quieren aceptarlo. Por eso, se han vuelto más violentos y más sanguinarios. Pero eso solo los hace más odiados. El pueblo los odia más que nunca. Y eso es lo que los llevará a su ruina. La revolución triunfará. Y los carrancistas pagarán el precio de su traición y de su crueldad.

Contra el Deficit

Los más diligentes de los carrancistas, los que se han dado cuenta de que su régimen está llegando a su fin, han intentado por todos los medios mantenerse en el poder. Han recurrido a la fuerza, a la corrupción y a la traición. Pero el pueblo, que ha sufrido demasiado de su tiranía, no se deja engañar por sus trucos. Sigue firme en su fe en la revolución y en la victoria del proletariado. Los carrancistas, por su parte, se han vuelto cada vez más desesperados. Han intentado silenciar a los revolucionarios, pero han fracasado. Los revolucionarios siguen hablando y actuando. Y el pueblo sigue escuchando y apoyando. La revolución es inevitable. Los carrancistas lo saben, pero no quieren aceptarlo. Por eso, se han vuelto más violentos y más sanguinarios. Pero eso solo los hace más odiados. El pueblo los odia más que nunca. Y eso es lo que los llevará a su ruina. La revolución triunfará. Y los carrancistas pagarán el precio de su traición y de su crueldad.

Gran Huelga General

Los carrancistas, que se han dado cuenta de que su régimen está llegando a su fin, han intentado por todos los medios mantenerse en el poder. Han recurrido a la fuerza, a la corrupción y a la traición. Pero el pueblo, que ha sufrido demasiado de su tiranía, no se deja engañar por sus trucos. Sigue firme en su fe en la revolución y en la victoria del proletariado. Los carrancistas, por su parte, se han vuelto cada vez más desesperados. Han intentado silenciar a los revolucionarios, pero han fracasado. Los revolucionarios siguen hablando y actuando. Y el pueblo sigue escuchando y apoyando. La revolución es inevitable. Los carrancistas lo saben, pero no quieren aceptarlo. Por eso, se han vuelto más violentos y más sanguinarios. Pero eso solo los hace más odiados. El pueblo los odia más que nunca. Y eso es lo que los llevará a su ruina. La revolución triunfará. Y los carrancistas pagarán el precio de su traición y de su crueldad.

II. BAJA CALIFORNIA: EL PORFIRIATO COMO EDAD DE ORO

En 1848, a causa del destino manifiesto de Estados Unidos de América (en su expansionismo galopante) y de la ineptitud del gobierno del general Antonio López de Santa Anna, México pierde la mitad de su territorio a manos del vecino del norte. Para los habitantes de la zona norte de la Baja California, que se han salvado casi fortuitamente de ser parte del botín de guerra norteamericano, la situación a la que se enfrentan cambia sus expectativas de vida de una forma nunca antes vista. La presencia de los estadounidenses, primero como simples ciudadanos y viajeros, más tarde como comerciantes, mineros y agricultores, nos convertirá en una sociedad de frontera con la cultura anglosajona y el modo de vida estadounidense. Los pueblos del norte bajacaliforniano nacen, pues, por gracia del comercio, las comunicaciones o la explotación industrial de

las riquezas mineras. Sin memoria del pasado colonial, su sino es el futuro, la esperanza ávida de fortuna, el empeñoso espejismo del trabajo arduo en un territorio hostil que no ofrece nada gratis.

De ahí surgen los poblados. De ahí y de la presencia norteamericana que se cuela por todas partes, que toma posesión de tierras, contratos, poderes. Las fechas no mienten: Ensenada es fundada oficialmente en 1882, Tijuana en 1889, Tecate en 1892 y Mexicali en 1903. El auge de la agricultura tecnificada, de la minería y las actividades turísticas y recreativas apuntalan una sociedad de frontera que vive a expensas del vecino del norte. Y más si a los vecinos del norte se les suman los migrantes extranjeros que llegan a trabajar para las empresas estadounidenses, es decir, la aparición multitudinaria de chinos, japoneses, hindúes y rusos en la costa del Pacífico y en la zona desértica del entonces Distrito Norte de la Baja California da pie a una sociedad multiétnica y multicultural. El centro de la actividad comercial e industrial se localiza en el puerto de Ensenada, en la costa del Pacífico. La división territorial quedó establecida, por decreto del presidente José Joaquín de Herrera, el 12 de abril de 1849, quedando el territorio de Baja California dividido en dos Partidos: Norte y Sur. Para el primero de enero de 1888, el Partido Norte de la Baja California pasa a ser Distrito Norte, con capital en Ensenada.

Pero la paz porfirista y los ideales del progreso, junto con el capital extranjero (compañías mineras y colonizadoras),

estaban a punto de estrellarse con los cambios políticos y sociales que traería consigo la Revolución Maderista de 1910. Ya para entonces, Ensenada es una población de 2000 habitantes, la mayoría de los cuales disfruta la dictadura, pues la casta militar y la casta empresarial han encontrado que pueden permitirse hacer negocios, legales e ilegales, para beneficio de comerciantes, oficiales del ejército, empleados del gobierno y representantes de las empresas extranjeras por igual. Se vive la dictadura sin meterse en política: cada quien para sus ganancias, cada uno para su siguiente negocio. Los bajacalifornianos que cuentan, los que orgullosamente se autodenominan como “gente de razón”, comienzan a ver con preocupación que el país entero se estremece ante los hechos revolucionarios de los “bandidos maderistas”, ante un pueblo de léperos y ladrones que asalta la sacrosanta paz porfirista. El 5 de diciembre de 1910, el ayuntamiento de Ensenada publica en su *Periódico oficial* dos importantes acuerdos. Manuel Labastida, presidente municipal, los regidores Carlos Ptacnik, Maximiliano Caballero, Gabriel Victoria, David Goldbaum, Hilario Navarro, Enrique B. Cota y Enrique Aldrete manifiestan su adhesión a la dictadura y así difunden, a todo México y para que no queden dudas, que son mexicanos leales al gobierno:

Primero: en nombre del pueblo del Distrito Norte de Baja California se protesta enérgicamente contra los desmanes cometidos en algunos lugares del país por los agitadores antirreeleccionistas que han pretendido, por

medio de la violencia, derrocar al gobierno de la república constituido legítimamente.

Segundo: Se envía voto de confianza al presidente, General Porfirio Díaz y al vicepresidente, Ramón Corral.

Es la solidaridad de unos ciudadanos mexicanos que están a favor del orden porfirista y que apuestan sus fortunas a la preservación del *statu quo* de la dictadura ante un futuro cargado de zozobras. Pero el problema principal para estos bajacalifornianos tan lejos de Dios y tan cerca de los negocios de los gringos, franceses y británicos, de los que muchos son socios o representantes, es que la principal amenaza para la estabilidad del Distrito Norte de la Baja California no son los maderistas antirreeleccionistas. Y es que las ideas revolucionarias están filtrándose bajo sus narices. Una hoja periodística titulada *Regeneración* se cuela por ranchos y poblados, llevando mensajes de protesta y de rebelión contra los ricos, contra las empresas extranjeras, contra el ejército porfirista y contra el mismísimo dictador. Mientras los ensenadenses ven pasar desfiles militares o bailan en el teatro Centenario y brindan a la salud del viejo dictador, obreros, mineros, campesinos, indios y pequeños comerciantes leen la otra cara de la propaganda oficial. Ellos y ellas saben mejor que los tiempos que se avecinan son de guerra por la libertad, de lucha por sus derechos hasta ahora negados.

Y esta lucha no la encabezan los maderistas que, políticamente, son moderados y reformistas, sino un grupo revolucionario dirigido por Ricardo Flores Magón. Ricardo, nacido en 1873 en Oaxaca, había luchado desde 1900, junto con su hermano Enrique y muchos otros liberales, para derribar la dictadura porfirista. Primero a través de la prensa, con dos periódicos críticos al régimen: *Regeneración* y *El hijo del Ahuizote*, y luego por medio de la acción política. La reacción de la dictadura los lleva a la cárcel. En 1904, acosados por todas partes, huyen a Estados Unidos. Escapan de México para seguir combatiendo la tiranía, pensando que allá estarán a salvo de los ataques de la dictadura. Pero esa es una ilusión. Mientras fundan el Partido Liberal Mexicano en 1905 y vuelven a publicar *Regeneración*, Ricardo Flores Magón y los integrantes del PLM son sujetos, por elementos pagados por la dictadura, a espionaje, allanamiento de sus casas y oficinas, destrucción de su imprentas y publicaciones, secuestros e intentos de asesinato, calumnias y campañas de desprestigio (llamarlos filibusteros o vendepatrias es una de las tantas mentiras que se les imputan), compra de testigos para que declaren en su contra en las cortes estadounidenses y así poder extraditarlos a México, etcétera. Todas estas sucias maniobras son motivadas porque don Porfirio Díaz y su régimen reconocen el peligro que es para ellos la figura de Ricardo Flores Magón.

Y Ricardo es peligroso porque es un hombre capaz de sumar a su causa de liberación a grandes sectores de

inconformes en nuestro país, a mexicoamericanos en Estados Unidos y a extranjeros de todas partes del mundo que, en conjunto, constituyen una fuerza revolucionaria formidable, de primer orden, capaz de hacer caer la dictadura porfirista. Esa es, para un líder como Ricardo Flores Magón, que vive en la pobreza y cuya única arma es su pluma, una hazaña mayor.

En la historia oficial de México a Ricardo Flores Magón siempre se le nombra como precursor de la Revolución Mexicana. Pero Ricardo fue mucho más que eso. Desde 1906 hasta su muerte en 1922, fue la conciencia social de la Revolución Mexicana. Decirle precursor es olvidar que los revolucionarios floresmagonistas estuvieron activos, entre 1910 y 1916, a lo largo y ancho del país. Hubo levantamientos armados que siguieron sus doctrinas anarcosindicalistas en Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Baja California, Veracruz, Jalisco, Colima, Oaxaca, Guerrero, Coahuila y muchos otros estados. Entre diciembre de 1910 y mayo de 1911, Ricardo Flores Magón fue, junto con Francisco I. Madero y Pascual Orozco, uno de los jefes revolucionarios más reconocidos, uno de los símbolos de la Revolución Mexicana en su lucha contra la dictadura porfirista. Si el movimiento floresmagonista decae es porque hay otras opciones regionales más preparadas para la lucha armada y más ambiciosas en su deseo de poder político: villistas, constitucionalistas, carrancistas u obregonistas. Y porque don Ricardo nunca quiso ser visto como un jefe sino

como un hermano más en “la lucha santa por la redención de la patria”.

Pero volviendo a 1910, cuando el puerto de Ensenada festeja el centenario de la independencia de México, la sede de la junta organizadora del PLM se ubica en la cercana ciudad de Los Angeles, California. Este partido anarcosindicalista no pretende una revolución reformista a la Francisco Madero, sino una revolución verdaderamente radical, que derroque a Porfirio Díaz, sí, pero que también cambie la estructura total del gobierno. Para llevarla a cabo, además de publicar su periódico *Regeneración* en edición bilingüe (tanto en español, para los mexicanos que residen a ambos lados de la línea internacional, como en inglés, dirigida a los compañeros sindicalistas, los *wobblies*, los miembros de la Industrial Workers of the World y que es dirigida por Ethel Duffy), los floresmagonistas deciden lanzarse a liberar a México de la dictadura porfirista y, por su cercanía con Los Angeles, uno de los sitios elegidos para tal levantamiento (el otro es Chihuahua) es el Distrito Norte de la Baja California. Otra ventaja estratégica es que el aislamiento peninsular y las pocas tropas presentes no son una barrera para que cientos de voluntarios anarcosindicalistas lo capturen con facilidad. Y es que Baja California es un territorio ganado por los inversionistas extranjeros, donde los mexicanos son una minoría y una sin poderes reales, que debe conformarse con los trabajos más raquíticos y las tierras más miserables. Como un atento espectador de la vida social y política de

México, como un crítico tenaz de la dictadura porfirista, Ricardo Flores Magón, mexicano ejemplar, tuvo que pelear contra una dictadura asfixiante desde la palestra del periodismo independiente y desde la subversión revolucionaria. En septiembre de 1905, ya en Estados Unidos, al fundar el Partido Liberal Mexicano, cuyo objetivo fundamental es luchar por la caída del régimen porfirista, *en Regeneración* (30-IX-1905) exhorta a los mexicanos: “Inmensos son vuestros infortunios, tremendas vuestras miserias, y muchos y terribles los ultrajes que han humillado vuestra frente en seis amargos lustros de despotismo. Pero sois patriotas, sois honrados y nobles, y no permitiréis que eternamente prevalezca el crimen. El Partido Liberal os llama. Responded al llamamiento, agrupaos bajo el estandarte de la justicia y del derecho, y de nuestros esfuerzos y de nuestro empuje surja augusta la patria, para siempre redimida y libre”.

Miembros del PLM intervienen en los actos de subversión y de protesta que se dan, desde entonces, a lo largo y ancho del país. Las huelgas de Cananea y Río Blanco en 1906 y la insurrección nacional de 1908 son sólo las actividades más conocidas. En 1907, Ricardo y Enrique Flores Magón, Librado Rivera, Anselmo Figueroa y muchos otros floresmagonistas se instalan en la ciudad de Los Angeles y allí establecen su lugar de coordinación para el futuro derrocamiento de la dictadura porfirista. A ellos se unen los sindicalistas de la IWW, cuyo ideario coincide con el del Partido Liberal

Mexicano: la liberación de la humanidad de sus cadenas de esclavitud económica, política y social, la reivindicación de las organizaciones obreras y campesinas para el respeto de sus derechos y la lucha contra el colonialismo y el imperialismo en todas sus formas. Ya Jesús González Monroy, emigrado mexicano en California y miembro de la IWW, recordaba en el Primer Congreso de Historia Regional, realizado en Mexicali en 1956, que:

Yo, como muchos otros emigrados mexicanos, particularmente los inconformes con la situación política de nuestro país, no podíamos menos que simpatizar con estos elementos, por el hecho de que los IWWs siempre dispensaron fraternal acogida a cuantos necesitaban de su auxilio, contándose entre ellos a numerosos trabajadores mexicanos carentes de oficio y aun del conocimiento del idioma del país. Raro era el pueblo (campo minero, centro agrícola, etc.) donde no se encontraba uno con un local de los IWWs. Allí había, por lo menos, pan, café y hasta un rincón donde pasar la noche para el desgraciado que carecía de todo esto.

De ahí que los floresmagonistas ven a los miembros de esta organización laboral como espíritus solidarios que, en comparación de otros sindicatos, no ponen barreras de idioma, religión, nación o color de piel a la hora de trabajar por una misma causa. Ya en septiembre de 1910, Ricardo ha decidido que es el momento propicio para levantarse en armas. Dos meses más tarde, publica en *Regeneración*

(19–XI–1910) que por 34 años los agentes de la dictadura “han robado, han violado, han matado, han enganchado, han traicionado, ocultando sus crímenes bajo el manto de la ley, esquivando el castigo tras la investidura oficial. ¿Quiénes temen la revolución? Los mismos que la han provocado; los que con su opresión o su explotación sobre las masas populares han hecho que la desesperación se apodere de las víctimas de sus infamias; los que con la injusticia y la rapiña han sublevado las conciencias y han hecho palidecer de indignación a los hombres honrados de la tierra”. Y entonces Ricardo Flores Magón se muestra como todo un profeta revolucionario: “La revolución va a estallar de un momento a otro. Debemos procurar los libertarios que este movimiento tome la connotación que señala la ciencia. De no hacerlo así, la revolución que se levanta no serviría más que para sustituir un presidente por otro, o lo que es lo mismo: un amo por otro amo”.

Aquí vemos ya que, aun antes de que estallara la Revolución Mexicana, don Ricardo no aceptaba el reformismo maderista, que sólo quería una democracia electoral que no iba a cambiar la maquinaria opresora y represora del sistema porfirista: “Debemos tener presente”, afirmaba Ricardo Flores Magón, “que ningún gobierno puede decretar la abolición de la miseria. Es el pueblo mismo, son los hambrientos, son los desheredados, los que tienen que abolir la miseria, tomando, en primer lugar, posesión de la tierra que, por derecho natural, no puede ser

acaparada por unos cuantos, sino que es la propiedad de todo ser humano”. Y concluía: “No es posible predecir hasta dónde podrá llegar la obra reivindicadora de la próxima revolución”, pero él estaba seguro de que pronto se escucharían “los primeros disparos, pronto lanzarán el grito de rebeldía los oprimidos”. Y ese grito no era otro que el del Partido Liberal Mexicano: ¡Tierra y Libertad!

Para Ricardo Flores Magón, los mexicanos que no querían la revolución, por la violencia que ésta implicaba, eran unos hipócritas contumaces. Pues estos mexicanos aceptaban sin chistar la paz de los sepulcros de la dictadura porfirista, tan opresiva y violenta para las clases populares, y se escandalizaban ante la aparición de la revolución a las puertas de sus casas. Ricardo los llama timoratos, cómplices por pasividad de los excesos de la dictadura. Y, aunque reconoce que “nada tiene de agradable el espectáculo que ofrece la guerra”, a la vez admite que, ante el estado de cosas del México de 1910, “la guerra es necesaria”. ¿Por qué? Porque la paz porfiriana es “barbarie gubernamental”, es explotación despiadada, es injusta represión. La guerra reanima el espíritu de los miserables, de los explotados, pues ahora todos ellos pueden “levantar el rostro y sentirse libres enfrente de sus amos espantados”. En diciembre de 1910, el Partido Liberal Mexicano competía exitosamente, frente a otros grupos revolucionarios, a lo largo y ancho del país. En ese mismo mes, Fernando Palomares (indio mayo), Pedro Ramírez Caule (indio tarahumara) y Camilo Jiménez (el jefe

tribal de los indios cucapás del valle de Mexicali) fueron la vanguardia de la revolución floresmagonista en Baja California. En su *Historia de Baja California* (1956), Pablo L. Martínez asegura que fue toda una misión de reconocimiento:

Juntos los tres procedieron a hacer la localización de aguajes, ranchos, caminos, lugares de abastecimiento y puntos estratégicos, al mismo tiempo que hacían propaganda entre los indígenas.

Mientras esto sucedía, en Los Angeles se dedicaba a comprar armas viejas John Kenneth Turner, por cuenta de la junta del partido. Logró reunir 60 rifles, entre ellos algunos Springfield que habían pertenecido al ejército americano y que se hallaban en poder de particulares. Estas armas, junto con algunas pistolas y 9 000 paradas de cartucho, fueron enviadas a Holtville, cerca de Calexico, empacadas en cajas que llevaban el rótulo de “Implementos Agrícolas”, dirigidos a un individuo llamado Jim Edwards. Este las llevó a escondidas inmediatamente a territorio mexicano en un carro tirado por mulas. Allí las recibió Camilo Jiménez y las condujo, en una carreta que le prestó Rodolfo Gallego, a la Laguna Salada, donde las enterró.

José María Leyva y Simón Berthold, nombrados jefe y subjefe de la revolución en Baja California, llegaron a la Laguna Salada la noche del 27 de enero de 1911, con un pequeño grupo de hombres desarmados. Desenterraron las armas, las

limpiaron y las entregaron al pequeño contingente, hecho lo cual salieron la noche del 28 rumbo a Mexicali, entonces un pequeño poblado fronterizo que no pasaba de 400 habitantes.

Aquel ejército estaba compuesto por 14 hombres, todos mexicanos, excepto uno, de nombre John M. Bond, un IWW.

Así, el 28 de enero de 1911, Ricardo Flores Magón escribe en *Regeneración*: “Compañeros: despertad, despertad, hermanos desheredados. Vayamos a la revolución, enfrentémonos al despotismo. Compañeros: ¡A conquistar la tierra!”. Un día después, las primeras fuerzas revolucionarias, que no alcanzaba ni la veintena de combatientes, con apenas ocho jinetes y con fusiles viejos, atacan el pueblo fronterizo de Mexicali.

La revolución anarcosindicalista, la que tanto soñaran los hermanos Flores Magón, daba comienzo. Pablo L. Martínez describe ese primer estallido revolucionario en nuestra entidad como una carga a la David contra el Goliath porfirista, como un combate breve que toma por sorpresa a las autoridades del poblado. En cierta forma, la revolución floresmagonista se nos presenta, por el escenario desértico, por el pueblo a conquistar, como una película del viejo oeste, como un western a la mexicana:

Llegaron al amanecer a Mexicali, que estaba en completo silencio. Antes de entrar al pueblo se dividieron

en tres grupos: Jiménez, a caballo, se dirigió a la aduana, Ramírez Caule, a la casa del subprefecto político y Palomares a la cárcel. Este último se vio obligado a matar al carcelero José Villanueva por haberse negado a entregar las llaves de la prisión. Libertó a los presos, entre los que se encontraban dos liberales. Estos, junto con otros nueve individuos que estaban reclusos, se unieron a la revolución.

En esa madrugada mexicalense, en esos minutos de balaceras y confusión, los revolucionarios habían cruzado una línea invisible. Se había derramado la primera sangre en la lucha eterna entre la libertad y la tiranía. Para Baja California y los bajacalifornianos, para los porfiristas y los revoltosos, nada volvería a ser lo mismo. Asustados, espantados, sorprendidos, los mexicalenses y sus vecinos, los habitantes de Calexico, salían a la calle para constatar el fin del mundo tal y como lo habían conocido hasta entonces. Era un momento histórico, aunque no lo supieran reconocer los fronterizos, y estaba representado por indios en armas, mexicanos de mirada fiera y extranjeros harapientos.

La revolución mexicana estaba tocando, rugiente y poderosa, a la puerta de sus casas. Para la gente del poder, era una catástrofe mayor. Pero para muchos bajacalifornianos, que ya estaban hartos de la situación reinante, era el fin de la opresión porfirista, el primer paso hacia la justicia y la libertad. Una opción. Una esperanza.



III. LA REVOLUCIÓN QUE LLEGÓ DE CALIFORNIA

En la madrugada del 29 de enero de 1911, la revolución mexicana dio comienzo en el Distrito Norte de la Baja California. Esta etapa de nuestra lucha armada, a la que pocos historiadores nacionales han prestado suficiente atención, dio inicio cuando una fuerza pequeña de revolucionarios anarcosindicalistas, bajo las órdenes de los hermanos Flores Magón, tomaron el poblado de Mexicali, que apenas contaba por aquel entonces con unos cuantos centenares de habitantes, la mayoría trabajadores chinos en el valle de Mexicali y bajo contrato de la empresa estadounidense dueña del valle de Mexicali: la Colorado River Land Company. Comandados por José María Leyva y Simón Berthold, ambos revolucionarios mexicanos, estas fuerzas insurgentes tenían como su objetivo tanto la destrucción del régimen dictatorial del general Porfirio Díaz,

como crear, en esta población a 2500 kilómetros de distancia de la capital del país, una república socialista en plena frontera norte de México. Como lo refiere Lowell L. Blaisdell en su libro clásico, *La Revolución del desierto* (1993):

Se empezó a preparar una acción sorpresiva a cargo de una fuerza guerrillera. En el lado estadounidense, dos individuos ayudaron a completar los arreglos. Dos mexicanos, José María Leyva y Simón Berthold, veterano magonista que había participado en las luchas de los trabajadores contra Otis en Los Angeles, se trasladaron al Valle Imperial para encabezar la expedición. Permanecieron unos días en las oficinas de la IWW en Holtville conferenciando con Antonio Fuertes, que estaba en contacto con Jiménez en el lado mexicano, y con Stanley Williams, estadounidense miembro de la IWW, que se había entusiasmado con los inminentes acontecimientos pero que no participó directamente en la toma de Mexicali.

Después de que pasaron armas de contrabando por la frontera, Leyva, Berthold y otros seis cruzaron el 27 de enero la línea divisoria, a pocos kilómetros al este de Calexico y Mexicali. El grupo avanzó hasta la Laguna Salada, un lago en el desierto, generalmente seco, cerca de un cruce de brechas, a unos treinta y dos kilómetros al suroeste de Mexicali.

Allí se encontraron con una fuerza de doce hombres, entre

ellos varios indios, organizada por Jiménez. Después de distribuir las armas, marcharon sobre Mexicali y fácilmente tomaron el pueblo en la madrugada del domingo 29 de enero. La única víctima fue el carcelero, asesinado en una refriega cuando se ponía en libertad a unos magonistas.

Por el momento, la toma de Mexicali fue un gran avance para la Junta. Demostraba que los liberales eran capaces de cumplir con un objetivo estratégico sin ayuda de otro grupo revolucionario. El aislado pueblo de Mexicali fue el primer puerto de acceso tomado por los revolucionarios. Su captura significó la posibilidad de disponer de los ingresos aduanales y marcó el primer punto en suelo mexicano que podía ser ocupado indefinidamente. El triunfo suponía el tan necesitado estímulo para el programa de reclutamiento. Si se puede señalar una fecha de iniciación a la revolución liberal, esa fecha fue la caída de Mexicali.

Cuatro telegramas definen el amanecer de la revolución floresmagonista en Baja California. El de Enrique de la Sierra, cónsul en Calexico, dice: “Mexicali asaltado por rebeldes fuertemente armados” (29-I-1911); el de J. Díaz Prieto, cónsul en San Diego: “Revoltosos alzados toman Mexicali. Información confirmada testigos presenciales. Actúen en consecuencia” (29-I-1911); Celso Vega, jefe de armas en Ensenada, a sus superiores en la Ciudad de México: “Avísanme que hoy en la madrugada fue asaltado Mexicali por revoltosos en número de cincuenta. Salgo violentamente para aquella frontera con cien hombres

compañía” (29-I-1911) y, finalmente, el telegrama de José María Leyva a la Junta del Partido Liberal Mexicano en Los Angeles: “Mexicali en nuestro poder. Hasta hoy sin novedad” (29-I-1911). Como se ve, las propias autoridades porfiristas tildan a los revolucionarios como lo que realmente son: rebeldes, alzados en armas.

El 4 de febrero de 1911, *Regeneración* anuncia, en su artículo titulado “La revolución en la Baja California”, que

El ataque sobre Mexicali ha sorprendido y desconcertado a la dictadura. En la Baja California hay un reducido número de tropas federales y no existen vías rápidas de comunicación. La mañana del domingo próximo pasado, 80 liberales acaudillados por José María Leyva y Simón Berthold, tomaron el pueblo de Mexicali, recogiendo los fondos que había en la aduana y en las demás oficinas del gobierno.

Las autoridades y los ricachos de los pueblos fronterizos se muestran alarmadísimos y temen que de un momento a otro les llegue su turno. Precipitadamente están pasando su dinero al lado americano. La Baja California pronto estará por completo en poder de la revolución. El movimiento iniciado en Mexicali será secundado en muchos otros pueblos de la península. Si solamente una quinta parte de los hombres comprometidos a levantarse en armas cumplen su palabra, en breve tiempo habrá 500 liberales operando

en la Baja California... En vano han tratado las autoridades de la Baja California de reclutar ciudadanos que salgan a luchar contra los insurgentes. Todos se niegan a hacerlo y el gobierno no puede obligarlos porque carece de fuerza para imponer su voluntad.

Los bajacalifornianos que vivían, en escaso número, en la frontera (apenas eran una tercera parte de la población en general, ya que predominaban los estadounidenses, rusos, ingleses y chinos) respaldaron en un principio al movimiento revolucionario, pero en la medida en que se percataron de que habían quedado entre dos fuegos, es decir, que sufrían el despojo de sus animales de trabajo y de su ganado tanto por los insurrectos como por las tropas federales, muchos de los residentes fronterizos decidieron cruzar a Estados Unidos para no ser objeto de violencia o de robos mayores.

Pero los rebeldes, comandados por Leyva y Berthold, también encontraron aliados inesperados. Como lo expone José Gómez Estrada en su libro *La frente del delta del Río Colorado* (2000), los revolucionarios floresmagonistas consiguieron el respaldo de los indios de la región mientras fallaba el respaldo de los mexicanos fronterizos:

El respaldo brindado por los bajacalifornianos al movimiento revolucionario fue efímero. Debido a la participación de un buen número de extranjeros afiliados a la organización de Trabajadores Industriales del Mundo, y a la abierta intervención de las compañías,

muchos pensaron que los magonistas pretendían anexionar el territorio peninsular a Estados Unidos. Así que mientras unos cuantos los apoyaron otros más colaboraron con las autoridades locales para derrotarlos.

Los magonistas consiguieron el apoyo de algunos indios de las tribus kiliwa, kumiai, paipai y cucapá. En términos de correlación de fuerzas, la incorporación de la población indígena en su totalidad habría significado un balance positivo para los rebeldes, pero la participación de estos grupos fue mínima y estuvo igual de dividida que la de los mexicanos mestizos. Con seguridad los indígenas desconocían la situación política del país y es probable que actuaran en el movimiento confundidos y llevados por los acontecimientos, sobre todo los que vivían en la sierra. En los sucesos que tuvieron lugar en Mexicali intervinieron alrededor de 30 cucapás. Según el historiador Lowell Blaisdell, éstos desempeñaron más bien el papel de guías en un territorio desconocido por los magonistas. En febrero los cucapá participaron en un enfrentamiento dirigido por un militante del Partido Liberal Mexicano de nombre Camilo Jiménez y encabezado en el bando contrario por un ranchero llamado Juan de la Cruz Peralta. En este enfrentamiento, Jiménez contó con el respaldo de los cucapá y Peralta tuvo el apoyo de otros rancheros y de un grupo de indígenas kumiai del área de Tecate.

Si bien la participación de los cucapá no fue relevante en términos grupales, puesto que la mayoría de ellos se

mantuvo ajena al conflicto, a nivel individual los magonistas contaron con la colaboración activa de un indígena llamado Emilio Guerrero. Acompañado por grupos reducidos de cucapá, kiliwa y paipai, así como de mexicanos mestizos, este personaje cucapá llevó a cabo algunas ejecuciones en abril y mayo de 1911: asaltó la diligencia del correo en su travesía de El Rosario a Ensenada; saqueó varias tiendas de chinos y persiguió a las autoridades de poblados pequeños como San Quintín y San Telmo. En junio, Emilio Guerrero y sus hombres se enfrentaron a un grupo de rancheros voluntarios en una reyerta que tuvo lugar en el pueblo de San Vicente. Después de ésta, los rebeldes huyeron y se escondieron. En julio, Guerrero y tres hombres de su grupo depusieron al fin las armas ante el subprefecto de Mexicali.

Estas adhesiones indígenas al movimiento revolucionario floresmagonista no son fortuitas. Ricardo Flores Magón fue, mucho antes que Emiliano Zapata, un reivindicador de los derechos ancestrales de los indígenas mexicanos. En su niñez oaxaqueña, Ricardo fue testigo de la codicia de mexicanos y extranjeros para apropiarse de las tierras comunales de los grupos indígenas de aquella entidad. Y lo mismo había ocurrido en Baja California con la intervención de autoridades porfiristas y empresas colonizadoras británicas y estadounidenses. Por eso, en *Regeneración* (27-V-1911), Ricardo Flores Magón da a conocer: “Hemos corrido la palabra a nuestros hermanos de las diferentes tribus indígenas que habían sido despojados de sus tierras,

que tomen posesión de ellas. Todas las tribus indígenas de Baja California y demás estados de la nación mexicana, han sido despojadas de sus tierras por aventureros americanos, por los millonarios de este país que tienen en sus garras las fuentes de riqueza de México”. Pero la culpa no sólo era de los extranjeros codiciosos: “No solamente los capitalistas americanos habían despojado de sus tierras a los mexicanos al amparo del dictador Porfirio Díaz. Burgueses de todas las nacionalidades habían acaparado para sí toda la tierra de México y reducido a los mexicanos a la esclavitud”. Por eso era necesario el fusil. Por eso era necesario “tomar posesión de la tierra”.

En cuanto a las batallas, a la toma armada de Mexicali en enero de 1911 siguió la reacción de las fuerzas federales acantonadas en el puerto de Ensenada, la entonces capital del Distrito Norte de la Baja California. En las páginas de *Regeneración* (11-11-1911) se aseguraba que “Las autoridades de Ensenada de Todos Santos ignominiosamente pidieron al gobierno de Estados Unidos que mandaran a ese puerto un buque de guerra para intimidar a los insurgentes. Parece que el gobierno de Washington, según informes de la prensa americana, se muestra dispuesto a atender la solicitud de las autoridades de Ensenada. Un corresponsal de la Prensa Asociada que estuvo cerca de las líneas insurgentes asegura que en un punto cercano al llamado Campo había 350 insurgentes y que en otro lugar próximo estaban acampados 300 indios

cucapás. El 6 de febrero, 170 soldados del gobierno acamparon en el valle de las Juntas, a unas seis millas del campamento rebelde. Un buen número de soldados desertaron pasándose a este país. A San Diego llegaron 14 de estos desertores”. El 11 de febrero de 1911, Simón Berthold recibió un comunicado del capitán Conrad S. Babcock, quien le informaba de las nuevas disposiciones del ejército estadounidense que vigilaba la frontera con México:

1. – A ningún insurgente, americano o mexicano, armado o desarmado, se le permitirá que cruce la línea divisoria que separa a México de los Estados Unidos.
2. – No se permitirá a los insurgentes que compren armas o provisiones en los Estados Unidos.
3. – Los insurgentes que pasen a los Estados Unidos serán reducidos a prisión y desarmados.

Si quedaba alguna duda en dónde estaban los intereses del país vecino, con estas disposiciones todo se aclaraba. Pero ni siquiera así, el ejército porfirista logró alguna ventaja sobre los revolucionarios. Según Blaisdell, las noticias de la llegada de tropas revolucionarias al valle de Mexicali puso en evidencia al coronel Celso Vega, el jefe militar del Distrito Norte. Su incapacidad para actuar fue similar a la de muchos otros oficiales del ejército federal de la dictadura, quienes tampoco supieron defender sus posiciones ante las tropas revolucionarias maderistas en Chihuahua en ese mismo año

de 1911. Aunque Vega tenía conocimiento previo de que se estaba preparando un ataque rebelde, no puso tropas en la frontera y se mantuvo en su cuartel en Ensenada esperando que el curso de los acontecimientos dictara sus acciones. Vega contaba con bastantes soldados mexicanos, además de indios que servían de guías y de “voluntarios de leva”, que estaban en el ejército a la fuerza. Finalmente, como lo señala Blaisdell, Vega se movió con su prudencia acostumbrada en la que los historiadores han llamado la primera batalla de Mexicali:

Avanzando hacia el norte por la brecha a Tecate, el coronel cubrió la primera parte de su viaje en poco tiempo. En el pueblo fronterizo, sin embargo, su avance fue demorado por más de una semana. De la pequeña guarnición de Tijuana llegaron algunos refuerzos que fueron adiestrados en el valle de Tecate. Durante esta pausa, los federales husmearon en terreno rebelde. Inesperadamente, las fuertes lluvias de esta época empaparon la región hacia el oriente de Tecate. Lo más grave era que Vega estaba muy contrariado por el número de deserciones que se daban en las filas de sus voluntarios. Y por si todo esto fuera poco, el comandante cayó enfermo y tuvo que ser transportado en camilla durante varios días. La situación se le iluminó cuando el 8 de febrero una dura escaramuza entre liberales y federales produjo el desalojo de los magonistas de el Paso de Picacho en la sierra de los Cucapá, permitiendo

con ello el acceso a Mexicali. Aunque hubo partes que informaban de numerosas bajas, la gente de Vega no hizo prisioneros en éste ni en otro combate. Reemprendiendo la marcha, el coronel avanzó trabajosamente hacia Mexicali bajo la intensa lluvia.

A medida que se aproximaban los federales, los rebeldes hacían sus preparativos. El 15 de febrero tuvo lugar un importante encuentro a poca distancia del pueblo, hacia el suroeste, a lo largo del cauce del canal, en un rancho propiedad de un estadounidense, Louis Little. Tan confiado como siempre, Vega había seguido su marcha sin intentar ocultarse. Los hombres de Leyva, atrincherados en los terraplenes del canal, hicieron una descarga tupida contra los federales. En medio de la batalla, otros tantos voluntarios de Vega desertaron. El tiro de gracia sobrevino cuando el coronel, que dirigía sus tropas a campo abierto, fue derribado por una bala en el cuello. En poco tiempo la batalla se convirtió en una huida. Los federales se retiraron a Ensenada, con su jefe una vez más en camilla. Después de una batalla como ésta, un Napoléon del desierto habría conducido a sus hombres a través de los fríos médanos y las altas planicies hasta Ensenada, abatiendo al disperso enemigo de regreso a la indefensa capital, y en espera de una victoria espectacular. El parsimonioso Leyva, sin embargo, sintió, no sin razón, que ya se había conseguido suficiente con la dispersión de los federales de las inmediaciones de Mexicali, Berthold, que andaba de viaje por Los Angeles, se perdió la acción.

La primera batalla de Mexicali, pues, resultó ser de gran importancia para los rebeldes. Aunque no alcanzaron a capitalizar todas las oportunidades que les deparara su victoria, cosecharon un prestigio a lo largo de la frontera justamente en un momento en que el prestigio significaba una ganancia de considerable valor.

La lección más importante de la primera batalla de Mexicali es que demostró que el pomposo ejército porfirista era bueno para usar bonitos uniformes y hacer desfiles vistosos, pero, al momento de entrar en combate, no lograba imponerse en el campo de batalla. Lo que les sobraba en número de soldados y en armamento le faltaba en empuje, en coraje, en fortaleza. Mientras que los revolucionarios floresmagonistas peleaban con armas viejas, de cacería más que de guerra, con pistolas reutilizadas y bombas hechas a mano. Su ventaja no eran ni los vistosos uniformes ni el armamento, sino la pasión de su causa, su empuje vital de saber que la justicia estaba de su lado, su juventud impetuosa, sin miedo a perder privilegios, y su capacidad de improvisar en cualquier situación imprevista. Eran anarquistas: el caos de la batalla era el mejor estado de ánimo que podían pedir. Un testigo de la batalla fue el teniente Clarence Lininger, quien vigilaba la frontera y dijo en una carta a su esposa que “las dos fuerzas mexicanas chocaron y los insurgentes ganaron el día en la batalla de Mexicali. Fue casi tan excitante como ver un partido de polo”. Según la crónica de *Regeneración* (18-II-1911):

El día 15, después del mediodía, se decidió Vega a atacar a los compañeros en Mexicali. Nuestros compañeros esperaron el ataque en medio del mayor entusiasmo. Vivas al Partido Liberal y mueras a la tiranía atronaban el espacio. Vega Comenzó el ataque ordenando hacer fuego sobre unos escuchas liberales que se encontraban en el rancho del americano Leo Little. Los escuchas liberales corrieron a dar aviso de la presencia del enemigo y momentos después liberales y federales dieron comienzo a una lucha encarnizada que duró tres horas. Nuestros compañeros, con calma, apuntaban sus carabinas haciendo un fuego certero sobre los miserables esclavos de don Porfirio Díaz que caían a cada disparo como carneros. Al caer el jefe (Celso Vega), los federales dieron media vuelta y corrieron tan pronto como se lo permitieron sus piernas a ocultarse tras de una colina cercana, quedando nuestros compañeros firmes en sus puestos, que tan valerosamente sostuvieron. Los federales perdieron más de 30 hombres, entre muertos y heridos, mientras nuestros compañeros tuvieron dos muertos y un herido. 150 liberales derrotaron en esta gloriosa acción a 200 federales. El triunfo no pudo ser mejor. Tan desmoralizados quedaron los federales, que muchos de ellos, huyendo como venados, vinieron a dar a territorio americano con armas y caballos. Cinco de esos desdichados fueron desarmados y arrestados por las autoridades americanas, por supuesto, por mera fórmula, pues Taft

está protegiendo a Díaz. Entre los arrestados se encuentra el secretario particular de Vega. Este ha sido el primer combate de nuestros camaradas en la Baja California. La bandera roja ondea victoriosa en Mexicali, ostentando el lema: “Tierra y Libertad”.

Los federales obraron con engaños de Vega. Este les dijo que solamente había en Mexicali 60 liberales mal armados que huirían al primer disparo que se les hiciera. Alguien les prometió a los federales que se dejaría a la población en sus manos “para que se dieran gusto”, esto es, para que la saqueasen y violasen a las mujeres y niñas como acostumbran hacerlo los sostenedores de Porfirio Díaz. La perspectiva de la bacanal asquerosa dio valor a los desdichados federales, quienes avanzaron convencidos de vencer a los insurgentes; pero cuando vieron que las balas menudeaban y que muchos de los esbirros caían como borregos y el mismo coronelillo Vega se desplomó del caballo que montaba, gravemente herido en el cuello y en el costado izquierdo, dieron media vuelta y huyeron a la desbandada, pasándose muchos al lado americano locos de miedo.

En su huida fueron cazados por nuestros compañeros, siendo esa la razón por la cual los desgraciados federales presentan las heridas en la espalda. Algunos federales se unieron a los insurgentes. Todas las armas de los muertos y heridos federales, que fueron treinta, están en poder de nuestros compañeros. La victoria ha sido espléndida y

la lección dada a los malhechores de Porfirio Díaz lo ha sido también. Iban a violar mujeres a Mexicali y sufrieron una derrota vergonzosa. ¡Viva la revolución!

John Kenneth Turner, periodista estadounidense simpatizante de las ideas anarcosindicalistas de los hermanos Flores Magón y autor del célebre libro *México bárbaro* (1910), que retrató la brutal experiencia de los mexicanos viviendo bajo el régimen porfirista, escribió un reportaje extenso sobre la revolución floresmagonista en Baja California, en donde afirmaba que “todo el equipo de los revolucionarios tenía que venir de fuera. Cada rifle y cada cartucho tenía que conseguirse de contrabando burlando a los espías políticos y a los funcionarios de Estados Unidos, donde se compraban, y tenían que filtrarse a través de la frontera”. Y exponía su propia posición ante esta lucha armada: “Es prácticamente innecesario que declare que en lo personal me agradaría ver triunfar la Revolución. Hace mucho tiempo que me di cuenta que la única manera que le quedaba al pueblo mexicano para llegar a la reforma era la revuelta armada”. Pero pronto también se daría cuenta de que su país, Estados Unidos, interfería en contra de los revolucionarios.

Y es que John Kenneth Turner era, además de esposo de Ethel Duffy, la periodista que coordinaba la sección en inglés de *Regeneración*, una figura clave en el desarrollo de la revolución en nuestra entidad. Primero como contrabandista y recolector de información sobre la situación del Distrito

Norte, conocía la región como pocos. Por eso, cuando acudió a Mexicali, venía como simpatizante del Partido Liberal Mexicano tanto como periodista interesado en saber qué estaba ocurriendo realmente en Baja California, sobre todo ahora que los revolucionarios eran la fuerza dominante en el valle de Mexicali. Él mismo, como testigo de las brutalidades del régimen porfirista, sabía que el bulo de que los insurgentes floresmagonistas eran la avanzada de una invasión filibustera auspiciada por el gobierno estadounidense, era sólo eso: una mentira difundida por la dictadura. Kenneth Turner se topó con una guerra soterrada, de parte de las autoridades estadounidenses coludidas con la dictadura porfirista, para hacerles la vida imposible a los revolucionarios que ocupaban Mexicali. John Kenneth supo así que las autoridades estadounidenses de Calexico, de donde se proveía de luz eléctrica Mexicali, muchas veces les cortaban la luz como una forma de presión. En su reportaje titulado “La Revolución mexicana”, recopilado por Eugenia Meyer en su libro *John Kenneth Turner. Periodista de México* (2005), éste cuenta su experiencia:

Llegó la Revolución. Encontró apoyo. Se enviaron tropas estadounidenses a toda prisa a la frontera; primero unos cuantos cientos, después unos cuantos miles, finalmente más de veinte mil. ¿Para qué se enviaron estas tropas a la frontera? ¿Qué hicieron al llegar allí? Me trasladé a la frontera para averiguarlo. Primero fui a Calexico, California; llegué allí el 17 de

febrero. Calexico es un pueblo fronterizo al otro lado de Mexicali, pueblo mexicano, y sólo a un paso de él. Con la ocupación de Mexicali, la Revolución había estallado en Baja California hacía menos de tres semanas. Dos días antes los insurgentes habían ocupado Mexicali después de asestar una derrota decisiva a un cuerpo de federales bajo el mandado del gobernador Vega. En Calexico encontré una tropa de caballería y parte de una compañía de artillería cuyo comandante era el capitán Conrad S. Babcock, de San Francisco. Hallé una hilera de centinelas alineados a lo largo de la frontera hacia el este y el oeste de Calexico. Descubrí que antes de poder cruzar ese límite en paz, debía buscar a un oficial del ejército, explicarle mis razones y mis propósitos en suelo mexicano, rogarle que me diera un pase y, si me lo daba, presentar el pase al centinela armado cada vez que cruzara de un lado al otro. Obtuve mi pase. En Mexicali encontré perfecto orden.

El pueblo estaba bien vigilado. Todo estaba tranquilo. Pero los insurgentes se quejaban de que la comida escaseaba, pues el capitán Babcock había ordenado a sus centinelas que impidieran que las provisiones cruzaran la línea. Casi toda la comida que se consumía en esa parte de Baja California llegaba de suelo estadounidense. Ahora se había cortado repentinamente la fuente de abastecimiento. ¿Por qué? Los insurgentes también se quejaban de que amigos suyos que intentaban alistarse en el ejército insurgente habían

encontrado muchas dificultades para cruzar desde Estados Unidos. Unos cuantos habían sido detenidos y al encontrar armas en su poder, éstas les fueron confiscadas. Únicamente como escritor y como ciudadano de este país que desea ver que se haga justicia, fui con el capitán Babcock para saber lo que tenía que decir. “Estoy aquí para hacer valer las leyes de neutralidad”, dijo el capitán Babcock.

Nuestro periodista es un testigo sagaz de la situación fronteriza, de esta guerra en el desierto de Baja California que ha puesto en alerta a las autoridades estadounidenses. Pero antes de que las leyes de neutralidad que el capitán Babcock presumía como las garantes de sus actos contra los insurgentes, John Kenneth veía una política a favor de las tropas federales porfiristas:

Durante la batalla de Mexicali, en febrero de 1911, cinco soldados federales escaparon, cruzaron la frontera y entraron en Estados Unidos. El capitán Babcock los arrestó y desarmó, pero casi de inmediato los dejó libres. Un insurgente que se desmayó después de la batalla fue llevado al otro lado de la frontera para curarlo; en ese entonces los insurgentes no tenían ningún servicio de hospital propio. Este soldado insurgente fue arrestado y hecho prisionero por el capitán Babcock. Hablé sobre este asunto con el capitán Babcock y admitió que él no tenía más derecho a retener a un soldado insurgente que a un soldado federal, pero siguió reteniéndolos, a pesar de todo. Para entonces, mandó pedir que le trajeran de

Los Angeles al fiscal de distrito de Estados Unidos, McCormick, para ayudarle en sus dificultades legales. McCormick vino y decidió que no encontraba razón para retener al soldado insurgente, después de lo cual Babcock envió al insurgente a la prisión de El Centro, la capital de distrito, como “¡prisionero de guerra!”. Hablé con el señor McCormick y él también admitió que el capitán Babcock estaba haciendo cumplir órdenes contra los insurgentes para las cuales los estatutos no le otorgaban autoridad alguna. Después de unos cuantos días en la prisión de El Centro, el prisionero insurgente en cuestión fue trasladado en secreto a Los Angeles por un agente de McCormick. Le aplicaron el tercer grado. Cuando lo interrogaron los periodistas, McCormick negó que el prisionero estuviera en la ciudad, y sólo cuando su presencia se dio a conocer a través de la prensa fue puesto en libertad. Las fuerzas militares de Estados Unidos sometían a los insurgentes a otras vejaciones. Una de las cosas que hizo el capitán Babcock fue sugerir al comandante de las fuerzas insurgentes que dejara su bien fortificada posición en Mexicali y saliera del pueblo por lo menos a unos tres kilómetros, por temor a que un posible segundo ataque de los federales se hiciera desde el sur y algunas de las balas federales dañaran Calexico. A esto el general insurgente contestó preguntándole al capitán Babcock por qué no seguía el proceso ordinario y le hacía ver el asunto a la fuerza atacante más bien que a la defensora, una pregunta muy pertinente. De hecho, el

sur presenta la mayor dificultad para aproximarse a Mexicali y es el lado por el cual es menos probable el ataque. Unos días antes de la batalla se me dijo que el capitán Babcock envió un telegrama al general Bliss, informándole que era inminente una batalla y preguntándole qué debía hacer en caso de que el bordo que construía Estados Unidos a lo largo del río Colorado se viera en peligro. Como el dique estaba a unos cien kilómetros hacia el este, y ni los insurgentes ni los federales conseguirían nada con destruirlo, la pregunta resultaba absurda. Que el capitán la planteara estaba calculado para reforzar la impresión de que no se hallaba muy lejos de buscar una excusa para ordenar a sus fuerzas que cruzaran la frontera para ayudar a Díaz a sofocar la Revolución.

El 21 de febrero, apenas una semana después de la primera batalla de Mexicali, Stanley Williams, a la cabeza de 25 insurgentes, secuestra un tren en Mexicali y con un ataque por sorpresa toma el pueblo fronterizo de Los Algodones. Según *Regeneración* (25-11-1911): “Los federales echaron a huir como liebres, muertos de miedo, para el lado americano, y tal era el terror de que iban poseídos que no advirtieron que una cerca de alambre les cerraba el paso, enredándose en las puntas que les desgarraron las carnes, pero no por eso se detuvieron en su precipitada fuga y a la desbandada hasta el poblado llamado Andrade (en territorio estadounidense), dejando en poder de nuestros compañeros armas, víveres,

municiones de guerra y el dinero de la aduana”. Un mes más tarde, en marzo de 1911, Kenneth Turner hizo un nuevo viaje para contar cómo iba desarrollándose en Mexicali la revolución floresmagonista. Para entonces, el capitán Babcock lo había catalogado como un simpatizante de los revolucionarios, lo cual ciertamente era, y le prohibió pasar al lado mexicano so pena de encarcelamiento. Pero un periodista no obedece más órdenes que las de su interés profesional por conocer la verdad y Kenneth Turner, burlando la vigilancia de los militares, pudo pasar a Mexicali y departir con sus hermanos revolucionarios. Pero no sólo a periodistas simpatizantes de los insurgentes floresmagonistas las autoridades estadounidenses trataron de impedirles el paso a Mexicali. Con el transcurrir de las semanas, los pobladores mexicalenses que habían huido a Calexico para ponerse a salvo de la fiesta de las balas vieron que la tranquilidad reinaba en Mexicali e intentaron regresar para ver cómo estaban sus bienes y propiedades del lado mexicano, sin conseguirlo. Como lo señala Kenneth Turner, la exasperación colectiva ante estos hechos llevó a que los ciudadanos de Calexico y Mexicali mandaran en abril de 1911 una carta pública al presidente Taft y al Congreso del vecino país exponiendo tales arbitrariedades, sin que hubiera respuesta positiva a su petición de legalidad.

La conclusión a la que llegó John Kenneth Turner sobre esta revolución en el desierto es que “no se exagera al decir que Estados Unidos ya ha intervenido contra la Revolución y a

favor de Díaz. ¿Por qué se está haciendo esto? Sin lugar a dudas porque ciertos grupos del gran capital estadounidense en México quieren que se haga”. Entre estos grupos el más interesado era el de los dueños norteamericanos del valle de Mexicali, el general Harrison Cray Otis y Harry Chandler, quienes desplegaron una doble campaña: creando el mito del filibusterismo en los periódicos que controlaban, como *Los Angeles Times*, y presionando al gobierno de México para que mandara tropas federales a proteger sus propiedades. Así, mientras hacían circular infundios sobre los insurgentes (como que éstos deseaban crear una república independiente tipo Texas para luego anexionarla a la Unión Americana) y ponían guardias armados en sus propiedades, pues creían que pronto éstas serían saqueadas por los revolucionarios floresmagonistas, la presión creciente sobre el ya asediado gobierno mexicano dio sus frutos y se envió una columna armada para proteger las tierras concesionadas a estos dos empresarios, la famosa Colorado River Land Company. Al frente de las tropas federales venía el coronel Miguel Mayol. De esta manera, se preparaba el terreno para una segunda confrontación en las tierras áridas del desierto de Mexicali. Mientras esto sucedía, *Regeneración* (11-III-1911) enfatizaba que en una entrevista realizada en Mexicali a Simón Berthold por el corresponsal de *Los Angeles Record*, Berthold contestaba que “si las tropas de los Estados Unidos cruzan la línea divisoria, dispararemos sobre ellas y lucharemos hasta morir. Esta lucha es asunto nuestro y los Estados Unidos no deben mezclarse con ella”. Berthold

mismo abandona Mexicali para ir a acosar el puerto de Ensenada. Su objetivo es tomar las poblaciones cercanas e ir haciendo incursiones más cercanas a la capital del Distrito Norte de la Baja California, como una forma de ir tanteando las defensas porfiristas. Su primer paso es tomar el poblado minero de El Álamo, a unos sesenta kilómetros de Ensenada. Pero allí le aguardan cuatro sicarios, a quienes el coronel Celso Vega proveyó de imágenes de los principales líderes floresmagonistas. Su misión: matarlos en cuanto los identifiquen. La imagen de Simón Berthold es una de ellas y el 20 de marzo le disparan y lo hieren de gravedad en una pierna. Y aunque sus tropas logran tomar El Álamo, Berthold convalece por casi un mes hasta que muere a consecuencia de la herida ya gangrenada el 14 de abril de 1911.

Así, la ofensiva contra Ensenada queda detenida por la bala de un certero francotirador al servicio de la dictadura porfirista. *Regeneración* (6-V-1911), al saber de su fallecimiento, los redactores escriben una semblanza de este jefe revolucionario, en donde dicen que fue herido en San Miguel, una ranchería a 15 kilómetros de El Álamo: “El compañero Berthold acostumbraba a animar a sus compañeros con su ejemplo, siendo de los primeros en tomar la agresiva, colocándose siempre en los lugares más expuestos. Después de rechazados los federales en San Miguel, Berthold, herido ya, marchó con los compañeros al Álamo, pueblo que fue tomado por los nuestros. Allí el compañero Berthold iba a ser operado por un médico que

aconsejó la amputación de la pierna. Berthold no quiso. Resultado: el envenenamiento de la sangre y la muerte del héroe”. Para sus amigos del Partido Liberal Mexicano, “Berthold conoció el infortunio de los proletarios de nuestra raza. No solamente predicaba la Nueva Idea, sino que, con su vida sencilla, con sus hábitos de laboriosidad y de desprendimiento, confirmaba que eran sinceras sus palabras. Berthold se sacrificó por los pobres. Cuando se despidió de nosotros, dijo con sencillez: *Voy a regar mi sangre en la tierra que ha de ser de todos*. El apóstol marchó, en efecto, a derramar su sangre generosa en beneficio de la clase trabajadora”.

Aunque la toma de El Álamo es celebrada entre los revolucionarios, la pérdida de Berthold provoca la retirada de la segunda división del ejército floresmagonista rumbo al norte. El plan es tomar Tecate, el poblado fronterizo cercano a Tijuana, para que sirva como trampolín para la captura de este último poblado. Habría que precisar aquí que, de enero hasta principios de mayo de 1911, la principal base de operaciones de la revolución anarcosindicalista en Baja California es Mexicali. Mientras que en otros sitios de la entidad se libran combates esporádicos, en Mexicali los revolucionarios deben lidiar con otra clase de problemas: por un lado, el cerco cada vez más restrictivo del ejército estadounidense y, por otro, el surgimiento de complots para tomar Mexicali a la fuerza con el apoyo del cónsul Enrique de la Sierra y los porfiristas exiliados en la contigua población

de Calexico. Como lo documenta *Regeneración* (25-III y 8-IV-1911), Mexicali es un hervidero de espías y confabulados contrarrevolucionarios que esperan el momento oportuno para actuar. Ya el propio coronel Celso Vega, reconociendo la habilidad militar del nuevo jefe en la población: Francisco Vázquez Salinas, “ha ofrecido una buena suma de dinero para el que mate a Salinas, según refiere la prensa. Salinas ha retado a Vega a batirse con él, pero la respuesta no ha llegado”. Junto con estas amenazas públicas, hay otras amenazas más veladas, pero no por eso menos peligrosas para el movimiento revolucionario: “Felipe Ríos, un cantinero de Mexicali, estaba preparando una conspiración que iba a dar por resultado la toma de esta población por las fuerzas federales. El compañero Francisco R. Quijada, comandante de la guarnición, tuvo conocimiento de este grave delito y arrestó a Ríos, en cuyos bolsillos se encontraron documentos comprometedores para Ríos y otros individuos.

Por esos documentos se supo que los esbirros mexicanos que se encontraban en Calexico tenían combinado un ataque a la guarnición liberal. Ríos confesó su delito, así como otro individuo, mexicano también. Quijada, en cumplimiento de su deber, mandó fusilar a esos sirvientes del despotismo y la orden se cumplió con la severa sencillez que el acto requería. Frente a todos estos sucesos, la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano, con sede en Los Angeles, decidió mandar a Antonio de Pío Araujo a Mexicali

en una visita de inspección para conocer de primera mano la situación que guardaba la revolución en su principal plaza fuerte.

En *Regeneración* (8-IV-1911) se relata esta gira que da comienzo en Los Algodones:

El compañero Araujo visitó el campamento de Los Algodones que está bajo la dirección de Stanley de López. Estos compañeros recibieron a Araujo cordialmente, hicieron pasar revista a la fuerza liberal, le mostraron los importantes elementos de guerra que tienen en su poder así como el depósito de víveres y vestuario.

Todos los compañeros que componen esta fuerza liberal muestran una moral muy levantada y están resueltos a conquistar la Baja California.

Como el ferrocarril Transcaliforniano está en manos del Partido Liberal Mexicano, Araujo lo tomó para marchar a Mexicali. Lo acompañaron los compañeros Stanley, López y una escolta.

En Mexicali conferenció con el compañero Francisco Vázquez Salinas, jefe de las armas liberales en Baja California y juntos, Salinas, Stanley, López y Araujo como representante de la junta, discutieron los planes de ataque y de resistencia llegando a un feliz acuerdo con la fraternidad que caracteriza a los verdaderos libertarios

[...] Araujo encontró en muy bien estado la fuerza liberal de Mexicali, pasó revista, inspeccionó los almacenes del ejército liberal quedando bastante complacido por la simpatía de que goza el compañero Vázquez Salinas.

En la Estación Hechicera, Araujo y sus acompañantes fueron objeto de una grata recepción por los habitantes del lugar. Por todas partes ocurrió lo mismo en esta importante visita.

El compañero Araujo regresó a esta ciudad sumamente complacido de su visita a la Baja California.

Al mismo tiempo que Araujo visitaba Mexicali para ver cómo iba la revolución y que Berthold agonizaba en El Álamo, una fuerza guerrillera al mando de Emilio Guerrero, compuesta en su mayoría por indios pai pais y cucapás, se desplazaba hacia el sur, en dirección al poblado costero de San Quintín. Como había ocurrido con la amenaza a los intereses extranjeros en el valle de Mexicali, en donde la Colorado River Land Company había actuado contra los revolucionarios floresmagonistas, esta incursión ponía en peligro a otra empresa extranjera, dueña de tierras e intereses mineros en el sur del Distrito Norte: la Mexican Land and Colonization Company, una empresa de capital británico. En ambos casos, los intereses coloniales, de esferas de influencia, movieron sus piezas para apoyar a sus respectivas empresas. Si en el caso de la Colorado River Land Company sus dueños consiguieron todo un batallón (el

octavo) del ejército porfirista para que protegiera el rancho más grande de México, que el ejército estadounidense mandara a la frontera 30 000 tropas para sellarla y que la flota de la marina se reuniera en el puerto de San Diego para cualquier contingencia o intervención armada, el imperio británico no se quedó atrás y mandó a aguas bajacalifornianas dos barcos de guerra: el *HMS Shearwater* y el *HMS Alfrerine*.

Pero si los estadounidenses sólo se dedicaron a patrullar las costas de la península, los ingleses, en cuanto recibieron peticiones de auxilio de ciudadanos ingleses y de empresas como la Mexican Land and Colonization Company, con enormes intereses en San Quintín y sus alrededores, actuaron de inmediato. La cercanía –o los rumores de que los revolucionarios se acercaban a esta población– llevó a un desembarco de marinos ingleses, provenientes del *HMS Sheanvater*, a mediados de abril de 1911. Cosa curiosa: los marinos enarbolaron en los edificios públicos de San Quintín la Union Jack, la bandera del imperio británico y colocaron un cañón en tierra. Era una intervención armada en toda regla, una incursión realmente filibustera, pero el gobierno del dictador no los acusó de lo mismo que acusaba a los revolucionarios: de piratería, de querer apoderarse del país por intereses extranjeros. Eran socios respetables del porfirismo y estaban en buenos tratos comerciales con el dictador. Así que sólo se les pidió, amablemente, que se retiraran y los marinos británicos arriaron su bandera y se

marcharon. Entonces, Emilio Guerrero y sus guerrilleros revolucionarios entraron a San Quintín. Nadie les disparó desde los barcos. Habían desalojado a los ingleses sin disparar un tiro. Uno de los testigos de todos estos percances fue M.C. Healion, gerente de la Mexican Land and Colonization Company, quien se presentó en Ensenada para conocer la situación real del conflicto que en el Distrito Norte de la Baja California se libraba. Pudo entrevistarse con el mismo coronel Celso Vega y éste le aseguró que si los rebeldes lograban tomar el puerto, él y sus tropas se embarcarían en el barco de guerra mexicano, el *Guerrero*, y desde allí bombardearían Ensenada hasta dejar los puros escombros. A Vega, el destino de Ensenada no le importaba. Era su honor militar lo único que le interesaba conservar. Baja California podía quedar humeante en ruinas a sus espaldas. Ese era, para este coronel porfirista, el costo de la guerra. Y lo mismo iba para el coronel Mayol. Sus carreras militares tenían más importancia que el resultado de los combates. El quedar bien con el dictador estaba por encima de las consecuencias de la guerra entre los bajacalifornianos. Así, cuando Mayol iba a partir rumbo al valle de Mexicali con su Octavo Batallón, muchos ensenadenses pudientes lo agasajaron a él y a sus tropas, y luego le pidieron que pasara por El Álamo y desapareciera la cercana amenaza de Simón Berthold y su ejército revolucionario. El coronel Mayol les prometió hacerlo. Pero el coronel Mayol nunca tuvo intenciones de detener a las fuerzas revolucionarias en El Álamo, pues su misión no era defender a los ciudadanos

mexicanos en Baja California. Su objetivo era servir de protección a los intereses de los amigos del dictador: Harrison Cray Otis y Harry Chandler. Sin embargo, sí hubo al menos una batalla previa por una compañía del Octavo batallón, comandada por el capitán Justino Mendieta, en las inmediaciones de Tecate. En *Regeneración* (25-III- 1911) se comentó esta derrota de los revolucionarios como una lucha heroica entre dos fuerzas abrumadoramente desiguales:

El destacamento liberal que se encontraba en Tecate, compuesto por 19 compañeros al mando de Luis Rodríguez, sostuvo por algunas horas un desesperado combate con una fuerza del Octavo batallón compuesta por 150 federales. Esto ocurrió en la madrugada del 17 [de marzo]. El compañero Quirino Limón con ocho valientes se encontraba apostado a alguna distancia de Tecate, rumbo al sur. Por el lado norte prestaba sus servicios una vigilancia de tres hombres bajo las órdenes el compañero Estanislao Camacho. El enemigo dividió sus fuerzas. La primera, compuesta por 40 federales, cayó sobre el puñado que mandaba el compañero Limón. El combate que se trabó fue grandioso. Los federales atacaron con verdadera furia sabedores de que la guarnición no podía resistir. Nuestros compañeros, convencidos de que había llegado su último momento, resistieron valerosamente. Caía alguno de ellos herido y continuaba disparando su arma, no la soltaba hasta que la muerte le abría los puños para descansar de una vez.

Cinco de estos abnegados compañeros perdieron la vida.

En la parte norte, los tres compañeros que hacían ahí vigilancia, fueron atacados por más de 50 federales; la lucha fue corta, pues esos valientes compañeros fueron materialmente aplastados por el gran número de esbirros. Los tres murieron dando vivas a la bandera roja y al Partido Liberal Mexicano.

Los compañeros Luis Rodríguez, Óscar García y la sección del compañero Lucio Ramírez, tan pronto como oyeron los primeros tiros, se dispusieron a auxiliar a la sección del compañero Limón, pero una columna de caballería federal se interpuso y se trabó una reñida lucha hasta que otra columna de infantería los atacó por el oeste y acabó con casi toda la fuerza de auxilio. Ahí cayó el valeroso compañero Luis Rodríguez, quien se batió como un león, sin ceder un palmo, con aquella enorme masa de federales. En el cuerpo del compañero Rodríguez fueron halladas nueve heridas que corresponden a otros tantos balazos que el héroe recibió en esta trágica jornada.

Finalmente, a marchas forzadas, los soldados y oficiales del Octavo batallón llegaron al valle de Mexicali en abril de 1911, pero su propósito no era combatir a los alzados, como había sucedido en Tecate, sino que su labor era cuidar las propiedades y terrenos de las compañías extranjeras, ser los mayordomos armados de la Colorado River Land Company. Hasta el último día del régimen porfirista, las inversiones e

intereses extranjeros en Baja California tuvieron prioridad sobre la seguridad de los leales ciudadanos adictos a la dictadura. Mayol se asentó en el campo principal de las obras del Río Colorado, pero su posición era débil, ya que carecía de provisiones para su batallón en medio del desierto. Blaisdell habla de la segunda batalla de Mexicali entre las fuerzas revolucionarias y las fuerzas porfiristas como un combate que se llevó a cabo el 8 de abril de 1911, donde el enfrentamiento ocurrió por iniciativa de los insurgentes antes que de las tropas federales:

Con Mayol en camino, el desierto solitario se volvió un camino de mucho tráfago. El coronel, deseoso de evitar una posible emboscada en el Paso de Picacho, avanzó sobre Mexicali dando un gran rodeo por el sur. También se desplazaban refuerzos enviados de Mexicali a El Álamo, así como soldados rezagados de la derrota de Tecate que se dirigían hacia el sur. No obstante, este ir y venir no produjo contactos, a no ser por tres mensajeros que circulaban por el corredor Mexicali–El Álamo, a quienes Mayol aprehendió en la Laguna Salada. Uno de ellos era W.M. Ford, cuatrero del Valle Imperial. Deshaciéndose de este estorbo por medio de la *ley fuga*, el coronel avanzó al rancho Little para hacer un reconocimiento del terreno. Aunque esta iniciativa parecía indicar que su intención era entrar en combate, le pareció apropiado, el 8 de abril, telegrafiar a la Secretaría de Guerra y Marina solicitando permiso para

hacerlo. En su marcha de rodeo por el desierto había agotado sus provisiones, y su telegrama sugiere que quería atacar más que nada para hacerse de los suministros de Mexicali y así reaprovisionar su ejército. El 8 de abril tuvo lugar la segunda batalla de Mexicali, o la batalla del rancho Little. Como el atrevido avance de la Legión Extranjera tomó a Mayol por sorpresa, el contingente de Williams se las ingenió al principio para causar considerable daño a los Ocho. Pero la última palabra la tuvieron las ametralladoras del comandante mexicano; Williams fue herido de manera letal; y la banda tuvo que huir de regreso a Mexicali. Mayol no intentó perseguirlos. Las estimaciones sobre las bajas varían mucho. Del lado federal la pérdida fue enorme. Los magonistas, contando heridos, muertos y desertores, probablemente sufrieron una pérdida del 25 por ciento, sobre todo por deserciones. Al día siguiente de la batalla Williams murió. Viéndose en retrospectiva, dos pequeños detalles merecen atención. A veces Mayol había declarado que combatiría y en otras ocasiones que no; posteriormente declaró que no había perseguido a los rebeldes porque sus órdenes eran proteger las obras del Río Colorado, y no combatir. Mientras tanto, los liberales se quedaron en Mexicali. Para el asombro de todos a lo largo de la frontera, después de permanecer una semana sin hacer nada, Mayol tomó posiciones junto al río. La gente llegó a la conclusión de que, aunque superada en número, la banda rebelde lo había

intimidado para que se retirara. Alejados los soldados de Mayol mientras los magonistas todavía estaban en posesión de su base, la aparente derrota se había vuelto una victoria moral.

Como en la primera batalla de Mexicali, esta segunda batalla atrajo la atención de los mexicanos fronterizos que habían huido al país vecino, así como de los propios estadounidenses, quienes se apostaron en Calexico, la población vecina del otro lado de la línea fronteriza, para ver el enfrentamiento armado en primera fila. Era como un día de feria con balazos de verdad. Carlos Franco Pedroza, en el libro colectivo *Mexicali: una historia* (1991), señala que aquello era toda una romería que hizo de la batalla, la segunda ubicada en Mexicali, un circo con vendedores de comida y revolucionarios floresmagonistas posando, como personajes famosos, para la foto del recuerdo. Sin embargo, fue un combate en forma que, al igual que los anteriores, provocó más bajas en el campo rebelde, pero que no tuvo como resultado el triunfo de las fuerzas federales porfiristas, tan burocráticas en sus movimientos como en sus tácticas. Mexicali siguió siendo una población liberada de la dictadura, donde ondeaba la bandera roja de la cruzada internacional anarcosindicalista:

La batalla resultó muy reñida según reconoció el coronel Mayol, y duró siete horas y media desde las once de la mañana hasta las seis treinta al atardecer. El grupo liberal se presentó bien organizado y se apostó en

trincheras a distancia de dos kilómetros que de antemano tenía construidas, sin embargo tras muchas dificultades el ejército federal logró flanquearlos con auxilio de las ametralladoras, y los obligó a abandonar sus posiciones retirándose con poco orden pero sosteniendo el fuego, lo que denota la disciplina militar de los liberales al mando de Stanley Williams, quien resultó herido de gravedad en la parte posterior de la cabeza, muriendo al día siguiente en Calexico. En relación a las bajas sufridas por ambos bandos no hay mucho acuerdo, el coronel Mayol informó que fueron muertos doce individuos de tropas y once soldados resultaron heridos, además del subteniente Alfonso Ocampo y el guía Vicente Sepúlveda. Con relación a los liberales, Mayol señaló que el enemigo llevó a sus heridos y muertos en los carros en que habían llegado; sólo dejaron en el campo diez muertos y buena cantidad de provisiones, algunos caballos, bombas de mano y cajas de dinamita.

Por más despachos autocelebratorios que mandara Mayol a sus superiores, los militares estadounidenses, que vieron la batalla del otro lado, tuvieron que reconocer que Mayol era otro oficial porfirista que amaba demasiado su pellejo como para ponerlo en peligro en un combate, cuerpo a cuerpo, por tomar el poblado de Mexicali. En *Regeneración* (15-IV-1911) se publicaba el “Parte oficial de la Batalla de la Mesa, al sur de Mexicali, Baja California, abril 8 de 1911”,

firmado por Adrián M. López, el segundo comandante de las fuerzas liberales, y que decía:

Sobre el campo de batalla del Partido Liberal Mexicano me es honroso comunicar a la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, el hecho de armas que ha tenido lugar hoy, y que resultó en una gran victoria para las fuerzas del proletariado mexicano.

Después de una conferencia entre el comandante en jefe, Francisco Vázquez Salinas, el general William Stanley y el que suscribe, sobre el mejor medio de dar batalla al enemigo que estaba acampado cerca de Mexicali, pues éste no pretendía atacar la plaza sino que se contentaba con permanecer en una posición al sudeste, el comandante en jefe dispuso que saliera una columna compuesta de 65 hombres de infantería y 22 de caballería, armados y municionados, bajo el mando del señor general William Stanley y como segundo, el coronel Adrián M. López, con el objeto de asaltar al enemigo y desalojarlo de sus posiciones.

La fuerza de la dictadura numeraba cosa de 400 hombres con magnífico armamento y cuatro ametralladoras y se encontraba situada en Little's Ranch, a seis millas de la plaza. A las diez y media de la mañana llegó nuestra fuerza a las inmediaciones de sus avanzadas, las que hicieron algunos disparos sobre nuestra vanguardia, la que les contestó con vigor hasta hacerlas replegar al centro de su fuerza. El general

Stanley entonces dispuso su fuerza para el ataque. La infantería liberal entró en tiradores, con sostén y reserva. La caballería cubrió los flancos y con el objeto de envolver al enemigo por ambos lados, se dejó como flancos ofensivos un regular número de caballos. El choque fue formidable y se consiguió desalojar al enemigo, no obstante que éste puso a funcionar desde luego las cuatro ametralladoras que colocó en cada flanco y dos en el centro, que quedaron amparadas en una profunda zanja. Aunque las ametralladoras funcionaban con alguna regularidad, sus fuegos no causaron el menor daño a nuestra fuerza. El número de federales que quedaron tendidos al fuego certero de nuestros valientes compañeros fue crecido.

Al ser desalojado el enemigo de sus posiciones, se retiró en completo desorden y en diferentes partidas a lo largo de un plano boscoso cubierto de médanos y zanjas producidas por las corrientes fluviales.

Para entonces, los jefes floresmagonistas se percataron de que la “situación de los federales era precaria”, pues la tropa porfirista, en la confusión de la batalla, “no sabía el paradero de sus oficiales y jefes”. Era hora de lanzarse contra la posición más potente, pues, por el escaso número de revolucionarios, no podían envolver los flancos del enemigo:

En este ataque, el señor general Stanley y yo, creímos

oportuno abrir el fuego también con nuestros rifles para ayudar a los compañeros y subalternos. Desafiando el peligro tomamos una posición con rodilla en tierra, medio oblicua y detrás de un bordo de un canal. Fue allí, cuando una bala llegó e hirió al general Stanley en la parte superior de la nuca y no obstante esa herida mortal, quería seguir combatiendo, y con palabras halagüeñas estimuló a sus compañeros a que continuaran el combate sin interrupción. Sin embargo, viendo a mi primer jefe en la inutilidad de combatir, personalmente lo tomé en brazos y ordené que se aproximara un carro de ambulancia en donde lo coloqué ya en estado de gravedad.

Hay que hacer notar que en este ataque, los federales dejaron tendidos un gran número de caballos que trataban de proteger una ametralladora que estaba colocada a la izquierda de la columna. Los federales abandonaron aquella pieza y corrieron vergonzosamente a replegarse con la fuerza que estaba parapetándose tras el mencionado canal.

Considerándose débil el enemigo para resistirnos, se fue batiendo en retirada y no llegó a tomar posiciones en donde pudiéramos medir nuestras fuerzas. Este combate duró cerca de dos horas y media.

Ya serían las cuatro de la tarde cuando el enemigo mandó tocar carga sobre nuestras columnas, sin

resultado ninguno, pues fue rechazado y obligado a huir en completo desorden. Como el campo que abrazaban era bastante extenso, nuestras fuerzas no pudieron envolverlos en su huida, sino que nos concretamos a mantenernos en nuestras posiciones a fin de proteger los carros de la impedimenta que se ordenaron en retirada. Después ordené a las tropas que quedaban bajo mi mando el que contramarcharan a Mexicali.

El informe de López terminaba haciendo mención “de la honorable conducta observada durante la batalla por el compañero Manríquez, mi asistente, y los compañeros oficiales Summers, Pryce, Le Clare, Dunn, James y O’Donald, que se portaron como buenos liberales. También quiero hacer nota especial del compañero T. Timoteo, que se rehusaba entregar su arma después de haber sido herido. Decía que aún podía hacer fuego sobre el enemigo y que mejor quería morir en su puesto para que nadie lo titulara de cobarde”. En ese mismo número de *Regeneración*, se anunciaba la “Vergonzosa derrota de Mayol. La bandera roja se cubre de gloria una vez más en el campo de batalla. 87 liberales ponen en precipitada fuga a 400 esbirros de Porfirio Díaz en Mexicali”. Y agregaba:

Baste decir que el resultado del combate fue un completo triunfo para las armas del Partido Liberal, aunque tuvimos que deplorar la muerte del primer comandante Stanley y la inutilización del compañero Timoteo. Los federales, acordando al corresponsal de

guerra de *Los Angeles Examiner*, tuvieron 68 muertos y un gran número de heridos. Mayol admite haber tenido 14 muertos, pero los indios cucapás que llegaron a Calexico, reportaron que a su paso por las líneas federales fueron cogidos por Mayol y obligados a enterrar los cadáveres de 68 hombres, después de que cavaron sus fosas con ayuda de unos soldados. Esta información concuerda con la del periodista del *Examiner* y debe ser verídica, porque los liberales del grupo que comandaba Stanley son buenos rifleros y su puntería debe haber causado todo ese número de bajas a los famosos soldaditos del octavo batallón.

Poco después del triunfo del ejército anarcosindicalista contra las tropas del Octavo Batallón, el Partido Liberal Mexicano lanzó una proclama (27-V-1911) sobre su plan de pacificación de la Baja California: “Con la huida de Mayol y sus esbirros, el Partido Liberal Mexicano ha quedado dueño de una vasta extensión territorial en el norte de la Baja California, desde el Río Colorado hasta la costa del Pacífico.

Esta región puede dar de comer a millones de seres humanos y tener todavía un sobrante para cambiarlo por otros artículos o géneros de manera que no se carezca de nada. Nuestros hermanos del interior de México deben imitar este ejemplo para dar un más fuerte impulso a la revolución social. No hay que pensar que la tierra pertenece a determinado personaje: hay que tomarla

resueltamente, no para el beneficio de uno solo, sino para el beneficio de todos y cada uno de los habitantes de México, hombres y mujeres”. Allí estaba, explícitamente dicho, que las tierras de la Colorado River Land Company no seguirían siendo del general Harrison Cray Otis y de su yerno, Harry Chandler, sino de todos los mexicanos que las trabajaran por el bien común.

Esto, desde luego, trajo serias consecuencias para la causa floresmagonista, pues los dueños de la Colorado River Land Company entendieron el mensaje a ellos dirigido por el Partido Liberal Mexicano y sus aliados, los *wobblies*, los sindicalistas estadounidenses. Y actuaron en consecuencia.

Las campañas de propaganda amarilla se intensificaron a partir de mayo de 1911 y el ejército estadounidense multiplicó su patrullaje fronterizo, deteniendo a cualquiera con pinta de revolucionario (una norma muy parecida a la actual ley de Arizona que permite, por la simple apariencia, detener a sospechosos de ser indocumentados latinos) y encarcelarlos sin otra prueba que su vestimenta o sus pertenencias (libros, carnet de pertenencia a un sindicato, posesión de ejemplares de *Regeneración*, etcétera). Es interesante señalar aquí que *Los Angeles Times*, el periódico del que eran dueños tanto el general Harrison Cray como su yerno, Harry Chandler (los propietarios de la Colorado River Land Company), les dio bienvenida de héroes a las tropas de Mayol y en un reportaje del 9 de abril de 1911, el corresponsal de este diario antifloresmagonista afirmaba

que ante las “indescriptibles tropas del ejército insurrecto (esto quiere decir: que no vestían como caballeros, que no tenían un aspecto a la moda), los soldados porfiristas del Octavo Batallón eran “pulcros soldados” y “el Estado Mayor, con sus oficiales, rodean al general Mayol, comandante del famoso batallón, dando las apariencias del ideal hombre de combate”. La pura adulación ante el ejército porfirista en plan de guardas de sus propiedades. Todo el peso de la prensa californiana y todos los representantes del poder estadounidense daban su aprobación al acotamiento de un peligro para los intereses estadounidenses en la región. Así, en el norte (la línea fronteriza y con soldados estadounidenses) y en el sur (en el valle de Mexicali controlado por la Colorado River Land Company con el apoyo de soldados mexicanos), al menos habían conseguido tener inmovilizadas a las tropas revolucionarias en sus zanjas defensivas de Mexicali. Una revolución que había comenzado con grandes desplazamientos terminaba como una guerra de trincheras, como un preludio de las tácticas de la Primera Guerra Mundial. Pero incluso inmovilizados, los floresmagonistas no se rendían a la inactividad. En *Regeneración* (6-V-1911) se habla de que los revolucionarios han trabajado arduamente en “obras de fortificación” para “la defensa de la plaza”, al mismo tiempo que se reconoce que “lo que es imposible evitar en toda revolución pasó en Mexicali. Algunos individuos sin ideales buscando el medro personal, se unieron a la columna de Pryce para cometer atropellos en el vecindario. Diez de ellos

ya han sido expulsados de las filas liberales”. Y en otro número de *Regeneración* (20-V-1911) se menciona que en Mexicali “los compañeros de ese lugar continúan activos. Más refuerzos les han estado llegando. Pero no contentos con la fuerza bruta buscan también la fuerza de la idea y han hecho un muy importante pedido de libros sociológicos para ayudarse en sus trabajos de propaganda formando una pequeña biblioteca donde todos los que deseen ir a nutrirse de buenas enseñanzas puedan hacerlo”. Así, la primera biblioteca que tuvo Mexicali fue una de libros anarquistas.

Durante mayo y junio de 1911, la revolución floresmagonista en Mexicali comenzó a perder su cohesión y fue sofocada en su parte más vulnerable: el reclutamiento de voluntarios y el paso de armas y municiones de Estados Unidos a Baja California. Un militar estadounidense lo llamó un “cerco sanitario”, como si la revolución fuera una plaga. Las razones de este sofocamiento son obvias: el cerco tendido por las autoridades fronterizas estadounidenses cortó el flujo de armamento y, especialmente, de voluntarios que pudieran sumarse a la lucha revolucionaria, y una campaña de prensa que satanizó a los anarcosindicalistas, culpándolos de todos los males de la entidad, redujo su influencia local. Pero los logros de la revolución floresmagonista son, vistos a un siglo de distancia, por lo menos impresionantes, especialmente porque los historiadores han puesto más atención en los hechos de la zona costa de Baja California que en las batallas primeras del

valle de Mexicali. La toma de Mexicali en enero de 1911 y las dos batallas defensivas de febrero y abril de 1911 son episodios fundamentales para la consolidación de la revolución floresmagonista en el Distrito Norte.

De Mexicali es de donde salen las columnas revolucionarias para atacar El Álamo, San Quintín, Tecate y Tijuana. La toma de las primeras dos poblaciones, entre marzo y abril de 1911, fue un verdadero choque para los ensenadenses y produjo una oleada de refugiados hacia Estados Unidos por tierra y por mar, mientras que la toma de Tecate y Tijuana (el 3 y 9 de mayo de 1911, respectivamente) selló la frontera para las tropas porfiristas. En Tecate, el enfrentamiento es duro: Jack Mosby, el sucesor de Simón Berthold y jefe de la segunda división del ejército floresmagonista, cae herido y cuando las tropas revolucionarias logran capturar el pueblo, atrapan a varios de los miembros del escuadrón de la muerte que comanda Lerdo González. Francisco Pacheco ordena fusilar a los cuatro integrantes de este grupo paramilitar, pero un revolucionario de Tecate, Eulalio Baisa, aboga por el más joven de los cuatro prisioneros: Abraham Árgueda. Finalmente, fusilan a Jorge Masón, Concepción Masón y Plácido Mata, mientras que Baisa, en un gesto de generosidad, deja libre a Árgueda, quien huye a caballo del lugar. En Tijuana, el enfrentamiento es más sangriento y dura dos días, del 8 al 9 de mayo. Según el reporte de *Regeneración* (13-V-1911), titulado “La heroica toma de Tijuana”:

Compañeros, felicitémonos, Tijuana está en poder del Partido Liberal Mexicano. En estos momentos flota la bandera roja en esa plaza.

Después de una fatigosa marcha a través de las montañas y de los desiertos desde Mexicali hasta Tecate, la Segunda División del ejército liberal en la Baja California, dirigido por el valeroso, inteligente y modesto compañero C. Pryce, hizo alto ahí, en Tecate, para tomar un respiro, pues después de una ligera parada se puso en marcha nuevamente la División con rumbo a Tijuana.

Los federales y rurales de Tijuana, entendidos por sus exploradores de que la fuerza liberal se acercaba, se fortificaron, bajo las órdenes del subprefecto Larroque, lo mejor que pudieron hacerlo, y se dispusieron a hacer una tenaz resistencia, como que comprendían la terrible pérdida que iba a sufrir el despotismo con la toma de la población que, aunque pequeña, es de grande importancia por ser aduana fronteriza y lugar de mucho movimiento.

Pryce y sus valientes, en número de 105, esperaron la noche del día 8 para efectuar el más notable de los movimientos militares que ha habido en la presente campaña. Se dio Pryce buena habilidad, que cuando la aurora comenzaba a teñir de rosa el cielo ya estaba a las puertas de la población. En Tijuana había una fuerza de 200 federales. Nuestros compañeros, como queda dicho, sólo eran 105. Los federales estaban atrincherados fuertemente.

Nuestros compañeros estaban a campo raso.

Para *Regeneración*, “cualquier hombre entendido en el arte de la guerra habría predicho la derrota de nuestros hermanos”. Pero no sería así. Pryce atacó con rapidez, sin dar respiro a los defensores y utilizando explosivos para incendiar cualquier obstáculo a su paso:

Los liberales siempre pelean con bravura y nuestro puñado de valientes, despreciando el mortífero fuego que brotaba de cada azotea, de la Plaza de Toros, de la torre de la iglesia católica, de todas partes donde los federales encontraban un abrigo. Nuestros amigos, presentando sus nobles pechos, avanzaban, avanzaban en medio de una tempestad de hierro y fuego, asombrando a la milicia americana que presenciaba de este lado el combate, no sólo por el valor que mostraban, sino también por la pericia con que el camarada Pryce disponía la importante y atrevida maniobra [...] cobrando la muerte y el espanto entre las filas enemigas que abandonaban a cada paso sus posiciones tomadas por asalto por los liberales. Por fin, los federales se reconcentraron todos en la Plaza de Toros y en la iglesia; pero nuestros compañeros prendieron fuego a esas construcciones y los federales tuvieron que huir en vergonzosa fuga; pasándose muchos para este lado de la línea y esparciéndose el resto en diferentes direcciones.

Los nuestros capturaron cien rifles y abundante equipo

de guerra.

Nuestro aplauso a los valientes que lucharon por principios generosos: con soldados de esa clase, el pueblo mexicano conquistará lo que lo ha de redimir: Pan, Tierra y Libertad.

El parte de guerra de la batalla de Tijuana fue más breve que el de la segunda batalla de Mexicali, tal vez porque ahora el comandante victorioso era Caryl Pryce.

En su reporte, enviado desde Tijuana el 9 de mayo de 1911 y publicado por *Regeneración* (13-V-1911), Pryce daba a conocer a los camaradas de la Junta Organizadora del PLM que:

Noticio a ustedes que hemos capturado esta población. El enemigo opuso formidable resistencia. Lamento la muerte de siete de los nuestros. El enemigo perdió catorce hombres, según he podido comprobar hasta este momento. Al menos a eso asciende el número de cadáveres que hemos encontrado. El subprefecto Larroque está entre los muertos. Nos acercamos a la población ayer al mediodía e inmediatamente procedimos a atacarla con la intención de precipitarnos sobre ella esta mañana. Una columna enemiga maniobró en las sombras de la noche pretendiendo sorprendernos en nuestras posiciones y dispararon sin hacernos mucho daño. Nosotros les matamos dos. Nosotros los atacamos

esta mañana y después de dos horas de batirlos tomamos la población. Desgraciadamente la fuerza que dirijo no era suficiente para sitiar la población y por eso casi todos los federales pudieron huir. Unos veintiocho federales cruzaron la línea para el lado americano y allí se rindieron. El resto se dispersó. Nuestros muertos son: capitán T. L. Wood, teniente J. C. Smith, sargento Penkosky, soldados R. E. Smith, Roberts y uno cuyo nombre no he podido averiguar. Hace dos noches que no duermo y, por lo tanto, después daré noticia detallada.

Lo que no contaba el parte de guerra de Pryce es que en la refriega final fue herida una mujer estadounidense por disparos de soldados federales y que los floresmagonistas tomaron a un prisionero, a un joven soldado llamado Mario Alonso. Aunque hubo entre los revolucionarios varios que pidieron se le fusilara, Pryce se negó. En vez de ponerlo frente al pelotón de ejecución, lo mandó a cocinar, pero cuando vio que Alonso no servía para eso, le ordenó que ayudara en los trabajos de reconstrucción de Tijuana. Los revolucionarios que lo vigilaban, pusieron a Mario Alonso a cavar. Cuando hubo terminado, revisaron la fosa y le pidieron que la hiciera más profunda: “Hazla más grande”, le dijeron, “para que quepas en ella”. Después de que terminó de cavar, le dieron dos dólares por su servicio y lo dejaron marcharse al otro lado, tembloroso, pero ileso. Sólo entonces supo que lo que había cavado no era su propia sepultura, sino una trinchera defensiva. En su primera

conferencia de prensa, el mismo día 9 de mayo, el comandante Caryl Pryce anunció: “Mis hombres siempre se han conducido como ahora los ven: quieta y ordenadamente. Si tenemos que pelear, peleamos. Y cuando el combate se acaba no andamos creando problemas. Por supuesto, la guerra es la guerra. Y debemos vivir con lo que encontramos a nuestro paso o con lo que tomamos por necesidad. En cuanto nos encarguemos de unos cien federales que andan por los rumbos del rancho de Dupee, dejaremos bien protegida Tijuana y marcharemos hacia Ensenada. Allá la batalla será más difícil porque nos espera una fuerza federal más grande. Después de la toma de Ensenada estableceremos un gobierno. Quién lo presidirá, no tengo idea. Pero lo que me importa remarcar es que mis camaradas no son forajidos o bandoleros. Ellos son luchadores por una causa social”.

Después de la toma de Tijuana, *Regeneración* (3-VIT911) avisaba que “la plaza de Tijuana ha sido reforzada” y que “una nueva división está organizándose en Tijuana y el mando de ella ha sido encomendado al compañero Antonelli”. La junta del PLM mandó como apoyo a Antonio Araujo para no perder la comunicación con la Segunda División del ejército anarcosindicalista en Tijuana. En ese momento, el siguiente paso lógico hubiera sido lanzarse a Ensenada. Caryl Pryce primero y luego Jack Mosby lo intentaron, pero ya era demasiado tarde: el Partido Liberal Mexicano estaba en la bancarrota y los préstamos para

comprar armas y municiones eran cosa del pasado, lo mismo que una frontera porosa por donde los voluntarios mexicanos y extranjeros pudieran escabullirse sin ser detectados. Faltaban apoyos y recursos para una ofensiva de tal magnitud, y más cuando el Octavo Batallón del coronel Miguel Mayol y la compañía fija del coronel Celso Vega habían vuelto a unirse en Ensenada.

Tijuana resultó una victoria pírrica para los revolucionarios porque les dio una falsa sensación de fuerza y poderío, que distaba mucho de la realidad. Además, los periodistas estadounidenses los halagaban, mostrándolos como indestructibles y los volvieron personajes de farándula, cercanos en su exposición a la fama del actor-provocador Dick Ferris. Y esto azuzó aún más la propaganda amarilla en su contra entre los bajacalifornianos. Como lo expone Lowell L. Baisdell en su libro *La revolución del desierto. Baja California, 1911* (1993), Richard Ferris era un actor y payaso que vio “en la política un gran espectáculo al aire libre, y a todo el pueblo como espectador”. En febrero de 1911 y como gerente de un carnaval en el parque Balboa de San Diego, Ferris se dio cuenta de que podía “improvisar” algunos trucos publicitarios para mantener el interés del público estadounidense en la frontera con Baja California. Así:

Rápidamente urdió un elaborado plan para la anexión estadounidense de la península, con suficiente semejanza con la realidad como para parecer

ligeramente verosímil. Ferris y un amigo, Richard Cords, ejecutivo de una empresa pesquera, supuestamente habían reunido a un grupo de hombres de negocios que deseaban comprar la región al acosado régimen de Díaz. El verborreico Ferris pasó entonces a presumir de nombres que conocía, dando la impresión de que se proponía hacer contacto con multimillonarios como James Hill y J. P. Morgan, en caso de que Díaz mostrara interés. Con el mismo espíritu, el doctor Plutarco Ornelas, cónsul mexicano en San Francisco, fue contactado con la idea de hacer la conexión necesaria con Díaz. En los planes se asentaba que el nuevo estado se llamaría “República de Díaz” y, después de un intervalo razonable, se revendería a los Estados Unidos con una ganancia neta para los patrocinadores de la transacción. Si el presidente mexicano se negaba a vender, sería confrontado por la formidable amenaza de una incursión filibustera encabezada por Ferris. A fin de hacer que la amenaza pareciera auténtica, y aun en ese caso no enredarse con las leyes de neutralidad, el promotor arregló astutamente que uno de sus cómplices en Nueva York, un sujeto llamado Leslie, publicara un anuncio anónimo el 14 de febrero en el *New York World*, el *American* y el *Herald*, convocando a mil hombres con experiencia militar a unirse al “General Dick Ferris”, que pagaría los gastos de viajes de quienes fueron aceptados. A principios de ese mismo mes, el 5 de febrero, se había lanzado un importante bombazo promocional, con un

telegrama de solicitud a Díaz y uno de amenaza a Pascual Orozco, el general maderista que había declarado que los revolucionarios barrerían con todo México, incluyendo Baja California. Como lo había esperado, el actor recogió de estos telegramas una abundante cosecha de publicidad. Durante diez días las columnas del *San Francisco Chronicle* rebosaban de noticias sobre Ferris. La cabeza principal del 7 de febrero anunciaba: “Díaz no contesta a Ferris. Baja California, intacta”. A la mañana siguiente, los lectores del *Chronicle* se enteraron de que Porfirio Díaz había cometido el error de dignificar la estratagema del actor con un cáustico rechazo. Ferris estaba encantado, refiriéndose “al mensaje del jefe de un poder mundial al posible jefe de una posible e inminente república”.

Dick Ferris había logrado, con su *agit-prop* crear la escenificación de una aventura filibustera con puros desplantes histriónicos y publicidad favorable. Un metadrama fronterizo que presentaba, ante propios y extraños, los ires y venires de una revolución ficticia que, para muchos espectadores ingenuos, era igualmente creíble. Ferris contaba, como lo dice Blaisdell, “con el hábil sentido de la oportunidad que tienen los actores y la facilidad del promotor para atraer la atención hacia sus desfiguros de payaso”, ya que las autoridades porfiristas creyeron realmente estar tratando con un feroz invasor que nunca, en la realidad, había pisado suelo mexicano. Por lo mismo, hay que considerar este episodio como una de las pocas veces,

en la historia del teatro universal, que una actuación tuvo repercusiones en el curso de la vida de una nación y transformó la percepción de un movimiento social, como el magonismo, de una lucha de liberación en una invasión extranjera y todo gracias a las payasadas de un actor que nunca tuvo mejor audiencia que a don Porfirio Díaz y su gabinete de guerra, lo mismo que a los sobrevivientes de la revolución anarcosindicalista que eran, la mayoría, estadounidenses. Blaisdell de nuevo:

James viajó precipitadamente a San Diego, a la oficina de Ferris: “Ven a Tijuana inmediatamente”, le rogó. “Te están esperando”. Te han elegido presidente, y quieren que eches a andar el nuevo gobierno. “Estoy muy ocupado –fue la frustrante respuesta del actor–; además, estás actuando prematuramente”. No era fácil hacer a James a un lado: “Han quitado las banderas rojas, y quieren que les des una nueva bandera”. Ferris tomó papel y lápiz y dibujó dos franjas horizontales sobre un campo azul, con una estrella blanca en el centro. Haciendo una señal a un sastre de disfraces que se encontraba en su negocio, le pidió que confeccionara una bandera de acuerdo a sus especificaciones. “Se la tendré lista mañana en la mañana”, prometió teatralmente el sastre. Ya solo, Ferris hizo declaraciones a la prensa, dando la impresión de que estaba considerando seriamente la oferta. Al nuevo Estado, decía, se le llamaría República de Madero. Utilizando su consabido

recurso de impresionar mencionando nombres importantes, el promotor aseguró que un fabricante de Los Angeles suscribiría 12 000 dólares para mantener la campaña peninsular en marcha, y agregó que otros seguirían su ejemplo. Habiéndole dado a su farsa una engañosa apariencia de autenticidad, Ferris partió en tren rumbo a Los Angeles. Mientras tanto, el impetuoso James trataba de encauzar su frágil habilidad como estadista. Según una nota del *Union*, James, la señora Ferris y una amiga fueron en automóvil a Tijuana y consiguieron contrabandear una buena cantidad de municiones, empacadas en cajas de agua mineral. Posteriormente, Ferris negó esta historia, afirmando que “la única munición que alguna vez había contrabandeado era una botella de cerveza”.

Al final, Ferris intentó poner su bandera de juguete en Tijuana con la complicidad de Louis James, el único traidor comprobado al Partido Liberal Mexicano, pero allí estaban José Valenzuela, Jack Mosby, Emilio Guerrero y sus indios revolucionarios para quemarla de inmediato. Y así lo hicieron. El juego que a Ferris le funcionaba tan bien en San Diego era una simple provocación que los anarcosindicalistas no estaban dispuestos a permitir. Pero este teatrillo para incautos, este golpe publicitario para que el público acudiera a verlo en escena en teatros locales, fue utilizado por los porfiristas del otro lado como una prueba de que los floresmagonistas planeaban otorgarle el poder a un

comediante. O peor: que Ferris era el director real de la revolución floresmagonista. Era una cosa increíble, pero muchos se tragaron aquella trama rocambolesca. El propio Ricardo Flores Magón expuso los entretelones de esta comedia en *Regeneración* (10-VI-1911), al avisarles a sus lectores que el lunes 5 de junio “llegó a Tijuana un enviado de Dick Ferris, llevando la bandera del mismo Ferris. Rápidos como un relámpago el compañero Arias arrebató de las manos del mensajero el trapo odioso y lo puso en manos de los delegados civiles de la junta. Los delegados reunieron a toda la fuerza y después de un discurso de protesta contra este acto de filibusterismo, se quemó el maldito trapo enfrente del cuartel general, y en medio de gritos de júbilo y de aclamaciones entusiastas, se ondeó la bandera roja de los trabajadores”. Y entonces Ricardo Flores Magón se hace la pregunta inevitable: “¿Por qué calla la prensa burguesa esta clase de noticias? Veis, mexicanos, que sólo se trata de engañaros para que os echéis sobre los nuestros. Id a Tijuana y veréis ondear ocho banderas rojas. Id a Tijuana y os convenceréis de que no se trata de entregar a los Estados Unidos la hermosa tierra de la Baja California, sino a los indios, vuestros hermanos”. Y una semana más tarde, de nuevo Ricardo afirma en *Regeneración* (17-VI-1911) que “con el perverso fin de desprestigiar nuestro movimiento, se pretende hacer creer que Dick Ferris tiene algo que ver con él. Protestamos contra tales supercherías. Si Dick Ferris da un paso a territorio mexicano, será fusilado por los nuestros. Conste de una vez por todas”. Otros mexicanos y

estadounidenses, residentes en San Diego y simpatizantes de la revolución floresmagonista, tampoco se quedan callados ante la propaganda amarilla:

Mexicanos:

A instigaciones de los esbirros del despotismo porfirista, unos individuos que a sí mismos se titulan “Defensores de la Integridad Nacional”, tratan de desprestigiar el movimiento revolucionario que con gran éxito está llevando a cabo el Partido Liberal Mexicano, diciendo que la bandera americana ha sido izada en Tijuana. *Mentira.*

Los que abajo firmamos somos mexicanos. Los que abajo firmamos hemos estado en Tijuana, y declaramos con toda energía que no ondea allí la bandera americana, sino *cinco banderas rojas* que ostentan orgullosas este sublime lema: *Tierra y Libertad.*

Mexicanos: Los enemigos de la revolución, los enemigos de nuestra libertad, los que os han robado, estropeado, humillado y arrojado a este suelo, porque ya en el propio no podíais vivir sin veros sujetos a toda clase de abusos, tratan ahora de engañaros para que vayáis a derramar vuestra sangre, para que el despotismo continúe. Se os engaña diciendo que vais a defender nuestra patria contra hordas filibusteras, para que acabéis con la revolución que tiene por objeto acabar con

el hambre, acabar con el despotismo, acabar con la incertidumbre de si habrá o no habrá pan para mañana. El Partido Liberal Mexicano lucha por conquistar la tierra y la maquinaria para el uso libre de todos, para que ya no haya brazos que se alquilen por salario, sino que cada trabajador sea el amo de sí mismo.

No oigáis a vuestros enemigos. Las fuerzas liberales en la Baja California, como en todo el resto de la nación mexicana, pues nuestras fuerzas se extienden por todas partes, se están sacrificando por el bienestar vuestro y de vuestras familias.

Si emprendéis la guerra contra ellas, no haréis otra cosa que remachar vuestras cadenas. Nuestros enemigos os ofrecen pasaje para ir a batir a vuestros libertadores: *Aceptad el pasaje* e id a incorporaros a las fuerzas liberales.

San Diego, Cal., mayo 17 de 1911.

*Miguel A. Corrigan, Rosa R. De Corrigan, A. Ruiz,
Joaquín Sol, B. Ramos, Rosa de Cornejo, R. C. Márquez,
Elias Marcial y Josefa Marcial.*

Pero a pesar de estos argumentos, la batalla de la propaganda la iban ganando los porfiristas de cara a una opinión pública ignorante de lo que realmente pasaba en Baja California. Y la ganaban porque ante un periódico como

Regeneración, cuyo tiraje era de 27 000 ejemplares, el resto de la prensa nacional (como *El Imparcial*, que nada tenía de imparcial) y estadounidense (como *Los Angeles Times*, cuyo dueño era el mismísimo Harrison Cray Otis, enemigo jurado de todo lo que olier a sindicalismo y anarquismo), la guerra de los medios estaba por mucho a favor de sus adversarios ideológicos. Pero aun así podían aparecer, en la prensa subterránea, en los periódicos laborales, como *Solidarity* del verano de 1911, testimonios reales de la vida en Tijuana bajo la bandera roja floresmagonista. Laura Payne, una sindicalista y feminista, escribió una carta titulada “A Visit to México” para el número 76 de ese periódico, en la que dice:

Ayer visité Tijuana, México, el pueblo recientemente capturado y que hoy mantienen en su poder los rebeldes. Es un pueblo fronterizo a corta distancia de San Diego. Inmediatamente después de la batalla, turistas y otros residentes de San Diego inundaron Tijuana y saquearon sus tiendas y casas particulares, tomando todos los objetos de valor que pudieron llevarse consigo. Por supuesto, la prensa capitalista sacó encabezados diciendo que eran los insurrectos lo saqueadores de esta población y no sus vecinos estadounidenses del otro lado. Tan pronto como el último soldado federal desapareció detrás de la línea internacional y los muertos y heridos recibieron atención o sepultura, los rebeldes empezaron a reconstruir Tijuana.

La primera cosa que hicieron fue abrir la cárcel y dejar

libres a todos los prisioneros. Sólo los muros de la vieja Bastilla quedaron en pie para recordar a los visitantes de su pasado horrible. La plaza de toros es pura ceniza; la aduana y otros edificios públicos han sido tomados para uso del ejército revolucionario.

Lo que maravilla a los visitantes, e incluso a los soldados estadounidenses que vigilan la frontera a pocos pasos del pueblo, es que, aunque hay acampado todo un ejército en Tijuana, no se necesita ninguna prisión para mantener el orden. Muchos de los rebeldes son estadounidenses. A muchos de ellos los conozco de otros campos de batalla, como el de la lucha económica, y les he estrechado las manos. Ahora es otra su apariencia porque están cubiertos de pistolas y cartucheras, pero la batalla de ayer y la de ahora es la misma.

En Tijuana, Caryl Pryce, como jefe del ejército anarcosindicalista, durante todo mayo actúa de forma ambigua: deja correr historias de que a él no le interesa tanto la lucha social como la aventura misma, acepta platicar con Dick Ferris sin comprometerse con el actor en ningún punto y, a la vez, expone públicamente su adhesión al programa social del Partido Liberal Mexicano y se dice obediente del liderazgo de Ricardo Flores Magón. Durante los primeros tres días de la toma de Tijuana, ordena que no se vendan licores fuertes (excepto cerveza y vinos ligeros), pero pronto olvida sus propias ordenanzas y deja que el alcohol en todas sus formas fluya libremente, ocasionando

que las peleas aumenten entre los revolucionarios, lo que provoca muertes lamentables. Y no sólo eso: debe ejercer un control mayor entre sus tropas, ya que muchos voluntarios nuevos no son más que gente sin escrúpulos. Pryce mismo debe imponer el orden y llega a encabezar el fusilamiento de un revolucionario sorprendido violando a una muchacha mexicana. Pero cuando abandona a su ejército para ir a Los Angeles, con el propósito de convencer a Ricardo Flores Magón de que necesita armas y municiones con urgencia, este acto es visto por sus camaradas como una vil deserción. Pryce quiere volver a Tijuana pero es encarcelado, junto con los miembros de la junta del Partido Liberal Mexicano. Lo que salva a los revolucionarios de Tijuana es la llegada de un jefe ejemplar: Jack Mosby, quien impone la ley seca en Tijuana, para disgusto de los vendedores de licores. El orden se restablece, pero las armas y municiones prometidas siguen sin aparecer. Mosby, leal a Ricardo Flores Magón, encarrila al ejército revolucionario como un grupo unido, donde mexicanos y extranjeros trabajan en armonía, sin fricciones ni divisiones. Pero la iniciativa de la guerra ya no está en sus manos sino en las de sus enemigos: los militares que han rumiado por meses su venganza.

Y así llegó el desquite de los porfiristas ya sin don Porfirio al mando. El 25 de mayo de 1911, el eterno presidente de México se retiraba, pero dejaba intacta la maquinaria del poder y a sus beneficiarios, incluido el ejército, el clero, las empresas extranjeras con intereses nacionales, el cuerpo

consular y los empleados de la administración gubernamental. Era el porfirismo sin don Porfirio. Por eso el coronel Celso Vega decidió vengarse de su estrepitosa derrota del 15 de febrero de 1911 en Mexicali y atacó a los revolucionarios en Tijuana, en el momento mismo en que se llevaban a cabo pláticas para su licenciamiento por enviados del movimiento maderista. El 16 de junio de 1911, se logró licenciar a los revolucionarios de Mexicali y para la semana siguiente se esperaba lo mismo para los de Tijuana. Pero el 22 de junio de 1911, mientras Jack Mosby, de parte de los floresmagonistas, y José María Leyva, de parte de los maderistas, conferenciaban para entregar las armas unos a otros y en forma ordenada y pacífica, Vega atacó Tijuana. Los revolucionarios no estaban preparados para el combate y, pese a ello, se lanzaron a luchar sin una estrategia previa.

Hay que precisar que eran 560 tropas porfiristas contra apenas 230 revolucionarios (de los cuales 155 eran extranjeros y 75, mexicanos). Las líneas defensivas, que incluían una locomotora y algunos vagones de tren, no aguantaron mucho tiempo ante la superioridad de armamento de los pelones, como entonces se les llamaba a las tropas federales porfiristas. La batalla se dio por perdida y los que pudieron defendieron las posiciones frente a las incesantes ráfagas de las seis ametralladoras desplegadas en el campo de batalla y frente a los certeros disparos de los fusileros japoneses contratados por Vega, y allí sucumbieron para que el resto de sus camaradas pudieran escapar al otro

lado. Como lo cuenta John Humphries en su libro *Gringo Revolutionary. The Amazing Adventures of Caryl Ap Rhys Pryce* (2005), en donde cita el reportaje de Fred V. Williams, un periodista de *Los Angeles Herald* quien estaba del lado americano cuando empezó el combate, pero prefirió pasarse al lado de las fuerzas revolucionarias para sentir la emoción de la batalla y poder contársela luego a sus lectores. Williams casi muere por tal decisión, pues en la batalla de Tijuana del 22 de junio, la que se libra principalmente en Agua Caliente, los revolucionarios no tienen ninguna oportunidad ante el poder de fuego del ejército federal. Los disparos llegaban de todas partes:

El fuego de las ametralladoras era tan intenso, que los revolucionarios debían permanecer pecho a tierra para no ser alcanzados. Si se levantaban, volvían a caer muertos o heridos. El jefe Mosby, en su caballo blanco, iba de una línea a otra tratando inútilmente de estabilizar el frente. Finalmente, Mosby dio la orden de retirada, cuando los federales casi nos rodeaban por completo. Ya de regreso a Tijuana, Mosby fue a platicar con el capitán Wilcox, el jefe del ejército estadounidense.

–Hemos sido derrotados –le dijo–. Hicimos lo mejor que pudimos, pero eran demasiados para nosotros y sus ametralladoras mataron a mis mejores hombres.

–Dieron una buena pelea –fue la respuesta del militar estadounidense.

Mosby, con lágrimas bajando por sus mejillas, con voz entrecortada, respondió:

–Estos hombres están bajo mi cuidado. Si hacemos una última defensa aquí mismo en Tijuana, será una repetición de Custer en Little Big Horn. Todos morirán. Bajo esas circunstancias, creo que la mejor opción es rendirnos a usted y pasar al otro lado.

–En cuanto crucen, tendrán que entregar sus armas. Le hago responsable de la buena conducta de su gente.

–No se preocupe, yo me hago cargo de su buen comportamiento.

Entonces el jefe Mosby regresó con sus revolucionarios y ordenó que todos se juntaran en la calle principal de Tijuana. Había desesperación y cansancio en los rostros de los insurgentes. Aún con lágrimas en los ojos, Mosby les dijo:

–Hemos sido camaradas en la paz y en la guerra. En pueblos, campamentos y campos de batalla. Ahora vamos a rendirnos al ejército estadounidense para no ser asesinados por los soldados porfiristas. Algún día nos volveremos a encontrar y entonces volveremos a reconocernos como camaradas unidos en la lealtad y la devoción por la causa. Porque eso somos: camaradas.

–¡Y lo seremos siempre! –le respondieron a coro.

De todos los revolucionarios que oyeron aquel discurso, dos eran buscados por la justicia en los Estados Unidos, Marshall Brooks y Henry Hall, por lo que prefirieron quedarse en Tijuana y morir peleando cuando los federales llegaran. Sus cuerpos acribillados fueron localizados un día después. Cuando los demás rebeldes cruzaron la frontera en fila comenzaron a fotografiarlos los periodistas. Muchos se enojaron, pero nada podían hacer. A un revolucionario le preguntaron qué iba a hacer ahora. Respondió:

–Voy a seguir peleando por la clase trabajadora.

El coronel Celso Vega sólo se presentó en Tijuana cuando su ejército ya había ocupado todo el pueblo y no quedaban revolucionarios vivos. Había aprendido la lección de Mexicali: no volverse a exponer al fuego enemigo. No arriesgar nada para ganarlo todo. Era, sin duda, un fiel ejemplo del régimen porfirista. Los revolucionarios que quedaron heridos en el campo de batalla fueron rematados sin piedad. La gran venganza del coronel Celso Vega fue una masacre a plena luz del día, como en los mejores tiempos porfiristas. Las ambulancias de la Cruz Roja que fueron a buscar heridos al campo de batalla regresaron vacías. Los soldados federales les dijeron a los socorristas que ellos se habían encargado de los revolucionarios heridos, lo que significaba que a todos ellos los habían rematado. Al menos se supo que 39 de estos revolucionarios asesinados fueron enterrados en una fosa común. Para entonces, Ricardo

Flores Magón estaba preso, junto con los restantes miembros de la Junta organizadora del Partido Liberal Mexicano (su hermano Enrique, Librado Rivera y Anselmo L. Figueroa), pues el 14 de junio habían sido apresados por autoridades estadounidenses con el cargo de violación a las leyes de neutralidad, pero en realidad se debía a la petición de los vencedores maderistas, que buscaban el fin de todas las hostilidades en el territorio nacional.

Pero aun encarcelados y con malas noticias llegándoles del frente bajacaliforniano, Ricardo Flores Magón no pierde la esperanza. En *Regeneración* (24-VI-1911), cuando le avisan de la derrota de la segunda división del ejército floresmagonista en Tijuana, titula la nota como “La derrota de Tijuana es un triunfo” y da los pormenores del acontecimiento sin mencionar las negociaciones en marcha entre magonistas y maderistas y sin perder el ánimo retador:

El día 22 de este mes, ochocientos federales atacaron a un puñado de liberales en Tijuana. Nuestros compañeros estaban escasos de parque; pero no rehuyeron la lucha. Valientes como leones, se aprestaron a la lucha convencidos de que era preciso luchar hasta que fuese quemado el último cartucho.

Así lo hicieron esos bravos libertarios. Tres horas duró este combate en que nuestros compañeros hicieron prodigios de valor y de audacia, hasta que sus cartucheras quedaron vacías, pasándose los que

sobrevivieron a este lado de la línea divisoria, donde fueron arrestados ilegalmente por las fuerzas de los Estados Unidos [...].

Por las circunstancias en que se efectuó el combate, nuestra derrota es un triunfo moral de gran valor, porque ha quedado demostrado que los liberales luchan por principios y son firmes. En la lucha perecieron compañeros de altas virtudes, hombres abnegados y leales a la causa del proletariado que prefirieron morir a entregar sin resistencia la plaza que habían conquistado.

Este heroico ejemplo fortalece. Ante la grandeza moral de los hermanos muertos en Tijuana por sostener el principio de Tierra y Libertad, no solamente debemos sentir admiración profunda, sino que debe servirnos a todos para reafirmar nuestras convicciones y ser firmes cualquiera que sea la suerte que nos toque.

Ricardo Flores Magón agrega aquí una nueva información sobre la debacle de su movimiento armado en Baja California. Anuncia que “Tijuana está ahora en poder del gobierno, así como Mexicali [...]”. Dos puntos perdidos que serán pronto recobrados: Tijuana y Mexicali”. ¿Cuál es la versión de este desastre militar de cara a los compañeros del partido? De Mexicali, el culpable tiene nombre y apellido para Ricardo: Rodolfo Gallego. Ya *en Regeneración* del 10 de junio de 1911 se publica un texto con el título de “Traición”. Allí se expone que:

Gallego ha traicionado a la causa del Partido Liberal Mexicano.

Gallego se ha puesto de acuerdo con representantes de Madero, para organizar una fuerza que aplaste a nuestros compañeros.

Gallego trató, primero, de sembrar la división y la desconfianza entre nuestros compañeros de Mexicali y la junta. Vino a esta ciudad a formular cargos descabellados contra los compañeros Quijada y Limón. No le hicimos aprecio y se volvió furioso a decir a dichos compañeros que la junta lo había comisionado para asesinarlos. Esto, naturalmente, hizo sufrir a nuestros buenos compañeros, pues nunca habían imaginado que la junta tuviera contra ellos tan cobardes intenciones; pero al final se descubrió la verdad: Gallego quería que nuestros compañeros se pusieran en contra de nosotros y aprovechándose de ese momento crítico para dar un golpe de mano [...]. Ahora bien, compañeros mexicanos, ¿qué es lo que vais a hacer? ¿Permitiréis que la bandera roja sea arriada en Mexicali? Acudid sin pérdida de tiempo a dicha población amenazada por los maderistas.

Acudid a defender ese lugar conquistado con tantos sacrificios [...]. Se les ha ofrecido mucho oro por los enviados de Madero para que entreguen la plaza; pero ellos son trabajadores y no hacen traición a su clase [...]. Hay quedarles la mano, hay que evitar que el maderismo

se entronice en la región que tanto trabajo ha costado conquistar.

Acudid, mexicanos, a ayudar a vuestros hermanos de Mexicali.

Pero al final no acudieron en su ayuda y el maderismo logró convencer a muchos de los revolucionarios floresmagonistas en Mexicali que la lucha armada era una tarea cumplida, que la caída de la dictadura porfirista era la meta final de todos los movimientos revolucionarios en México. En un número posterior de *Regeneración* (24-VI-1911), Ricardo, buscando culpables, afirmaba: “Madero nos persigue con la misma rabia que nos persiguió Porfirio Díaz. Nos invitó a que abandonásemos la lucha; y como nos resistimos, pidió a Taft que se nos arrestase. Contra nosotros están los dos gobiernos: el de México y el de los Estados Unidos. Ahora, mexicanos, ayudadnos. Si os hiciéramos traición, nadie nos perseguiría e iríamos a formar parte del gobierno de Madero. Pero somos honrados: no nos vendemos. Comprended, mexicanos, que el Partido Liberal no tiene otra ambición que ver libres y satisfechos a todos los mexicanos”. Y por eso había llegado el momento de las traiciones a su alrededor. Pero lo que no veía Ricardo, en su celo doctrinal, es que los mexicanos se habían levantado en armas contra la dictadura porque querían, en su mayoría, romper con el autoritarismo militarista y no necesariamente con los ideales capitalistas de esfuerzo personal y prosperidad burguesa, que muchos revolucionarios anhelaban una democracia

política con libertad de prensa, con respeto a los derechos individuales y con apertura económica para que cada quien se enriqueciera a su modo. El ideal anarcosindicalista era en su extremismo liberal un paso más audaz en su igualitarismo, pero no un paso que todos los mexicanos querían dar. Las razones de Ricardo Flores Magón eran ciertas: mientras los pobres no tuvieran injerencia en las fuentes de producción, sólo serían piezas intercambiables, personal asalariado de una maquinaria que enriquecería a unos pocos y dejaría en la miseria a la gran mayoría. Pero para los mexicanos de 1911, esa revolución podía esperar. Era mejor festejar el triunfo de la revolución moderada maderista. Por eso tantos camaradas dejaron hablando solo a Ricardo Flores Magón y le dieron la espalda cuando más los necesitaba. Las ambiciones personales triunfaron sobre la solidaridad de los trabajadores. Por eso Rodolfo Gallego logró convencer a sus compañeros de que era hora de un pago merecido por tanto sacrificio:

El traidor Rodolfo Gallego recibió gruesas sumas de dinero de las compañías americanas que tienen monopolizada la tierra en la Baja California y entregó a nuestros compañeros. Gallego se encuentra ahora en Mexicali saboreando las manchadas monedas que los millonarios americanos le regalaron para seguir explotando al pobre pueblo americano... Una traición y una derrota es lo que tenemos que consignar hoy: pero esto no nos desalienta. No hay que desmayar. Este es el

instante crítico de la tremenda lucha contra el autoritarismo y el capitalismo. En este momento de prueba es cuando se sabe quiénes son los firmes y quiénes son los cobardes. La pérdida material de dos plazas, nada significa para la lucha. En los demás estados de México la lucha continúa y continuará. Fijaos bien, compañeros, en que fue la falta de parque la causa de la derrota de nuestros compañeros de Tijuana. Esforzaos por ayudar a los que luchan para que en lo sucesivo nada les falte.

La debacle de la revolución floresmagonista en Mexicali y Tijuana, sin embargo, no fue el último episodio de la revolución anarcosindicalista en Baja California. Otros revolucionarios siguieron en pie de lucha por varias semanas o meses. Allí está el caso de Emilio Guerrero y su grupo de indios alzados, que mantuvo el espíritu revolucionario en la zona costa durante junio y junio de 1911, o la partida de Tirso de Toba y Heraclio Romero, que mantuvo en jaque a las tropas federales por varios meses en la zona fronteriza, primero de julio a noviembre de 1911 y luego del encarcelamiento y fuga de Tirso de Toba, de marzo a abril de 1912. En los meses en que estuvo preso Tirso en Ensenada, Ricardo Flores Magón nombró como jefe de la revolución anarcosindicalista en Baja California a Juan F. Montero, quien estuvo activo reclutando gente entre noviembre de 1911 y febrero de 1912. Se podría decir que entre finales de 1911 y el primer trimestre de 1912 hubo más de doscientos

combatientes floresmagonistas merodeando en el Distrito Norte. Eran partidas pequeñas que atacaban y se replegaban para no ser acorraladas por las tropas del gobierno. Eran el último estertor de un ejército antaño victorioso.

Pero la pregunta queda en el aire: ¿Qué habría pasado si los revolucionarios de Tijuana hubieran entregado pacíficamente sus armas en junio de 1911? Pues lo mismo que en Mexicali, en donde, al llegar el mayor Esteban Cantú con sus ínfulas de dictador local, lo primero que quiso licenciar fue a los antiguos floresmagonistas –ahora vueltos nuevos maderistas– y se topó con las órdenes del gobierno interino Francisco León de la Barra, en donde por primera vez el poder civil estaba sobre el poder militar. En Mexicali quedó de subprefecto, en sustitución del porfirista Gustavo Terrazas, el ahora maderista Rodolfo Gallego, uno de los revolucionarios que tomó Mexicali en enero de 1911, mientras que de juez de paz de Mexicali quedó Cristóbal Aguillón, el repartidor de *Regeneración* en el valle de Mexicali. Algo similar habría podido pasar en Tijuana, en donde en sustitución del difunto subprefecto José María Larroque, muerto el 9 de mayo de 1911 en la toma de Tijuana por los revolucionarios, pudo haber quedado alguien como Antonio Araujo. Hubiera sido el acabose para los porfiristas de hueso colorado. Lo cierto es que, con aquel ataque, el coronel Celso Vega selló su suerte ante las nuevas autoridades del gobierno interino y se le quitó la jefatura política y militar del Distrito Norte de la Baja California. Pero

muchos otros militares vieron con buenos ojos aquella insubordinación (el atacar a los revolucionarios sin una orden del gobierno, sólo por su deseo de revancha), entre ellos, colegas suyos, como el mayor Esteban Cantú y el coronel Victoriano Huerta.

Recapitulemos aquí la campaña entera de Baja California para ver la magnitud de sus hazañas: la revolución floresmagonista inicia el 29 de enero de 1911 con la toma de Mexicali por un grupo de “ciudadanos del mundo”, como ellos mismos se autoproclaman, a las órdenes de José María Leyva y Simón Berthold, ambos revolucionarios mexicanos. En cierta forma, la toma de Mexicali es uno de los primeros actos de la Revolución Mexicana y es el aviso de que la revolución en México no es una sola, que los floresmagonistas compiten con éxito por extender la revuelta social más allá del movimiento maderista, que todavía no logra tomar Ciudad Juárez. El coronel Celso Vega, jefe político y militar del Distrito Norte de la Baja California, sale de Ensenada, al mando de las fuerzas porfiristas, y el 15 de febrero de 1911, intenta recuperar el poblado de Mexicali. Las tropas de la dictadura son derrotadas estrepitosamente y el propio coronel Vega es herido de gravedad, dejando la iniciativa militar en manos de los anarcosindicalistas. Este combate es llamado la primera batalla de Mexicali. Pronto llegan más voluntarios a Mexicali, tanto mexicanos miembros del Partido Liberal Mexicano como indios cucapás, kiliwas y pai pais que buscan liberarse

de los latifundistas mexicanos y extranjeros que les han quitado sus mejores tierras. A ellos se añade un buen contingente de *wobblies*, es decir, sindicalistas estadounidenses que vienen a dar su vida por la causa de la revolución anarcosindicalista en Baja California. Entre ellos llegan Stanley Williams, Jack Mosby y Caryl Pryce, que establecen una división de extranjeros que van a luchar para liberar a México de una dictadura atroz. Junto a ellos están periodistas que apoyan la causa, como los célebres John Kenneth Turner y Jack London.

Mientras el coronel Celso Vega regresa, vía Estados Unidos, herido y derrotado a Ensenada, donde se fortifica dejando desprotegido el resto del Distrito Norte, el cual pronto se vuelve una tierra de nadie, los revolucionarios floresmagonistas toman Los Algodones y descubren que su principal enemigo no son los soldados federales sino las empresas extranjeras que exigen vuelva el orden y la tranquilidad al Distrito Norte de la Baja California. Harrison Cray y Harry Chandler, empresarios dueños de las tierras del valle de Mexicali, logran que el propio dictador mande tropas no para combatir a los revoltosos, sino para cuidar sus propiedades: el famoso C-M Ranch, que es de su propiedad. Así, el Octavo Batallón desembarca en Ensenada, la entonces capital del Distrito Norte, y marcha a Mexicali para servir de policías a las órdenes de las compañías extranjeras. El coronel Miguel Mayol intenta provocar a los revolucionarios y el 8 de abril se entabla la segunda batalla en el valle de

Mexicali, que dura varias horas y deja numerosos muertos de ambos bandos, entre ellos, a Stanley Williams. El coronel Mayol desiste de seguir hacia Mexicali y se dedica a lo suyo: a ser un mayordomo de los latifundistas estadounidenses. Esto lleva a que los revolucionarios tomen la iniciativa y se lancen a conquistar Tecate (que no logran), y acaban por extender sus dominios a pueblos mineros como El Álamo, y puertos como San Quintín, ocasionando la intervención de tropas extranjeras británicas para proteger sus intereses y a sus compatriotas. Para entonces, al ver la pasividad del coronel Celso Vega, muchos comerciantes y empleados del gobierno prefieren poner pies en polvorosa y pasarse a los Estado Unidos, especialmente al puerto de San Diego, California, en donde los representantes consulares de la dictadura porfirista confabulan para expulsar a los revolucionarios. Dos son los planes puestos en marcha por el personal consular porfirista: una campaña de prensa que hace ver a los revolucionarios como filibusteros a las órdenes del gobierno estadounidense (lo que nunca fueron), para azuzar el sentimiento patriótico de los mexicanos en California llevándolos a ser carne de cañón de la dictadura.

El segundo plan es mandar voluntarios a Ensenada, lo que ocasiona más problemas que los que resuelve, ya que Vega no acepta la ayuda de esta turba de aventureros que sólo causan desórdenes y conflictos, pues en su paranoia atacan a ciudadanos estadounidenses, chinos y a cualquiera que no comparta su amor por don Porfirio. Estos planes tienen gran

cobertura porque la prensa estadounidense apoya el *statu quo* porfirista o, en su defecto, al ala moderada de la revolución mexicana: a los maderistas, que para abril de 1911 ya son los revolucionarios más reconocidos por la prensa internacional, una prensa que incluye a *Los Angeles Times*, cuyos propietarios son, casualidad de casualidades, Harrison Cray y Harry Chandler. Y quienes han logrado no sólo que el gobierno mexicano mande tropas a Baja California, sino que han presionado a su propio gobierno para que mandara más de treinta mil tropas a la frontera para que cortaran el flujo de voluntarios mexicoamericanos y de extranjeros que querían unirse al movimiento armado floresmagonista. La revolución anarcosindicalista, por lo mismo, es una campaña militar en que participantes voluntarios internacionalistas de todas partes del mundo, pero en especial trabajadores socialistas estadounidenses que ven con buenos ojos luchar al lado de los mexicanos para liberarlos de la opresión porfirista. La confusión se acentúa entonces entre los bajacalifornianos al contemplar la llegada de estas fuerzas revolucionarias compuestas con tan pocos mexicanos y con tantos extranjeros (británicos, estadounidenses, canadienses y afroamericanos) que son compañeros de armas en solidaridad obrera. Por las leyendas urbanas que se propalan en Ensenada y Tijuana, podemos ver que los revolucionarios son vistos con mayor pavor por una clase media porfirista que, en Baja California, no quiere perder sus privilegios de clase y sus negocios con los empresarios extranjeros. Es obvio que no están contra el

capital estadounidense, del que son empleados o socios, sino en contra de una revolución que les quitaría el poder económico, político y militar de las manos y se los daría a los obreros, campesinos e indígenas. Basta ver que muchos de los líderes de la revolución anarcosindicalista, como Camilo Jiménez y Emilio Guerrero, son defensores de un trato justo a los indios bajacalifornianos. Véase el informe rendido por Pedro Ramírez Caule en *Regeneración* (24-VI-1911), dedicado a la lucha del grupo de Emilio Guerrero entre abril y mayo de 1911:

Diré algo del paseo de la bandera roja hasta el puerto de San Quintín. Estuve incorporado a la guerrilla liberal que dirigía el compañero Emilio Guerrero. Esta guerrilla recorrió una buena porción de la Baja California, hasta que se unió a la Segunda División del ejército liberal en Tijuana. Por todas partes dejamos sembradas las buenas ideas. En todos los pueblitos y rancherías se nos recibía con los brazos abiertos al saber cuáles eran nuestros ideales: Pan, Tierra y Libertad para todos.

A todos los tratamos como buenos hermanos y nos suplicaban que no nos fuéramos, que estuviéramos con ellos; pero las necesidades de la lucha nos hacían alejarnos de aquellas gentes sencillas y buenas que esperan con ansias nuestro regreso.

Allá vamos, hermanos. Pronto nos daremos un abrazo.

En mayo de 1911, después de asegurar el pueblo de Tecate, el 9 de ese mes las tropas floresmagonistas al mando de Caryl Pryce toman Tijuana. Es entonces cuando Dick Ferris, un cómico y publicista estadounidense, hace su teatro: intenta una campaña de prensa para hacer creer al público fronterizo que los revolucionarios le han pedido ser su presidente. Emilio Guerrero y Jack Mosby se encargan de ponerle un alto y avisarle que, si pisa tierra bajacaliforniana, lo fusilan. Pero ya para entonces la revolución anarcosindicalista había perdido impulso. Los maderistas habían logrado lo importante: la caída del dictador y un gobierno interino que celebraría nuevas elecciones. En cambio, los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón se empeñaban, desde las oficinas del Partido Liberal Mexicano en Los Angeles, por no negociar con nadie hasta que cambiara totalmente el régimen dictatorial. Pensaban –y el tiempo les daría la razón a partir de la Decena Trágica y la traición de la casta militar en 1913 contra el presidente Francisco I. Madero– que el cambiar sólo a Porfirio Díaz dejaba intacta la estructura represiva del régimen porfirista, incluidos militares como Celso Vega.

El movimiento floresmagonista debió terminar pacíficamente en junio de 1911 y sus participantes debieron licenciarse y hacer de su movimiento armado una agrupación política significativa, como sucedió el 17 de junio de 1911, en la ciudad de Mexicali y ante enviados del maderismo, como Carlos Bernstein y José María Leyva. Pero

cuando estos enviados intentaron hacer lo mismo en Tijuana, fueron sorprendidos por un ataque a mansalva contra los floresmagonistas el 22 de junio de 1911. Y es que el coronel Celso Vega, contraviniendo las órdenes del gobierno interino mexicano, atacó a los revolucionarios que ya eran considerados una fuerza combatiente legítima. Lo curioso es que Vega utilizó en esta batalla de reconquista de Tijuana a un contingente de tropas extranjeras: un grupo de fusileros japoneses. La reacción de Ricardo Flores Magón y del PLM fue culpar de traición a todos los involucrados: a los maderistas, por actuar a espaldas del movimiento anarcosindicalista y lograr que su gente en Mexicali depusiera las armas; a los propios revolucionarios que traicionaron su confianza y se rindieron en Baja California y al contubernio del gobierno mexicano y del gobierno estadounidense para encarcelar a los miembros de la junta organizadora del partido para beneficio mutuo de ambos gobiernos. En *Regeneración* (31-VI-1911), don Ricardo les recordaba a todos sus lectores que los que perdían con la derrota de los floresmagonistas en Baja California eran, por supuesto, los propios bajacalifornianos, pues la lucha armada en la península había sido “para devolver al pueblo tanto esa tercera parte de la Baja California, ahora en manos de capitalistas franceses (se refería aquí a la explotación minera en Santa Rosalía, en Baja California Sur), como las otras dos terceras partes de la Baja California, ahora en manos de capitalistas norteamericanos e ingleses”. Y ya en una nota anterior, publicada igualmente en *Regeneración*

(10-VI-1911) afirmaba: “Fíjense los mexicanos: son los millonarios americanos que tienen en sus garras las tierras de la Baja California los que pagan mercenarios para aplastar a los liberales. Esa es la patria de que os hablan los agitadorcillos: la tierra mexicana poseída por los americanos”.

La represión consiguiente contra los anarcosindicalistas fue cruenta: tropas paramilitares a las órdenes de Lerdo González impusieron un régimen de terror entre las ranherías y poblados del Distrito Norte, asesinando sin juicio a ciudadanos estadounidenses, canadienses y a indios alzados, y violando mujeres en forma tumultuaria. La causa floresmagonista, incluidos sus simpatizantes, fue ahogada en sangre y fuego mientras el maderismo era un gobierno distante, que confiaba más en sus propios enemigos que en los revolucionarios. Y esto no es privativo del lado mexicano: si en Baja California hay una campaña generalizada de búsqueda de los participantes en la revolución floresmagonista, su apresamiento y asesinato por medio de la ley fuga, como ocurrió con decenas de floresmagonistas a partir de junio de 1911, otro tanto sucedió en el estado de California, en donde ciudades como San Diego, instigadas por las cámaras de comercio, prohibieron las reuniones públicas y los mítines políticos para reducir la presencia de los simpatizantes de la revolución mexicana anarcosindicalista. Al mismo tiempo, en el valle Imperial y en el condado de San Diego se crearon grupos civiles de

vigilantes, quienes mantenían retenes para capturar a cualquier sospechoso de ideas revolucionarias. Si el detenido vestía como obrero o era de ascendencia mexicana, si descubrían carnets de la IWW o del Partido Liberal Mexicano, golpeaban al portador del mismo y, en ocasiones, como buenos rancheros vigilantes, lo marcaban como lo hacían con su ganado, imprimiéndole en el cuerpo una marca indeleble de su crimen: el de ser un revolucionario. Por todas partes cundía el deseo de venganza al estilo del peor autoritarismo. Sin embargo, la presencia revolucionaria en Baja California no cesó a pesar de tales amenazas. *Regeneración*, el periódico del Partido Liberal Mexicano, seguía circulando en todo el Distrito Norte y quienes lo pasaban de contrabando a Mexicali, Tijuana, Tecate o Ensenada, quienes lo distribuían y leían en ranchos y poblaciones, conocían el riesgo de ser sorprendidos por las autoridades con esa prueba incriminatoria en sus manos: la prisión, la tortura, la muerte. Y aun así, *Regeneración* se difundía a lo largo y ancho del país: como un periodismo alternativo frente al coro de alabanzas de la prensa oficial de su tiempo. Porque en sus escasas cuatro o seis páginas se presentaban las otras verdades que el poder en turno no quería que se difundieran; porque en esta pequeña publicación se difundían los atropellos de las autoridades, la convicción de que la revolución todavía no era una realidad justiciera para todos los mexicanos. Como el texto titulado “Los cafres de Mexicali”, escrito por el propio Ricardo Flores Magón y publicado en *Regeneración* (2-XII-1911):

Hermanos cafres, perdonadme que tome vuestro nombre para apodar a la canalla maderista (formada principalmente por porfiristas embozados, como Cantú, y por ex floresmagonistas, como Gallego) de Mexicali, Baja California.

Los señores Jesús y Benito Amador, así como la muy estimable y heroica compañera Isabel Fierro, miembros de la Industrial Workers of the World, han sido llevados a Ensenada para ser fusilados, pues los salvajes maderistas fusilan tanto a los hombres, como a los ancianos, a las mujeres y a los niños.

El compañero Tirso de Toba se encuentra preso todavía en Mexicali y hay un abogado en Calexico que se compromete a que lo devuelvan a Estados Unidos si hay quien pague los gastos. Compañeros del valle Imperial, ayudad a Toba. Es uno de nuestros hermanos y no debemos dejarlo en manos de nuestros verdugos.

A fines de 1911 y a lo largo de 1912, muchos combatientes y simpatizantes floresmagonistas de origen mexicano son deportados a México, entre ellos, Margarita Ortega. Otros son procesados para su extradición a Estados Unidos, como Quirino Limón. Y otros, como el propio Tirso de Toba, que logran ser devueltos a Estados Unidos, son secuestrados y llevados a la fuerza a Baja California, en donde son ejecutados con la intención de que al exterminar a estos revolucionarios, al mismo tiempo se eliminan sus ideas

libertarias. Y para 1913, este reino de terror se va a incrementar. Cuando el usurpador Victoriano Huerta llega al poder, en febrero de 1913, hay carta blanca para seguir cometiendo las mismas atrocidades sin consecuencias para sus perpetradores: secuestro de revolucionarios refugiados en California, fusilamiento de revolucionarios, incluidas a mujeres como Margarita Ortega, y asesinato de sospechosos de ideas revolucionarias por medio de la ley fuga y de la mutilación de cadáveres para provocar miedo entre la población. El mátalos en caliente porfirista en plena frontera norte. El no dejes testigos vivos para juicios posteriores. El tú eres el poder y nadie más. Una lección desde el autoritarismo a la mexicana que va a ser perfeccionada, entre 1914 y 1920, por el coronel Esteban Cantú en su etapa de caudillo gubernamental, en su periodo de jefe político y militar del Distrito Norte de la Baja California. Y es que Cantú representa al militar porfirista que no participa en la campaña militar contra la revolución anarcosindicalista, pero que destaca en la etapa represiva (1911–1914) de este movimiento con celo inusitado. Él, más que cualquier otro oficial porfirista–huertista, obtiene los frutos de esta pacificación brutal contra la disidencia social y política en la entidad. Él, más que nadie, maneja del disimulo con tal arte que acabará cambiando de bando cuantas veces sea necesario y cuantas veces favorezca a sus intereses políticos. Cantú es, por último, quien más se beneficia con el mito del filibusterismo, que él mismo promueve y alienta. Es, en pocas palabras, el alcahuete oficial de tal mitología. Una cosa

falta por remarcar: la revolución floresmagonista es un episodio central, de lucha armada, entre enero y junio de 1911. Pero la contrarrevolución que la sigue, su reinado de terror contra los miembros, activistas y simpatizantes del Partido Liberal Mexicano, es un periodo poco estudiado por nuestros historiadores. Por eso pocos bajacalifornianos se han percatado de que este movimiento antifloresmagonista (1911–1920) va a delinear el relato oficial de lo que fue Baja California durante la Revolución Mexicana para consumo interno y externo.

Para entender este proceso contrarrevolucionario, hay que precisar lo que fue el floresmagonismo para los propios bajacalifornianos que se adhirieron a su doctrina. Como lo ha dicho Fernando Zertuche en su libro *Ricardo Flores Magón. El sueño alternativo* (1995), el mensaje libertario de Ricardo Flores Magón prendió “en muchísimos sitios y en muchísimas conciencias. *Regeneración* es el heraldo de una relación de hechos que lesionan la dignidad de la mayoría; además, la crítica neoliberal y sus proposiciones reflejan los ideales de jóvenes, de proletarios que en las corrientes de lo prohibido y lo secreto buscan sus objetivos para justificar y clausurar su desesperanza por la realidad en que viven”. Y aunque los líderes del PLM permanezcan prisioneros por años y se hallen incomunicados en prisión, su mensaje sigue llegando a todo México y, entre 1910 y 1914, se difunde ampliamente por todo el Distrito Norte de la Baja California. Y esto nos conduce a una de las mentiras más utilizada por

la historiografía antifloresmagonista: que la revolución anarcosindicalista de 1911 fue una invasión extranjera a la entidad, un acontecimiento ajeno para la población bajacaliforniana, que vivía feliz y contenta bajo la dictadura porfirista. Lo cierto es que el ideario de libertad y de justicia frente a la dictadura caló hondo en muchos bajacalifornianos y que la revolución anarcosindicalista contaba con una base social compuesta de centenares de inconformes, de centenares de bajacalifornianos (indios, rancheros, campesinos, obreros, mineros, soldados, profesionistas, residentes extranjeros) que contribuyeron al levantamiento desde meses o semanas antes de que se llegara a disparar el primer tiro el 29 de enero de 1911 en Mexicali. Y estos compañeros ayudaron con información sobre movimientos de tropas porfiristas, contrabando de armas o su propia presencia en el campo de batalla. Bajacalifornianos hubo y muchos en la revolución floresmagonista. Sin el apoyo de la población civil, al menos de una parte de ella, la más consciente de la situación política del país, la revolución anarcosindicalista no se hubiera sostenido por tantos meses en la entidad. Por los informes que recibían Ricardo Flores Magón y sus tropas durante la campaña militar, simpatizantes floresmagonistas había en las principales poblaciones del Distrito Norte, especialmente en Ensenada y Mexicali. Estos simpatizantes no eran sólo pobres y desheredados, jóvenes y proletarios. Los floresmagonistas bajacalifornianos también era gente con recursos económicos, como Rodolfo Gallego y Margarita Ortega, de ahí que la revolución

floresmagonista no era una imposición venida de fuera y sin contacto con la población local. Aunque muchos de sus combatientes eran foráneos, fue un levantamiento armado que contaba con apoyo regional. Un apoyo no mayoritario, pero sí real y perdurable. Tan perdurable que, cuando la revolución desaparece en junio de 1911, aún quedan en activo varios grupos guerrilleros, formados fundamentalmente por indios nativos y residentes de la entidad. Sobreviven a salto de mata, pero sobreviven casi un año más porque conocen el terreno, porque saben esconderse de sus perseguidores. Lo que pocos historiadores cuentan es la segunda etapa de lucha que se da a partir de junio de 1911 y que se va a prolongar hasta la salida de Baja California del coronel Esteban Cantú. Al cesar de existir un ejército floresmagonista en forma comienza el periodo contrarrevolucionario más brutal, la etapa de limpieza social contra todo lo que huela a floresmagonismo en Baja California. Entre 1911 y 1913, Ricardo Flores Magón llama a este periodo como el de la “canalla maderista”, ya que para él Madero es un dictador similar a don Porfirio Díaz. Lo que don Ricardo no capta es que los llamados militares maderistas no son otros que los militares porfiristas, una casta privilegiada que no se resigna a perder sus privilegios y que ha decidido simular que acepta la república democrática maderista mientras aguarda el momento propicio para destruirla y regresar a su gran añoranza: la dictadura absoluta. Los militares bajacalifornianos, como el resto de la casta militar mexicana, son maderistas de membrete: no de

corazón. Y siguen actuando como su corazón porfirista les dicta hacerlo: a sangre y fuego. Por eso mismo, estos militares “maderistas” no quieren volver a padecer, como en enero de 1911, un levantamiento armado de la plebada, una insurrección anarquista. Quieren el control total del Distrito Norte. Oficiales como Juan M. Velázquez, Esteban Cantú, Manuel Gordillo Escudero y Miguel R. Gómez actúan en consecuencia y reflejan en sus acciones represivas un odio mayúsculo contra los floresmagonistas. Su reacción es realizar una limpieza social contra la ideología anarcosindicalista en toda la entidad. Y quienes la sufren en carne propia son los bajacalifornianos de ideas libertarias que siguieron en Baja California porque pensaban que ahora vivían en una república democrática y no en la misma dictadura anterior.

Y así les fue.

Si aceptamos lo que dice Ricardo Flores Magón de que se fusilaban entre 5 y 10 simpatizantes floresmagonistas cada semana (entre 250 y 500 al año) en Baja California, estamos ante un acto sistemático de represión masiva, tomando en consideración el escaso número de habitantes (apenas unos tres mil a cuatro mil) con que entonces contaba el Distrito Norte. Si tal fue la magnitud de la represión contrarrevolucionaria, estamos hablando de centenares de asesinatos políticos, de una campaña de exterminio que pudo segar la vida de alrededor del 10% de la población bajacaliforniana de aquellos tiempos. Muchos de estos asesinatos no tuvieron más juicio legal que la arbitrariedad

de sus captores. Era más fácil dispararles en la espalda, bajo los imperativos de la ley fuga, en un paraje solitario que hacer todo el papeleo burocrático en un juzgado. A esto hay que añadir que muchos prisioneros, los más prestigiosos o peligrosos según las autoridades, eran remitidos al interior del país, para que allá “se les diera su merecido”. Dos de estos prisioneros lograron escaparse: Octavio Paz Solórzano y Emilio Guerrero. Pero la mayoría no tuvo tanta suerte. Visto a un siglo de distancia, fue un auténtico reinado de terror y es que eso era exactamente lo que las autoridades militares pretendían: crear terror entre los simpatizantes del PLM para que no volvieran a alzarse en armas. Muerto el floresmagonismo, se acabó la revolución, pensaban. Pero hubo resistencia por todas partes. Muchos bajacalifornianos no estaban conformes con la situación imperante. Por eso los militares porfiristas–huertistas preferían matar en despoblado a sus víctimas civiles, para no exacerbar los ánimos de la población en su contra y para negar a sus familias la verdad: se les decía que habían sido mandados a Ensenada si habían sido encarcelados en Mexicali, Tecate o Tijuana. Y si eran residentes de Ensenada, se les decía que habían sido enviados a la Ciudad de México. Por eso, en Mexicali, la Laguna Salada era la preferida de los verdugos y allí se ejecutaba a los floresmagonistas por la noche, dejando los restos de los desgraciados para festín de las bestias salvajes. En Ensenada, el mar o los socavones de las minas abandonadas servían para el mismo propósito: hacer desaparecer las evidencias de sus crímenes, eliminar

cualquier rastro de este plan deliberado por aniquilar a todo ciudadano simpatizante del Partido Liberal Mexicano.

Baja California fue, en estos años, un territorio del *big brother* orwelliano décadas antes de que tal concepto surgiera en la novela *1984*. Es decir: una entidad llena de espías que vigilaban que sus ciudadanos se mantuvieran leales al gobierno y atentos a cualquiera que actuara diferente a los demás miembros del rebaño. Había espías en todas partes, incluso al otro lado. Como *Regeneración* llegaba a la oficina de correos de Calexico, había espías del gobierno bajacaliforniano que seguían a los distribuidores para descubrir quiénes eran sus suscriptores en Mexicali. Si te encontraban con un ejemplar de *Regeneración* en tu poder, podías acabar fusilado o, en el mejor de los casos, recibías gratis una sesión de tortura hasta que señalaras quiénes más lo leían. Medio siglo después, un floresmagonista mexicalense le contó a Pedro F. Pérez y Ramírez, el primer cronista de Mexicali, que él escondía *Regeneración* en las grietas de las paredes porque los militares cateaban constantemente las casas en busca de propaganda subversiva, de documentos comprometedores. Tal era el acoso de las autoridades y tal era, igualmente, su miedo no sólo a los revolucionarios, sino al pensamiento libre.

Con esta campaña de intimidaciones y “desaparecidos”, los floresmagonistas fueron haciéndose menos en Baja California. Muchos emigraron a tierras menos hostiles, donde se respetara la libertad de pensamiento. Al mismo

tiempo, otro factor intervino para que se olvidara el legado anarcosindicalista en el Distrito Norte y este factor no fue otro que la llegada al poder del coronel Esteban Cantú, quien quedó como jefe político y militar de Baja California (agosto de 1914–agosto de 1920), ya que este coronel porfirista–huertista recibió, con los brazos abiertos, a todos los mexicanos desplazados por la Revolución Mexicana, la mayor parte de los cuales eran exiliados que habían huido de sus respectivas tierras por haber formado parte de las dictaduras porfirista y huertista. Cantú y demás militares habían despoblado la Baja California de simpatizantes del PLM y ahora la iban a poblar con miles de contrarrevolucionarios, lo que incluía a intelectuales reaccionarios de la talla de Nemesio García Naranjo y Rómulo Velasco Ceballos. Todos los porfiristas y huertistas del país sabían que contaban con un refugio seguro en Baja California. Y fueron ellos los que pusieron en marcha, bajo la protección y consejo de Cantú, la celebración del mito de la defensa de la integridad nacional contra los “invasores floresmagonistas vendepatrias”. Y no sólo de ese mito: Cantú promovió intensamente la creación de una imagen pública de su gobierno como una isla de paz y prosperidad gracias a que él había logrado mantenerse al margen de la Revolución Mexicana. De ahí deviene la noción de Baja California como una entidad que no sufrió las calamidades de la violencia revolucionaria. De ahí nace una versión oficial que oculta el hecho de que sí hubo Revolución Mexicana en Baja California y que ésta fue la revolución floresmagonista

de 1911. Para esconderla debajo de la alfombra de orden y progreso cantuista, nada mejor que levantar una fachada falsa sobre la realidad histórica: la de que los bajacalifornianos sólo participaron en la lucha armada de 1910–1911 como patriotas que combatieron a los invasores anarcosindicalistas. Ésa fue la versión pactada por los porfiristas–huertistas–cantuistas que quedaron en el poder (económico, político y militar) en el Distrito Norte. Ésa fue la mentira esencial a la que se aferraron hasta su muerte.

Esto provocó que cuando los primeros historiadores se propusieron indagar sobre este periodo de la historia local, ya no quedaban revolucionarios que les relataran su versión de los hechos.

En su lugar sólo encontraron a los antifloresmagonistas, a los espías, a los verdugos, a los represores, a los beneficiados de la dictadura porfirista–huertista–cantuista. Parecía que en Baja California no hubo revolucionarios. Pero de que los hubo, los hubo. Sólo que eran huesos desperdigados a lo largo y ancho de nuestra entidad, restos humanos que nadie quería recordar, mucho menos identificar.

Estos centenares de bajacalifornianos (soldados, comerciantes, indios, propagandistas, rancheros, mineros, campesinos) habían sido sacrificados en el altar de la represión militar, en el templo del orden y el progreso cantuista.

Por ello, no pudieron contar sus historias, no pudieron relatar su revolución, los ideales que los llevaron a la muerte, las esperanzas que los condujeron frente al pelotón de fusilamiento.

Ya en 1914, cuando Ricardo Flores Magón difundió la noticia del asesinato de Margarita Ortega, acaecido ocho meses antes en la Laguna Salada en Mexicali, tuvo que explicar a su lectores (*Regeneración*, 13-VI-1914) que “es difícil seguir paso a paso la acción de los compañeros que en México luchan por encauzar el movimiento revolucionario...

Llegan muy retrasadas las noticias, cuando llegar pueden, pues con frecuencia los mensajeros son fusilados antes de llegar a su destino, o de cualquier otra manera se ven imposibilitados de llevar a cabo su empresa”. Por eso, aun ahora, ¿quién llama al coronel Esteban Cantú por lo que fue: un dictador regional, un caudillo antidemocrático? Nadie, que yo sepa.

Al coronel se le sigue recordando por sus obras públicas: no por los centenares de muertos provocados por una política de terror deliberado, por una maquinaria de propaganda que borró una parte fundamental de nuestra historia: la revolución floresmagonista de 1911, la auténtica Revolución Mexicana en Baja California. La repetición de una mentira, generación tras generación, ha cimentado un mito heroico, una distorsión premeditada de nuestros verdaderos revolucionarios.

Los que murieron entre 1911 y 1920 por no adaptarse a la verdad oficial. Los que prefirieron morir por sus ideas que vivir con sus traiciones y al lado de sus verdugos.

En Baja California, ya en 1914, pocos floresmagonistas quedaban en pie. El exterminio había sido brutal y metódico. Incluía lo mismo a intelectuales y periodistas que a los indios que apoyaron el movimiento revolucionario.

En 1914, muchas rancherías indígenas estaban abandonadas y en ellas sólo subsistían mujeres y viejos. Los jóvenes indios, que habían participado en la revolución, habían huido del Distrito Norte para no ser asesinados. En conjunto, esta guerra sucia trajo la desaparición de centenares de bajacalifornianos afectos a la causa anarcosindicalista.

Fue, hoy lo podemos valorar, un preludio de los genocidios que sacudirían al fatídico siglo XX. Y como resultado de esta campaña de limpieza social, al final no había nadie que contara la saga del floresmagonismo en Baja California, nadie que difundiera su versión de tal levantamiento armado, nadie que defendiera la memoria colectiva de tal revolución para las siguientes generaciones.

Este exitoso borramiento de un capítulo vital de la historia mexicana, gracias al uso indiscriminado de la violencia militar contra civiles desarmados, dejó el campo libre para que los antifloresmagonistas celebraran sus propias

mentiras en periódicos, ceremonias cívicas y reuniones sociales; para que los porfiristas–huertistas–cantuistas ensalzaran su triunfo contrarrevolucionario como una victoria contra los invasores anarcosindicalistas. Los villanos se habían vuelto héroes inmaculados.

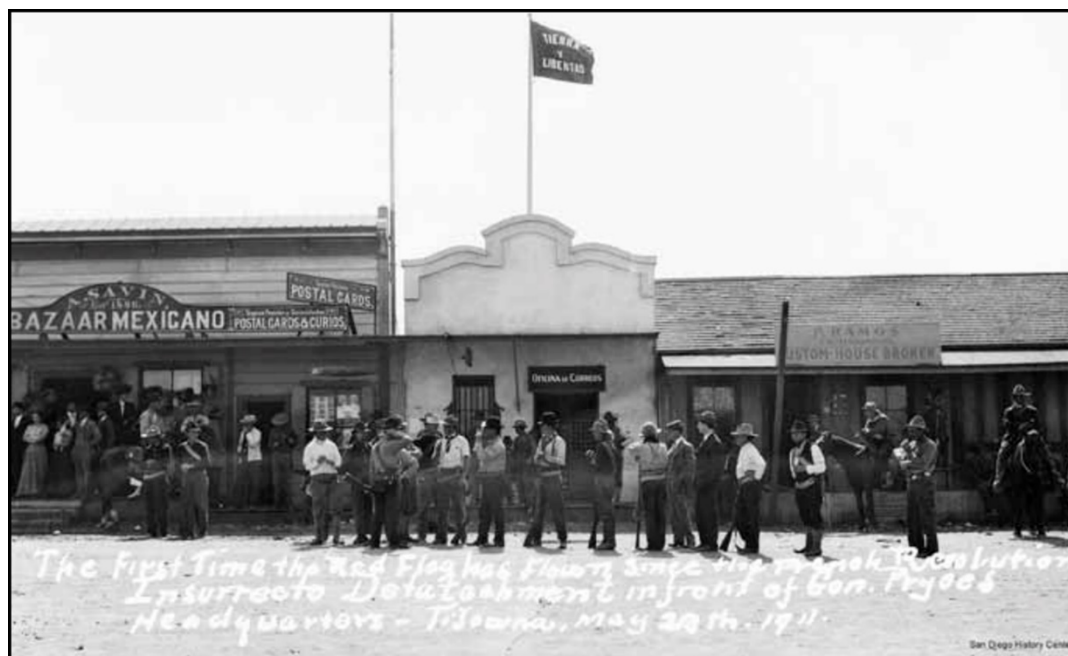
Los revolucionarios floresmagonistas habían devenido en villanos odiosos. Como lo escribió el cantante Víctor Jara, a unas horas de su asesinato por los militares pinochetistas en el estadio nacional de Chile, en septiembre de 1973:

¡Qué espanto causa el rostro del fascismo!

Llevan a cabo sus planes con precisión artera
sin importarles nada.

La sangre para ellos son medallas.

La matanza es acto de heroísmo.



IV. LOS REVOLUCIONARIOS Y CONTRARREVOLUCIONARIOS ¿QUIÉNES ERAN?

Los revolucionarios anarcosindicalistas

Para entender mejor la revolución anarcosindicalista de 1911 en Baja California, hay que entender quiénes eran los revolucionarios que lucharon, ya sea propagando el movimiento entre la población o con las armas en la mano, para hacerla realidad en estas lejanías. Aquí sólo voy a mencionar a unos cuantos de los centenares de voluntarios revolucionarios que combatieron por la causa floresmagonista, revolucionarios que fueron indígenas bajacalifornianos, como Camilo Jiménez y Emilio Guerrero, extranjeros solidarios con la causa de la libertad, como Jack Mosby, Caryl Pryce, Stanley Williams, Joe Hill y John Kenneth Turner, y mexicanos, como José María Leyva, Rodolfo Gallego y Simón Berthold. Empecemos por los primeros.

Entre el derrumbe del sistema misional a fines del siglo XVIII y la llegada del ejército estadounidense a la Alta California en la guerra de 1846–1848 contra México, los indios bajacalifornianos lograron mantener una precaria independencia. Pero pronto, con el avance de las comunicaciones y transportes, el progreso hizo acto de presencia con ferrocarriles, fuertes, ciudades, carreteras y turistas. Pronto, del lado estadounidense, los nativos fueron puestos en reservas, mientras que del lado mexicano el proceso de mestizaje se aceleró. Los indígenas bajacalifornianos se volvieron trabajadores de las empresas agrícolas, mineras y comerciales, mano de obra barata para aceitar la maquinaria capitalista de una Baja California que se modernizaba sin pensar en el precio que pagaban los que vivían en sus márgenes. Pablo Herrera Carrillo en 1938 hablaba de la extinción de los indios de nuestra entidad y se preguntaba: ¿Qué se hicieron los indios? Y la respuesta la buscó entre los viejos residentes de Mexicali, quienes habían convivido con miles de los indios yuma y cucapá de principios del siglo XX. Las contestaciones iluminan la agonía de “una raza fuerte y hermosa” que se iba ya extinguiendo por el choque con la civilización triunfante:

Esta pregunta nos ha sido contestada de diversas maneras por los antiguos residentes. Uno de ellos nos ha dicho casi en secreto: “Los envenenaron... y yo sé quién los envenenó, repartiendo entre ellos comestibles emponzoñados. Había interés en limpiar estas tierras de

indios...”. Otros me han informado: “Los indios se extinguieron por el tremendo alcoholismo que se desarrolló entre ellos, al establecerse en el valle los blancos. A las puertas de las primeras cantinas solía vérselos tirados en estado lamentable...”.

Ha sido Alfonso Carrillo, hijo del difunto Expectación Carrillo, quien en nuestro concepto nos ha dado la verdadera clave del secreto de la agonía de las razas indígenas del valle, o por lo menos, la principal causa de su extinción: “La tuberculosis acabó con ellos”. Ya el doctor Eduardo Muñoz Castro, también desaparecido, había insinuado esta explicación del misterio. Alfonso Carrillo vino a confirmarnos históricamente la creencia de Muñoz Castro: “Donde está ahora El Tecolote, nos explicó Carrillo, se abrió el primer cabaret por un señor Moreno. Dicho señor, me parece estaba afectado y tenía gran fe en los baños de Cerro Prieto. Así es que hizo gran propaganda entre los norteamericanos que visitaban su establecimiento y gran número de tuberculosos cruzaba la línea y venía en busca de alivio a Cerro Prieto. Allí permanecían algún tiempo tomando los baños y, al retirarse, obsequiaban a los indios con provisiones, cobijas y aun con vestidos. El contagio hizo presa en los infelices y comenzó una mortandad tremenda entre ellos”. Respecto de la mortandad entre los indios, debemos hacer constar que, según algunos antiguos residentes, ésta llegó a ser tan grande, que no se podía tomar agua de los canales por tantos cadáveres que caían al agua en algunas partes del valle, en

los que la raza en agonía buscaba el arrimo para improvisar ahí su última ranchería.

En cierta forma, la consolidación de poblaciones como Ensenada, Tecate, Tijuana y Mexicali y las políticas colonizadoras que durante el porfiriato abrieron a la agricultura tecnificada las vastas extensiones de Baja California llevaron a un repliegue de los indios a espacios sin gran valor económico, donde los especuladores de terrenos y los prospectores de minas no los molestaban.

En zonas desérticas, en valles escondidos y en sierras inaccesibles, estos grupos mantuvieron vivas sus comunidades, mientras esperaban la reivindicación de sus derechos ancestrales frente a una sociedad fronteriza depredadora, que explotaba la tierra y los explotaba a ellos sin ofrecerles nada a cambio. Era, en buena medida, un exterminio silencioso a la sombra de una maquinaria capitalista salvaje o, peor aún, su aniquilación bajo la represión sigilosa de las fuerzas militares. Por eso, cuando llegaron los agentes floresmagonistas y les hicieron tomar conciencia de que la tierra es de todos, de que la tierra es de quien la trabaja, escucharon aquel llamado y acudieron a prestar su apoyo a una revolución que, por vez primera, los tomaba en cuenta.

Las figuras de Camilo Jiménez y de Emilio Guerrero sirven, perfectamente, para recordarnos que la revolución floresmagonista logró el apoyo de los desheredados del

mundo, en este caso, de los indios bajacalifornianos que descubrieron que el poder se conquista con las armas en la mano.

CAMILO JIMÉNEZ. Camilo fue el jefe de la comunidad cucapá del valle de Mexicali. Junto con Emilio Guerrero, se suma a la causa de la revolución floresmagonista en Baja California. Toma parte en la toma del poblado fronterizo de Mexicali el 29 de enero de 1911. Muere en la primera batalla de Mexicali, el 15 de febrero de 1911, en las inmediaciones del rancho de Little. Entre sus ropas, las tropas porfiristas encontraron una carta de Ricardo Flores Magón con palabras de aliento para que liberara a Baja California del yugo porfirista y lograra crear la utopía anarcosindicalista de un mundo de tierra y libertad:

Mi querido compañero:

Desde luego procedo a referirme a su apreciable de 10 del corriente, por la que me entero del arresto que han sufrido algunos compañeros de Mexicali.

Adjunta encontrará usted credencial que lo autoriza como Delegado Especial de esta Junta para organizar el movimiento revolucionario en contra del despotismo político y la explotación capitalista. Ruégole no viole las leyes de neutralidad, para evitar complicaciones con las autoridades de este país.

Como la Junta está preparando un movimiento general, los Delegados están formando en México grupos que se levantarán al mismo tiempo. Todavía no podemos dar la señal para ese movimiento, pues falta organización amplia. Hay algunos grupos de liberales levantados en armas ya, aprovechando el movimiento burgués de Madero. Así, pues, si usted desea levantarse, desde luego queda en libertad para obrar conforme lo exijan las circunstancias y lo permitan sus fuerzas. Si logra usted reunir una fuerza considerable, proceda, después de libertar en Mexicali a los compañeros arrestados, a atacar Tijuana, y después, caminando al Sur, ataque Todos Santos y continúe su marcha de conquista de la Baja California. Si no está usted fuerte para hacer eso, entonces liberte a los presos de Mexicali y sostenga una campaña de guerrillas, mientras la Junta acaba de preparar bien la organización que está operando en México.

Pero, como quiera que se levante usted, procure propagar por cuantos medios pueda los principios emancipadores del Partido Liberal, que habrá usted visto en *Regeneración*. Eso es indispensable para que el público no se deje engañar por los políticos que quieran solamente servirse de él, como instrumento para escalar el poder. Ya levantado, si no está usted fuerte para hacer una guerra de reconquista de la Baja California, sosténgase, como digo, en guerrillas que vivirán y se

robustecerán de los elementos que adquieran como préstamos de guerra sobre los ricos favoritos del despotismo, así como de los caudales de las oficinas del Gobierno, para que, cuando la Junta dé la señal de levantamiento general, ya estén ustedes fuertes y puedan luchar con éxito.

No olvide usted que los principios del Partido Liberal son contrarios a los principios personalistas del maderismo y que no estamos de acuerdo con ese partido, porque sus intereses son los intereses de los ricos, mientras que los intereses del Partido Liberal son los de los pobres. Procure establecer una buena comunicación con la Junta, para que le enviemos grandes paquetes del periódico, cuando ya esté usted en acción en territorio mexicano. Igualmente es bueno que manden fondos a la Junta para que los trabajos de organización en todo el país se hagan más aprisa y haya más probabilidad de triunfar. Espero que me comunicará con frecuencia lo que vaya haciendo en pro de la causa.

Reciba un abrazo de su hermano en la Revolución.
Ricardo Flores Magón.

EMILIO GUERRERO. El caso de Emilio Guerrero es el de un revolucionario legendario. Este indio bajacaliforniano de ascendencia cucapá, pero nacido en Mulegé, Baja California

Sur, es quien logra que varias comunidades indígenas (kiliwa, pai pai y cucapá) se unan al movimiento revolucionario del Partido Liberal Mexicano de los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón en 1911. Con su propio grupo armado, Guerrero causa pánico en los alrededores de Ensenada. Toma pueblos mineros y ataca San Quintín, ocasionando la intervención británica en Baja California y creando un conflicto internacional.

Al término del levantamiento armado floresmagonista, Guerrero se incorpora a las fuerzas maderistas de Rodolfo Gallego en Mexicali en julio de 1911, pero al ver el clima represivo contra todo revolucionario, prefiere unirse a Tirso de Toba, el jefe del último grupo rebelde floresmagonista en la entidad. Más tarde, elementos porfiristas en Ensenada intentan asesinarlo.

Juzgado y absuelto de cargos de asesinato, de todas formas es apresado y se le traslada rumbo a la Ciudad de México, pero escapa a Centroamérica. Fue el único revolucionario floresmagonista al que el coronel Celso Vega no pudo imputarle ser filibustero: era más bajacaliforniano que todos los rancheros y comerciantes porfiristas de Ensenada y Tijuana. Y a ellos hay que agregar a Pedro Ramírez Caule, indio de origen tarahumara, y a Fernando Palomares, indio mayo, ambos miembros del Partido Liberal Mexicano e incansables propagandistas de las ideas anarcosindicalistas entre los indios bajacalifornianos. Ambos se destacaron en obtener el apoyo de los indios cucapás del valle de Mexicali

y en asegurar información de inteligencia sobre las tropas porfiristas en la entidad. Gracias a Palomares y Ramírez, Mexicali pudo ser tomada por sorpresa el 29 de enero de 1911.

Como muchos otros movimientos internacionalistas a favor de la liberación de un pueblo, como la guerra de liberación de Grecia (en donde participaron voluntarios extranjeros, como el célebre poeta inglés Lord Byron) o la guerra de independencia de México (en la que tuvo destacada participación el español Javier Mina), el Partido Liberal Mexicano nunca pensó que la lucha contra la dictadura porfirista fuera una guerra en la que sólo debían involucrarse los mexicanos. La revolución, para los floresmagonistas, era un asunto de todos los amantes de la libertad, sin importar su nacionalidad o su etnia. De esta forma, la revolución anarcosindicalista de 1911 en Baja California es un claro antecedente de las brigadas internacionales que lucharon por la República Española, de los voluntarios mexicanos que combatieron la dictadura somocista junto con los sandinistas en Nicaragua, o de los voluntarios de todas partes del mundo que hoy trabajan para Greenpeace o Amnistía Internacional. Ese espíritu solidario con la humanidad entera es lo que llevó a tantos luchadores extranjeros a unirse a la lucha de sus compañeros indios y mexicanos en Baja California. Su sacrificio fue por una causa noble. Y aunque fracasaron, su legado es una historia que falta por valorarse. No como una leyenda negra

sino como lo que realmente fue: un episodio fundamental de la revolución mexicana. El de una revolución reivindicadora de los derechos humanos, de la libertad política, de la fraternidad universal, pero, en especial, de los derechos de los pueblos indígenas de la tierra, como los cucapás, como los kiliwas, sus camaradas, sus hermanos de trinchera.

Ya el propio Ricardo Flores Magón, después de conocer el discurso que dio el general Porfirio Díaz al Congreso de la Unión el primero de abril de 1911, respondió que nada tenían de filibusteros los camaradas extranjeros que luchaban por la libertad de todos en las filas floresmagonistas.

En *Regeneración* (18-V-1911), Ricardo afirmó: “El dictador y sus cómplices alegan que no son revolucionarios los componentes que operan en la Baja California, sino filibusteros que van a entregar este territorio a los Estados Unidos. Lo dice ese canalla para hacer vibrar las fibras patrióticas de las masas y exaltarlas contra sus hermanos. Alegan los porfiristas que son extranjeros los que luchan en la Baja California, como si para luchar por la libertad y el bienestar del pueblo mexicano fuera menester haber nacido en aquel suelo. En las filas liberales hay hombres que no son de nuestra raza pero son hermanos en ideales, que se sacrifican por romper las cadenas que nos esclavizan, listos a derramar la última gota de sangre generosa para que las futuras generaciones de nuestra raza sean libres y felices”.

Las palabras de Ricardo se parecen a las que dijera unos meses antes Francisco I. Madero en una carta escrita el 28 de febrero de 1911. Esta misiva respondía a los reproches manifestados por varios mexicanos de que los maderistas contaban con revolucionarios estadounidenses e italianos entre sus filas. Madero al habla:

Siempre que un pueblo ha luchado por su libertad, se ha repetido el ejemplo de que numerosos extranjeros hayan ido a luchar en las filas de los libertadores. Para no citar a ustedes sino los ejemplos más célebres de los tiempos modernos, recordaré los siguientes: Lafayette, luchó al lado de Washington por conquistar la independencia de los Estados Unidos; el general venezolano Miranda, militó en el ejército francés en tiempos de la revolución de 1793; el gran poeta Byron fue de los millares de extranjeros que fueron a ayudar a los griegos en su esfuerzo por sacudir el yugo otomano; en México uno de los héroes cuya memoria honramos es Mina, súbdito español, que luchó en las filas de los insurgentes mexicanos. Su conducta es por consiguiente digna de elogio.

En el caso de la revolución floresmagonista, ¿quiénes eran estos voluntarios extranjeros? Algunos eran aventureros, otros eran desertores, los más eran obreros del sindicato Industrial Workers of the World, pero no eran aventureros, obreros o desertores ordinarios. Todos ellos estaban conscientes de las desigualdades sociales en sus respectivos

países (recuérdese que había desde anglosajones hasta afroamericanos, pasando por canadienses y británicos), de que el capitalismo los había excluido cuando exigieron sus derechos de asociación sindical o de huelga, cuando no aceptaron ir a guerras colonialistas para beneficio de las empresas que los explotaban. Sabían a lo que venían a Baja California: a luchar por una causa que era también la suya, a combatir la opresión dondequiera que esta existiera, a pelear contra la dictadura de cualquier género que se les pusiera en el camino. Murieron por México y por la libertad de los mexicanos como lo hicieron sesenta años antes los soldados del Batallón de San Patricio. Eran pobres, vagabundos, exiliados de sus respectivas patrias, pero en Baja California encontraron un motivo de orgullo: participaban en una gesta libertaria, en una lucha por gente como ellos: los pobres, los vagabundos, los campesinos, los indios, es decir, por los desheredados de un país hecho a punta de represión y muerte, de mátalos en caliente. Y muchos llegaron hasta este rincón del mundo respondiendo al llamado de sus camaradas mexicanos, acudiendo ante las peticiones de ayuda que se originaban en el cuartel general de la revolución floresmagonista en Mexicali o en Tijuana. Entre estos voluntarios hay que considerar tanto a cantantes de protesta, como Joe Hill, a periodistas, como John Kenneth Turner, a literatos, como Jack London, pero especialmente a soldados y obreros, como Stanley Williams, Jack Mosby y Caryl Pryce.

STANLEY WILLIAMS. Este revolucionario es indio americano de nacionalidad canadiense. Miembro de la IWW (Industrial Workers of the World). Luchador internacionalista, comanda la segunda división (formada en su mayoría por voluntarios extranjeros) del ejército revolucionario floresmagonista en Mexicali.

El 21 de febrero, utiliza el ferrocarril para atacar por sorpresa el poblado fronterizo de Los Algodones, que toma sin dificultad. El 8 de abril de 1911, en la segunda batalla de Mexicali, hostiga con sus 86 revolucionarios a las casi quinientas tropas del Octavo Batallón comandadas por el coronel Miguel Mayol, evitando que éstas tomen Mexicali. Es herido por una ráfaga de ametralladora y muere un día más tarde. Es sustituido por Caryl Ap Rhys Pryce al mando de la segunda división. Mientras agoniza, Stanley pide ser enterrado en suelo mexicano, junto a la tumba de Camilo Jiménez, el jefe de los indios cucapás, su hermano de armas.

Por su valor temerario, Antonio Araujo, miembro del Partido liberal Mexicano, escribió en *Regeneración* (15-IV-1911) que “Stanley fue un héroe en toda la extensión de la palabra y no sólo de la historia de México, sino de la historia universal. Fue un liberal y murió como mueren los liberales: altivos, soberbios, indomables”.

JOHN MOSBY. Es uno de los jefes más queridos de la revolución anarcosindicalista por su arrojo y su interés por la gente a su mando. Jack Mosby nació en Brethitt, Kentucky, Estados Unidos, en 1872, como John Rombo Mosby. Muere en Columbiana, Ohio, en 1941. Deserta del cuerpo de marina de EE. UU. el 16 de febrero de 1911 y de inmediato se incorpora a la lucha armada revolucionaria en Baja California. Apoya a la revolución anarcosindicalista con sus conocimientos militares. Acompaña a Simón Berthold para tomar El Álamo en marzo de 1911 y al morir Berthold por una herida gangrenada, termina sustituyéndolo en la jefatura del grupo armado. Herido en Tecate en los primeros días de mayo de 1911, debe guardar reposo por un mes. Toma la jefatura de la segunda división del ejército floresmagonista que controla Tijuana, cuando Caryl Pryce deja el puesto, de forma intempestiva, a principios de junio de 1911.

El 22 de junio, cuando está por deponer las armas ante la comisión presidida por el jefe maderista José María Leyva en Tijuana, el coronel porfirista Celso Vega ataca a sus fuerzas sin autorización del gobierno mexicano interino. Mosby combate por varias horas y finalmente ordena la retirada de sus tropas. Al pasar él mismo al otro lado, es capturado por las autoridades militares de Estados Unidos. Es enjuiciado como desertor en una corte marcial y es sentenciado a prisión por dos años de trabajos forzados, que cumple de junio de 1912 a junio de 1914.

Es considerado uno de los jefes extranjeros más leales al

Partido Liberal Mexicano y uno de los más queridos por los revolucionarios de todos los orígenes y nacionalidades. De Jack Mosby no hay que olvidar que el fiscal de Los Angeles, que acusaba a los miembros de la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano de haber roto la ley de neutralidad, le ofreció a Mosby que declarara en contra de sus camaradas, que declarara en contra de Ricardo y Enrique Flores Magón, Librado Rivera y Anselmo Figueroa, y por tal acto recibiría la inmunidad del aparato de justicia. Mosby se negó. Entre ir a la cárcel y traicionar a sus compañeros de lucha, eligió lo primero. Otros revolucionarios, entre ellos el mexicano Francisco Vázquez Salinas, optaron por lo segundo. Mosby se mantuvo fiel no a un partido: a la causa de los trabajadores. En *Regeneración* (13-IV- 1912), mientras se celebraba su juicio, de Mosby se dijo que era “una figura vital en la memoria de todos los que lo conocieron. Su único remordimiento fue no haber muerto en el campo de batalla”, junto a tantos camaradas suyos.

CARYL AP PRYCE. El último de los voluntarios extranjeros que llegó a ser jefe militar del movimiento es Caryl Pryce, una de las figuras más controvertidas de esta revolución. Puede decirse que es el mejor estratega de toda la campaña y es el que más pronto descubre que prefiere estar del lado del maderismo que del magonismo, sobre todo cuando las fuerzas maderistas parecen estar ganando la guerra contra la dictadura porfirista. Se puede decir que Caryl Pryce era un

hombre práctico, no un ideólogo radical como muchos de sus camaradas. Por eso le fue tan fácil apartarse de la revolución en junio de 1911 o platicar con Dick Ferris. No tenía prejuicios políticos para discutirlo todo con quien se le pusiera enfrente. Este hombre, de origen galés, había nacido en Madras, India, en 1876. Muere en Gran Bretaña en 1955.

En 1911, Pryce es miembro de la Industrial Workers of the World (IWW), el sindicato anarcosindicalista que apoya con dinero y miembros a la revolución floresmagonista en Baja California. Participa en la toma de Mexicali bajo las órdenes de José María Leyva y Simón Berthold el 29 de enero de 1911, en la toma del poblado de Los Algodones bajo las órdenes de Stanley Williams el 21 de febrero de 1911 y en las dos batallas de Mexicali (el 15 de febrero y el 8 de abril de 1911). Al ser herido Stanley Williams en esta última batalla, Pryce toma el mando de la segunda división del ejército anarcosindicalista. Al estar mal herido Jack Mosby, le toca en suerte ser el jefe revolucionario que ataca y toma el poblado fronterizo de Tijuana del 8 al 9 de mayo de 1911, venciendo a las fuerzas del subprefecto José María Larroque (que muere) y del subteniente Miguel Guerrero (que queda herido y huye al otro lado).

A principios de junio de 1911, exasperado por la falta de armamento para continuar la revolución, se dirige a Los Angeles, California, para reunirse con la junta del Partido Liberal Mexicano. Al no obtener una respuesta favorable a sus demandas, quiere abandonar el movimiento. Antes de

dar ese paso, Pryce es capturado por el gobierno estadounidense por quebrantar la ley de neutralidad. En Baja California quieren que sea enviado a México y que sea juzgado por la muerte de Larroque, pero es declarado libre después de un juicio en 1912. Para que se vea que Caryl Pryce no fue considerado un traidor a la causa revolucionaria, en el periódico *Regeneración* (16-IX- 1911) se publican noticias sobre su juicio y se pide que los camaradas lo apoyen realizando colectas de dinero para pagar los gastos de la defensa. En este mismo año de 1912, debido a su fama pública, Pryce comienza su carrera como actor de cine en películas de vaqueros donde aparece como lo que era a ojos del público: un revolucionario glamoroso. Un héroe de celuloide. Morirá en Gales hacia 1955.

JOE HILLSTROM. Un voluntario extranjero que no se debe olvidar aquí es Joe Hillstrom, mejor conocido entre sus camaradas como Joe Hill. Nacido en Suecia en 1879, Hill llega joven a Estados Unidos y pronto se vuelve el vocero del movimiento proletario de este país. Poeta, cantante de protesta, caricaturista y promotor de la IWW, le toca primero apoyar a los voluntarios para que se escabullan rumbo a Baja California sin ser detectados por el ejército estadounidense que custodia la frontera. Luego, en junio de 1911, pasa como combatiente a Tijuana, bajo el mando de Jack Mosby. Le toca participar en la batalla del 22 de junio y queda herido en el combate. Muere en 1915 orgulloso de su

participación en la lucha de liberación de Baja California. O como él decía: había sido un honor el haber formado parte del ejército de “los hombres salvajes con la bandera roja”. Como lo expuso su biógrafo, Franklin Rosemont, en su libro *Joe Hill* (2003):

La verdad es que la revolución mexicana fue un asunto de vital interés para la IWW y Joe Hill fue uno de los muchos miembros de este sindicato que cruzaron a pie la frontera para ayudar a los trabajadores mexicanos a librarse de la brutal dictadura de Porfirio Díaz. Contrario a la opinión de periodista y académicos ignorantes o cínicos, que hablan de los socialistas y sindicalistas de la IWW como participantes de una invasión a México, los bravos voluntarios extranjeros que fueron a luchar por la revolución son ejemplo de la mejor tradición del internacionalismo proletario. El contingente estadounidense, que contaba entre sus filas a Stanley Williams, un indio americano canadiense, un afroamericano conocido sólo como el teniente Roberts, un nutrido grupo de anarquistas italianos y al menos un cantautor, poeta y caricaturista de origen sueco, era una prueba viviente, un símbolo de la solidaridad laboral en acción en el mundo. Los voluntarios estadounidenses estaban bien conscientes de que el opresivo y corrupto régimen de Díaz estaba apoyado por el capital y el gobierno de su propio país. Como lo dijo Charles H. Kerr en 1910: “Pocos estadounidenses, incluso socialistas

estadounidenses, se han percatado de las horribles condiciones que sufre la clase trabajadora en México y se han dado cuenta de que los verdaderos esclavizadores, los que lucran con hombres, mujeres y niños que son comprados y vendidos, que son hambreados y torturados al sur de la frontera, no son mexicanos sino estadounidenses. Son los grandes capitalistas y el gobierno estadounidense los que mantienen a Díaz en el poder”.

JOHN KENNETH TURNER. Periodista estadounidense de fama mundial. Nacido en Portland, Oregon, EE. UU., en 1878 y muerto en Carmel, California, en 1948. Junto con su esposa, Ethel Duffy Turner, John Kenneth fue un entusiasta defensor de la revolución floresmagonista en Baja California y de la revolución mexicana en general. Llegó a entrevistar al dictador Porfirio Díaz, al presidente Francisco Madero y a muchos jefes revolucionarios. Su obra *México bárbaro* (1911) fue un detonante de la revolución mexicana, pues presentaba la situación real de los campesinos y obreros mexicanos y no la visión edulcorada de los dueños del país en la dictadura porfirista. Fue correo y contrabandista de armas entre las fuerzas floresmagonistas en Mexicali y la junta del Partido Liberal Mexicano en Los Angeles. Amigo personal de los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, varias veces las tropas estadounidenses apostadas en la ciudad fronteriza de Calexico quisieron capturarlo sin éxito.

Escribió artículos a favor de los revolucionarios anarcosindicalistas y dijo que los residentes fronterizos de Calexico y del valle Imperial apoyaban a los floresmagonistas porque se encontraban demasiado próximos a México como para que se les engañara, pues podían “distinguir bien la diferencia entre los insurrectos y los soldados federales”, y no se les podía censurar que gritaran a favor de los que luchaban por la libertad de México. Fue el mejor promotor de la revolución floresmagonista en el ámbito periodístico, y sólo en el verano de 1911, ya estando en el exilio el dictador Porfirio Díaz, vio con simpatía el trabajo de los maderistas, alejándose del discurso intransigente del Partido Liberal Mexicano.

El último grupo a considerar, pero quizá el más importante, es el de los revolucionarios mexicanos que pertenecen al Partido Liberal Mexicano y que son los jefes en los primeros combates. Estos revolucionarios luchaban en un terreno poco conocido para ellos, con la excepción de Rodolfo Gallego. En sus proclamas, durante el transcurso de la campaña, podemos verlos arengar a sus tropas y pedir apoyo a su causa con un nacionalismo transparente. Así, en el manifiesto del 22 de abril de 1911, se puede leer la situación de la revolución como un movimiento que necesitaba, con urgencia, un mayor número de voluntarios para poder crecer y liberar a toda la Baja California:

Mexicanos:

En estos momentos solemnes para los destinos de nuestra raza, levanto mi voz para dirigirme a vosotros. Estoy con las armas en la mano, luchando contra nuestros verdugos, para conquistar para todos los habitantes de México, Pan, Tierra y Libertad.

Venid, mexicanos. Volad hacia Mexicali, donde vuestros hermanos liberales os esperan con los brazos abiertos.

Acabamos de derrocar al cobarde coronel Mayol y a sus cuatrocientos esbirros. Venid para acabar con los pocos federales que quedan. Venid para que quede en poder de la Revolución toda la Baja California.

Despreciad la vida de miseria a que os tienen sometidos los capitalistas y tomad un fusil para hacer vuestra felicidad y la de todos vuestros hermanos.

Dejad el trabajo; lanzad de vosotros la herramienta; ha llegado el momento de tomar las armas. Aquí os espero.

Traed, si podéis, vuestros propios fusiles y parque. No os detengáis, no penséis en los riesgos de la empresa, no midáis las dificultades. Los federales no valen nada como combatientes. Nosotros los hemos derrotado varias veces.

Vuestros trabajos no os producen lo necesario para hacer una vida humana. Vuestras familias están en la

miseria. Volad hacia Mexicali, para que conquistéis la tierra donde podrán vivir los vuestros sin necesidad de trabajar para los patronos.

Venid sin pérdida de tiempo. La felicidad está en vuestras manos.

Dado en el Cuartel General del Ejército Liberal en Mexicali, Baja California.

Entre estos revolucionarios mexicanos que eran la parte armada, en pie de guerra, del Partido Liberal Mexicano, destacan Simón Berthold, José María Leyva, Rodolfo Gallego y Margarita Ortega.

SIMÓN BERTHOLD. Éste era un revolucionario mexicano nacido de padre alemán y madre mexicana. Es originario de Nacozari, Sonora, pero en 1911 es un exiliado político que trabaja en Los Angeles cuando conoce a los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, incorporándose al Partido Liberal Mexicano que lucha por derrocar a la dictadura de Porfirio Díaz. Lidera, junto con José María Leyva, el grupo revolucionario que toma el poblado fronterizo de Mexicali el 29 de enero de 1911, dando así inicio a la revolución mexicana en el Distrito Norte de la Baja California. Encabeza una fuerza armada que toma el pueblo de El Álamo, a unas

decenas de kilómetros del puerto de Ensenada, en marzo de 1911, pero es herido poco antes de ocupar la plaza y muere a consecuencia de esta herida unos días más tarde, a principios de abril de 1911. Su muerte le quita al movimiento revolucionario a un jefe respetado por todos los guerrilleros: mexicanos, indios y estadounidenses.

JOSÉ MARÍA LEYVA. ES uno de los jefes revolucionarios importantes. Le toca el honor de dar inicio a la revolución floresmagonista en Baja California al tomar Mexicali el 29 de enero de 1911. Leyva nace en El Fuerte, Sinaloa, en 1877. Como activista político, participa en la huelga de Cananea de 1906 y es testigo de la sangrienta represión contra los huelguistas por parte de autoridades mexicanas y paramilitares estadounidenses. Ingresa al Partido Liberal Mexicano en 1904 para luchar contra la dictadura porfirista. En diciembre de 1910, actúa en el levantamiento floresmagonista en Chihuahua, pero se le convoca a Los Angeles para ponerlo al frente de una nueva campaña militar. En enero de 1911, es nombrado, por la junta directiva del PLM, el jefe del ejército revolucionario encargado de liberar Baja California de la dictadura. Encabeza, junto con Simón Berthold, un grupo de treinta combatientes que toma Mexicali el 29 de enero de 1911, acto militar que da inicio a la revolución mexicana en el Distrito Norte de la Baja California. Leyva es, en 1911, un luchador nato, un hombre que sabe ganar batallas. El 15 de febrero de 1911, derrota al coronel Celso Vega y a las fuerzas

federales que intentan recuperar el poblado en la denominada Primera Batalla de Mexicali.

Tras un intento fallido por tomar la población de Tecate el 17 de marzo de 1911, Leyva es destituido del mando revolucionario. Alejado de los floresmagonistas, se une al movimiento maderista en Chihuahua. En junio de 1911, Leyva regresa a Baja California para convencer a los revolucionarios de Mexicali y Tijuana que ya Porfirio Díaz ha dejado el poder y que no es necesario más derramamiento de sangre. Como representante del gobierno interino, ofrece que los floresmagonistas desbanden sus fuerzas armadas. En Mexicali tiene éxito con el jefe Francisco Quijada y lo mismo sucede en Tijuana cuando se entrevista con el jefe Jack Mosby, pero el 22 de junio, el coronel Celso Vega ataca (con el apoyo de un destacamento de fusileros japoneses) y sin autorización del gobierno mexicano a los revolucionarios en Tijuana y los expulsa de Baja California, masacrando a los heridos. Leyva se queja ante Madero por el espíritu traicionero del ejército porfirista que Vega representa, pero aquél no le hace caso. Cuando es asesinado el presidente Madero en 1913, Leyva se levanta en armas y llega a ser general brigadier en el ejército revolucionario mexicano. En el Primer Congreso de Historia Regional, realizado en Mexicali en 1956, manda un escrito explicando la traición de Celso Vega al atacar a Tijuana cuando ya los revolucionarios floresmagonistas se habían rendido a la comisión de paz que él presidía. En este mismo congreso, el general

revolucionario Rubén García presenta una carta del teniente coronel Miguel S. Rodríguez al general José María Leyva, fechada el 19 de enero de 1932, en donde Rodríguez afirma que el general Leyva es “un buen patriota” e incapaz:

De haber procedido durante su carrera militar en nada indigno que empañe su honorabilidad como ciudadano, así como su prestigio militar en el Distrito Norte de la Baja California, el 29 de enero de 1911, puedo con toda sinceridad manifestar a usted lo siguiente: en virtud de haber llegado a aquella región a raíz del movimiento revolucionario que usted encabezó, perteneciendo yo entonces al antiguo ejército federal, no tuve jamás conocimiento que aquel movimiento hubiera proclamado una república independiente de la Baja California para anexarla a los Estados Unidos, ni que fuera dicho movimiento de carácter filibustero, pues nunca vi ningún tratado o testimonio que se refiera a ese grave asunto y que estuviera firmado por usted o por el Partido Liberal Mexicano “Ricardo Flores Magón”, como se denominaba entonces, así como tampoco de que hubieran cometido escandalosas depredaciones por la gente que militó a sus órdenes.

RODOLFO GALLEGOS. De todos los revolucionarios mexicanos, hay que considerarlo en tremendos claroscuros. Su historial indica que no era un revolucionario ajeno a la situación

imperante en Baja California durante el Porfiriato. Lucha primero bajo las órdenes del Partido Liberal Mexicano, pero finalmente, en junio de 1911, decide pasarse al maderismo, como José María Leyva, y a cambio de ello recibe el puesto de subprefecto de Mexicali. Gallego es un fronterizo típico que vive de hacer negocios al otro lado y de tener un rancho en el valle de Mexicali. Cuando se desbandan los floresmagonistas, él no se marcha porque aquí vive. Gallego forma parte del grupo revolucionario floresmagonista que toma el poblado de Mexicali el 29 de enero de 1911, con lo que se inicia la revolución mexicana en el Distrito Norte de la Baja California. Participa en las dos batallas de Mexicali (la del 15 de febrero y la del 8 de abril de 1911), en donde los revolucionarios resultan vencedores. En junio de 1911, es el jefe de una fuerza de varios centenares de revolucionarios que han dejado el floresmagonismo y ya son maderistas. El gobierno mexicano interino lo nombra subprefecto de Mexicali ante el clamor de los funcionarios porfiristas y frente al disgusto del mayor Esteban Cantú, que lo quiere apresar, pero no puede. Ocupa este puesto hasta 1912. Gallego es una figura controvertida, ya que puede verse cercana a la posición asumida por José María Leyva de pasarse al maderismo porque quiere que acabe el baño de sangre entre mexicanos. Pero mientras que Leyva arriesga su propia vida como comisionado de paz del maderismo y busca soluciones justas para que los floresmagonistas puedan dejar las armas sin menoscabo de su honor de revolucionarios, Gallego decide crear una fuerza militar a su

servicio, pero con membrete maderista. Sus maniobras para poner en pique a los revolucionarios de la primera división del ejército floresmagonista con los miembros de la junta nos hablan de un conspirador nato que sabe utilizar la falta de comunicaciones expeditas entre Ricardo Flores Magón en Los Angeles y los revolucionarios de Mexicali.

Ya en fecha tan temprana como principios de junio de 1911, Ricardo Flores Magón lo llama traidor al movimiento y asegura en *Regeneración* (10-VI-1911) que “el traidor Rodolfo Gallego ha recibido veinte mil pesos de las compañías americanas de la Baja California para equipar a los mercenarios que pretenden echarse sobre nuestros hermanos de Mexicali”. Lo cierto es que Gallego y sus tropas no deponen las armas y se marchan de Mexicali. Su trato es otro: son considerados la nueva fuerza civil maderista. Gallego es, en buena medida, un reflejo de Cantú: sabe cambiar de camisa según los vaivenes de la política. Así, para contentar a los militares como Esteban Cantú, se une a éstos para perseguir a muerte a sus antiguos compañeros de armas. En marzo de 1912, no tiene empacho en unirse al grupo paramilitar de Lerdo González para perseguir a Tirso de Toba, su antiguo compañero en la revolución floresmagonista. Gallego ha decidido ser parte del aparato represivo mientras el maderismo sea, simplemente, la fachada democrática de una maquinaria porfirista bien aceiteada. Pero cuando es traicionado el propio presidente Francisco I. Madero y toma el poder el usurpador Victoriano

Huerta, Rodolfo Gallego, como buen maderista y demócrata, vuelve a levantarse en armas y se enfrenta, en 1913, a Cantú y es vencido en Las Arenitas, en el valle de Mexicali. En su precipitada huida rumbo a Sonora, Gallego se topa con Natividad Cortés y Margarita Ortega, viejos conocidos de sus tiempos floresmagonistas. En vez de ayudarlos, manda fusilar en el acto a Natividad y deja abandonada a su suerte a Margarita Ortega, que es como una sentencia de muerte diferida, pues ya le van pisando los talones las tropas huertistas. Así, Gallego es cómplice, por abandono, por falta de generosidad, en la muerte de esta luchadora social.

MARGARITA ORTEGA. Nacida en Sonora en 1871, trabaja para el Partido Liberal Mexicano desde 1910 y durante la revolución anarcosindicalista en el Distrito Norte de la Baja California sirve de mensajera, propagandista y enfermera en Mexicali y Calexico. Al llegar el mayor Esteban Cantú, en junio de 1911, es expulsada de Baja California por sus ideas y se marcha a seguir haciendo la revolución anarcosindicalista en Chihuahua y Sonora. Ante el asesinato de Francisco I. Madero, vuelve a tomar parte de la revolución, pero en noviembre de 1913, es capturada por las fuerzas huertistas en Sonora y trasladada a Mexicali, en donde el coronel Francisco N. Vázquez y el coronel Esteban Cantú deciden fusilarla. Esto sucede el 24 de noviembre de 1913, por lo que Margarita Ortega es considerada una mártir del movimiento revolucionario en Baja California.

Recuérdese que las mujeres tuvieron participación destacada en este movimiento. En un texto de protesta, firmado por veinte mujeres floresmagonistas residentes de Los Angeles, éstas expresaban (*Regeneración*, I–VII–1911): “Somos mujeres, pero estamos listas a cualquier sacrificio. Somos mujeres, pero tenemos más valor que los hombres que, en estos momentos de prueba para nuestros hermanos de la junta, esconden el cuerpo y se ocultan cuando debieran mostrarse desafiadores y altaneros reclamando o, mejor, exigiendo inmediata liberación de los compañeros Ricardo y Enrique Flores Magón, Librado Rivera y Anselmo L. Figueroa”.

De esa clase de mujeres era Margarita Ortega. Su tortura y muerte, en el cuartel militar de Mexicali (bajo el mando del coronel Esteban Cantú), hicieron que Ricardo Flores Magón escribiera una emotiva semblanza (*Regeneración*, 13–VI–1914), en donde aseguraba:

Fue el lazo de unión entre los elementos combatientes del Partido Liberal Mexicano en la Baja California. Hábil jinete y experta en el manejo de armas de fuego, Margarita atravesaba las líneas enemigas y conducía armas, parque, dinamita, lo que se necesitaba, a los compañeros en el campo de la acción [...] desde su caballo o detrás de un peñasco, podía tener a raya a los soldados del gobierno, y poco después se la podía ver cuidando a los heridos, alimentando a los convalecientes o prodigando palabras de consuelo a las viudas y a los

huérfanos. Apóstol, guerrera, enfermera, todo a la vez era esta mujer excepcional.

... Margarita fue arrestada el 20 de noviembre del año pasado, cerca de Mexicali, por los huertistas, y puesta en un calabozo con centinela de vista [...]. Entonces se la sujetó a tortura, como en los negros tiempos de la inquisición. Sus cobardes verdugos la querían obligar a que descubriera a los compañeros que estaban comprometidos a rebelarse; pero todos los esfuerzos se estrellaron contra la voluntad de bronce de la admirable mujer.

–¡Cobardes –gritaba– haced pedazos mi carne, resquebrajad mis huesos, bebeos toda mi sangre, que jamás denunciaré a mis amigos!

Entonces, los sicarios de la tiranía la condenaron a estar de pie de día y de noche, en medio del calabozo, sin permitirle sentarse o apoyarse contra la pared. Rendida por el cansancio, a veces vacilaba y tenía que apoyarse en el centinela que la vigilaba: un empujón y un puntapié la ponían en medio del calabozo. Otras veces, caía al suelo, desfallecida y agotada por tanto sufrimiento: a culatazos se le hacía ponerse nuevamente en pie.

Cuatro días con sus noches duró ese suplicio, hasta que las autoridades de Mexicali la sacaron del calabozo el 24 de noviembre para fusilarla. Se formó el cuadro de la

ejecución en un lugar desierto, por la noche, para que nadie se enterara del atentado...

Una descarga cerrada hizo rodar por tierra, sin vida, a la noble mujer, cuya existencia ejemplar debe servirnos de estímulo a los desheredados para redoblar nuestros esfuerzos contra la explotación y la tiranía.

En términos generales y ya sabiendo el trato letal que tantos insurrectos floresmagonistas recibieron de 1911 en adelante, es de notar que los revolucionarios anarcosindicalistas se comportaron mejor que muchas fuerzas revolucionarias en otras regiones de México o del mundo. En la toma de Mexicali sólo hubo un muerto, el alcaide de la cárcel, y sólo fueron fusilados dos espías y conspiradores aliados de la dictadura en todo el periodo que las fuerzas revolucionarias tuvieron ocupado el poblado. En otros lugares, los muertos únicamente ocurrieron en combate o enfrentados a grupos paramilitares. A esto hay que agregar que los revolucionarios, siempre que pudieron, trataron por igual a sus muertos y a los muertos del enemigo, enterrándolos y mostrando respeto a los cadáveres, lo que no ocurrió en el campo porfirista, en donde los cuerpos de los revolucionarios muertos quedaban a la vista, como escarnio y ejemplo para el resto de la población civil. Sólo en la segunda mitad de 1911, las partidas de guerrilleros actuaron con excesos o mataron por venganza. La conducta

de los anarcosindicalistas, que en su mayoría fue prudente y llevó a que dejaran ir ilesos a muchos combatientes enemigos, provenía de la proclama que difundió el Partido Liberal Mexicano a todas sus tropas en enero de 1911, cuando grupos revolucionarios floresmagonistas se alzaban en armas no sólo en Baja California, sino también en Chihuahua, Sonora, Coahuila y Oaxaca. En esta proclama, Ricardo Flores Magón fijaba las normas a seguir durante la revolución por sus fuerzas armadas: “Los grupos revolucionarios se harán de fondos y elementos en primer lugar de los que haya en las oficinas y depósitos del gobierno y de sus favoritos, y en segundo de los particulares, dejando en todo caso recibo de las cantidades o de cualquier otra cosa que se haya tomado como constancia de que lo tomado va a servir como fomento de la revolución”. Y se agregaba lo que los revolucionarios debían hacer al liberar un poblado: “Al tomar un lugar ya sea por asalto, sorpresa o capitulación, se tendrá especial cuidado en no infligir tropelías de ningún género a los habitantes pacíficos; en no permitir ni ejecutar actos que pugnen con el espíritu de justicia que caracteriza a la revolución. Todo indigno abuso será estrictamente reparado. La espada de la revolución será implacable para los opresores y sus cómplices, pero también lo será para los que bajo la bandera de la libertad busquen el ejercicio de criminales desenfrenos”. Por eso las actuaciones tan diferentes de los revolucionarios con respecto a los porfiristas, pues mientras éstos alentaban el asesinato a mansalva de los jefes revolucionarios con una fuerte

recompensa de por medio (como pasó con los indios que emboscaron a Simón Berthold en las cercanías de El Álamo en marzo de 1911 y con la recompensa para asesinar al comandante Francisco Vázquez Salinas en Mexicali en abril de 1911) o reclutaban a los contrabandistas locales como grupos paramilitares que desataron el terror por donde pasaban (como sucedió con Lerdo González, un criminal buscado a ambos lados de la frontera, y su pandilla de asesinos a sangre fría y violadores de indias); pero en el caso de los revolucionarios, cualquier conducta criminal era castigada en el acto, como los fusilamientos de un camarada violador y de Tony Vega, el asesino de Francisco Pacheco en Tijuana, ambos fusilados por órdenes directas de Caryl Pryce. ¿Con qué fin? Para que todos supieran que el espíritu de justicia revolucionaria abarcaba a amigos y enemigos por igual.

¿Cuál es la imagen que nos queda, entonces, de estos revolucionarios floresmagonistas? Acudamos a las fotografías tomadas, fundamentalmente, por reporteros estadounidenses. ¿Qué vemos en ellas? Vemos a un grupo de revolucionarios que se enfrentan al mundo con el idealismo de la juventud; a un puñado de trabajadores que conoce las duras realidades de la vida y que, aun conociéndolas en carne propia, se arriesga a defender a los necesitados. Al verlos, con sus astrosos trajes de labor o con sus ropas de vaqueros del viejo oeste, uno piensa en *Los siete samurais* de Akira Kurosawa: son pocos y el adversario es

inmenso, un ejército brutal y despiadado. Pero estos mexicanos y extranjeros han decidido pelear por lo que creen, han optado por dar la cara por algo más que el dinero o el poder. Son, como pedía el poeta alemán Gunter Eich, arena y no aceite en la maquinaria del mundo. Son obstáculos para la codicia de las compañías extranjeras en Baja California y son diques frente a la opresión militarista de la dictadura de Porfirio Díaz. En las fotos que les toman uno capta su impertinencia, sus aires de rebeldes, la resignada aceptación de que por más que no son figuras heroicas, personajes sublimes, están peleando por una causa mayor que cada uno de ellos. Como buenos antihéroes, sus sonrisas socarronas los delatan porque se saben más allá de todo punto de retorno. Han venido a pelear a México. Han venido a morir en México. El caos es su amigo, su eje vital, su destino y su tumba.

Al ver esas imágenes, a un siglo de distancia y sabiendo cuál fue el desenlace de este movimiento revolucionario, se nos plantea la cuestión esencial de toda revolución: la incógnita de dar la vida por los otros, de ofrecer su apoyo desinteresado para que otros sean libres y puedan vivir en un país justo. Sólo recordemos que de todos los revolucionarios que lucraron con la revolución mexicana hecha gobierno, los únicos que se mantuvieron aparte de tal rapiña fueron los floresmagonistas. No todos, por supuesto. Gente como Rodolfo Gallego y como Louis James representan a los floresmagonistas que se cambiaron de

bando por dinero, poder o fama. Pero los miembros de la junta del PLM, así como muchos de los revolucionarios que apenas escaparon con vida de la campaña floresmagonista en Baja California, no se levantaron en armas para obtener puestos públicos, negocios en lo oscuro, latifundios, fueros o cacicazgos.

Los floresmagonistas se permitieron soñar en la pureza, en la justicia. Tal fue su ingenuidad. Sí. Pero tal fue también su mayor fortaleza, su mejor legado: el tener las manos limpias en una época en que los cañonazos eran en dólares y pocos decían que no.

Los contrarrevolucionarios porfiristas

Examinemos ahora al bando contrario, a los que se autoproclamaron como “los defensores de la Baja California” y veamos cómo actuaron estos contrarrevolucionarios durante la campaña floresmagonista en la entidad. En general, son seis grupos definidos:

1. EL EJÉRCITO PORFIRISTA EN EL DISTRITO NORTE. Este ejército, cuya columna principal era la compañía fija al mando del coronel Celso Vega, con sede en el puerto de Ensenada, siempre contó con mejor armamento y mayor número de combatientes que el ejército revolucionario

floresmagonista. Pero ni eso le sirvió a la hora de enfrentarse a éste. En la mayor parte de la campaña, el ejército federal nunca logró desplegar, con eficacia, una estrategia militar contra los revolucionarios. ¿Por qué? Porque sus oficiales habían aprendido a ejecutar batallas contra ejércitos profesionales en masa y no a luchar contra pequeñas partidas. Como muchos porfiristas ensenadenses, exasperados por la falta de resultados de sus protectores, lo dijeron sin que nadie los escuchara: hubiera sido mejor que en la entidad se desplegaran los rurales, una formación policial más efectiva en este tipo de lucha armada. No hay duda de que el ejército porfirista era una bestia letal, pero era lento para reaccionar, lento para aprender a adaptarse a las tácticas de un enemigo imprevisible, que conocía el terreno, que le gustaba improvisar. Por otra parte, el ejército en Baja California tenía en su contra que la revolución mexicana, con grupos maderistas, orozquistas, magonista y zapatistas, asolaba a todo el país. Baja California no era vista como un teatro importante en esta insurrección generalizada. Si Porfirio Díaz mandó al Octavo Batallón a esta entidad, lo hizo por presión del gobierno estadounidense y de los empresarios de la Colorado River Land Company. Sin esa presión, probablemente el Octavo Batallón habría sido enviado a otros teatros de guerra y no a nuestra entidad. Y sin el Octavo Batallón, la recaptura de Tijuana habría quedado en el aire. Y es que, por más número de tropas con las que pudieran contar el coronel Celso Vega y su compañía fija, el ejército porfirista era un cuerpo militar con escaso

espíritu de combate. Los desertores eran cosa de todos los días y los soldados de leva nunca fueron soldados confiables a la hora de la batalla.

Por último, la actitud del ejército porfirista fue la de acusar a los revolucionarios de lo mismo que ellos practicaban. Si había extranjeros en las filas floresmagonistas, también los había en las filas del ejército federal, pues 15 estadounidenses fueron incorporados para cuidar la frontera en Tijuana antes de su toma por los anarcosindicalistas, 30 japoneses, veteranos de su propio ejército, fueron utilizados en la recaptura de Tijuana y al menos un chileno participó en el escuadrón de la muerte dirigido por Lerdo González. ¿Cuál es el veredicto sobre la compañía fija y el Octavo Batallón? Para los revolucionarios, el ejército porfirista de Baja California fue un adversario de peso pesado, pero lento de movimientos. Los errores y titubeos que esta fuerza armada mostró favorecieron más que dañaron a los grupos revolucionarios de nuestra entidad. Y no es que el ejército porfirista no supiera pelear: lo que no sabía era pelear esta guerra relámpago, de guerrillas que se infiltraban por todas partes, de revolucionarios que no temían golpear y escapar. Era, en síntesis, una fuerza armada de difícil maniobra y bajo entrenamiento, cargada de familias enteras (el Octavo Batallón de Miguel Mayol trajo al valle de Mexicali no sólo 500 tropas, la mayoría nativas de Oaxaca, cuna del dictador, sino que junto a estos soldados venían 150 mujeres y niños,

familiares de los soldados, que dificultaron su forma de combatir en la batalla del 15 de abril de 1911); era, pues, un ejército más acorde para el desfile y el oropel, cauteloso hasta la inmovilidad, prudente hasta la cobardía, incapaz de tomar la iniciativa a menos que estuviera todo a su favor. Los militares estadounidenses que lo vieron actuar en el campo de batalla lo dijeron una y otra vez: “México no tiene un ejército que merezca tal nombre”. Y como los floresmagonistas lo interpretaron: era una fuerza dedicada a la represión sistemática de los pobres, los indios, los obreros. Su único espíritu de lucha era la crueldad contra sus semejantes, el ansia de mandar y seguir mandando. Ya lo dijo *Regeneración* (11-11-1911): “Los generales de Díaz no saben pelear”. Lo que le faltó decir es que sí sabían obedecer.

Los bajacalifornianos unidos a la dictadura porfirista por vínculos de parentesco, políticos, militares o comerciales.

Muchos de estos bajacalifornianos contaban con cargos en la administración pública o sus intereses empresariales estaban ligados a la buena marcha del sistema imperante. No querían perder sus privilegios y prerrogativas. La llegada de la revolución anarcosindicalista trastocó sus negocios o cerró sus fuentes de ingresos. Como no eran de armas

tomar, prefirieron irse con sus familias a un lugar seguro: el puerto de San Diego, en la California estadounidense. Allí rentaron casas con su propio dinero o alquilaron cuartos de hotel. En San Diego decidieron poner una parte de su capital en una inversión a mediano plazo: la contratación de carne de cañón, es decir, de voluntarios que fueran a pelear por ellos a Baja California y que expulsaran, lo más pronto posible, a los odiosos revolucionarios que habían trastornado su tranquilo, depredador modo de vida. Y al final lo lograron: durante los siguientes diez años, Baja California fue un paraíso porfirista dentro de un país revolucionario.

El personal consular del gobierno porfirista en Estados Unidos

Para ellos, lidiar con los floresmagonistas era ya una tarea diaria desde que los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón habían escapado de la maquinaria represora de la dictadura, de la que ellos eran sus ojos y sus manos en el extranjero. Estos representantes del porfiriato (que incluiría, a partir de enero de 1911, a los funcionarios exiliados de Baja California por la revolución reinante) habían hecho todo lo que estaba a su alcance para detener la subversión del Partido Liberal Mexicano: desde intentos de asesinato contra Ricardo Flores Magón, pagando a sicarios para que lo

llevaran a cabo, hasta secuestro de elementos de la junta del partido, para trasladarlos a México y aquí aplicarles la ley, sí, pero la ley fuga o la muerte “accidental” después de una sesión de tortura.

Gente como Enrique de la Sierra, Antonio Lozano, J. Díaz Prieto y Arturo M. Elias eran expertos en campañas de desinformación, de propaganda amarilla contra todos los adversarios del dictador (lo mismo hicieron con Francisco I. Madero, cuando éste se trasladó a Estados Unidos en 1910, pero los cónsules dejaron de hacerlo en mayo de 1911, en cuanto vieron que Madero sería el nuevo poder, dedicándose entonces sólo a atacar a los floresmagonistas). El personal consular en California puso todo su empeño en desprestigiar a Ricardo Flores Magón, al que calificaban de loco, y al movimiento floresmagonista, al que consideraban un peligro para México. Su campaña amarilla, en todos los medios a su alcance, hizo de los revolucionarios una amenaza para el país, y de su ejército de anarcosindicalistas, una invasión filibustera. Estos cónsules se veían a sí mismos como la primera línea defensiva de la dictadura. Eran, sin duda, maestros en el arte de la propaganda, que le hubieran podido enseñar una o dos lecciones a Joseph Goebbels. De Elias, por ejemplo, fue la idea de que Guillermo Torres Yeme, su secretario, mandara, con nombres falsos, cartas a los periódicos en español de Los Angeles, San Diego y del valle Imperial, cartas aparentemente firmadas por mexicanos obreros (incluso las escribían con faltas de ortografía para

darles verosimilitud, para que parecieran, desde sus prejuicios de clase acomodada, hechas por gente poco ilustrada) y en donde se mintiera sobre la revolución floresmagonista o se insultara libremente a Ricardo Flores Magón. Así, Guillermo Prieto Yeme, escribiente de Arturo M. Elias, que bajo el seudónimo de Luis G. Lara escribía cartas públicas a Ricardo Flores Magón, asegurando impunemente: “Debo advertirle que no pertenezco a ningún partido político, soy mexicano, simplemente un cholo infeliz, pero tengo el patriotismo suficiente para comprender que usted hace mal”. Y, por supuesto, todo era mentira: el ficticio Luis G. Lara no era un simple cholo infeliz sino un burócrata al servicio de la dictadura; no era un hombre sin partido, sino que era una pieza propagandística de un régimen que aceptaba mentir, disfrazándose de mexicano pobre para convencer a los pobres que la causa floresmagonista era un peligro para México. Su objetivo era hacer ver a los obreros y campesinos mexicanos, residentes en Estados Unidos, que no era buena idea unirse a la revolución y que era mejor luchar contra ella. Desde nuestra perspectiva actual, hoy denominaríamos a esta campaña mediática como un linchamiento moral, es decir, una campaña para desprestigiar al adversario con el propósito de aniquilarlo de cara a la opinión pública y para desacreditar a sus líderes como representantes legítimos del pueblo trabajador. Y en ocasiones, como sucedió en marzo de 1911 en Mexicali, conspiraron para atacar por sorpresa a los revolucionarios. Por eso Ricardo Flores Magón llamó a los cónsules

mexicanos en California “los perros de presa de la tiranía”.

La segunda parte del plan de estos cónsules consistió en crear comités de “defensores de la integridad nacional” (imagínense a los porfiristas de Ciudad Juárez pidiendo, por esas mismas fechas, la creación en Texas de un comité de defensa de la integridad nacional para ir a México a combatir a Madero y a los maderistas –de tal magnitud era la cortina de humo utilizada por estos cónsules–), ofreciéndoles espacios para reunión, imprentas para sacar sus manifiestos, contactos periodísticos para difundir sus proclamas y contactos empresariales que pusieran el dinero necesario en la contratación de barcos de transporte, para que los voluntarios pudieran ser trasladados de San Diego a Ensenada, lo que era costoso y pagado en dólares. Era en sí la maquinaria gubernamental de la dictadura, puesta al servicio de crear un ejército contrarrevolucionario para solucionar el problema de la revolución floresmagonista en Baja California de una vez por todas.

Los defensores de la integridad nacional

Este grupo contaba con dos características esenciales para ser captado de inmediato por la propaganda amarilla: eran mexicoamericanos que habían desarrollado un espíritu

nacionalista por vivir en el extranjero y muchos estaban desempleados. El poder volver a México con los gastos pagados era suficiente aliciente para ellos. Les habían vendido la causa porfirista envuelta como una causa justa y les aseguraron que el enemigo eran piratas gringos, filibusteros que habían invadido el país, y que era urgente expulsar del sagrado suelo nacional. Y esto les encantaba, pues les daba la posibilidad de vengarse de los abusos y discriminaciones sufridos en la Unión Americana.

Estos voluntarios creían que era una aventura bien pagada y que iban a ser recibidos como héroes en cuanto pusieran pie en Baja California. Pero en cuanto llegaron al puerto de Ensenada, el coronel Celso Vega los vio como una chusma incontrolable que pondría a prueba el orden público con sus altercados y balaceras, con su conducta imprevisible. Vega no confiaba en ellos por el mismo motivo que no confiaba en los revolucionarios: eran gente indisciplinada, aficionados de gatillo rápido, que daban más dolores de cabeza a las autoridades que un apoyo verdadero a su ejército profesional.

Los contrabandistas bajacalifornianos

El grupo de contrarrevolucionarios fue el que más

resistencia opuso contra los floresmagonistas. Eran rancheros bajacalifornianos, especialmente fronterizos, de armas tomar. Éstos no necesitaban ninguna propaganda amarilla para reaccionar ante la revolución anarcosindicalista. ¿Por qué? Porque desde el momento en que ésta dio inicio, provocó una disrupción en sus negocios, tanto legales como ilegales. Con la frontera del lado mexicano ocupada por las tropas revolucionarias y con la frontera del otro lado vigilada por 30 000 tropas del ejército estadounidense, sus negocios alternos (pero los que les daban mayores dividendos), como el contrabando de mercancías y personas (eran especialistas en cruzar chinos de México a Estados Unidos), el abigeato (que era al revés: de Estados Unidos a México) y el robo en despoblado disminuyeron drásticamente.

Para restablecer sus negocios, los rancheros bajacalifornianos, en especial los de Tecate y Tijuana, vieron que primero debían deshacerse de los estorbosos floresmagonistas. Eso fue lo que hizo gente como Lerdo González, un ranchero tecatense y contrabandista de chinos, al que se le consideraba un delincuente al otro lado. Lerdo se presentó como voluntario al coronel Celso Vega y éste comprendió el valor de un contrabandista conocedor de la serranía y los caminos clandestinos de la Baja California. Por eso lo puso al mando de un grupo de rancheros como él. Lerdo González se convirtió, así, en el jefe del principal grupo paramilitar (lo que en la segunda mitad del siglo XX se le llamaría una

brigada blanca) de persecución de revolucionarios y de exterminio de éstos y sus simpatizantes entre la población civil. Esto es: Lerdo González es la cara de la guerra sucia propiciada por el gobierno porfirista en la entidad. La actuación de este grupo en la defensa de Tecate y Tijuana, en mayo de 1911, habla de un grupo habilidoso para el combate, pero más para la huida precipitada en cuanto están en desventaja. En junio de 1911, estos rancheros en plan de exterminio provocaron los peores desmanes contra la población simpatizante de los revolucionarios: mataron a nueve indios en Jamaú, y, a pesar de que algunos de estos indios se rindieron, de todas formas los asesinaron. No buscaban prisioneros: buscaban cabelleras. En el pueblo minero de El Álamo, que unos meses antes había estado controlado por los floresmagonistas, aprehendieron a cuatro extranjeros (entre ellos, un médico que había curado tanto las heridas de los combatientes revolucionarios como las de los combatientes federales por igual) y les dieron el juicio de la ley fuga. Allí mismo violaron tumultuariamente a la india María Albáñez y la asesinaron. Tal era la calaña de estos “defensores de la patria”. Tal era su “heroísmo”.

¿Qué hicimos con estos ciudadanos? Los honramos como héroes de una gesta patriótica. Pero la suya no fue más que una mascarada, un cuento que seguimos repitiendo, un siglo después, sin ponernos a comprobar qué tantas verdades contiene, de cuántas mentiras y engaños está hecho. Siguiendo lo dicho por el historiador Daniel Jonah Goldhagen

en su libro *Los verdugos voluntarios de Hitler* (1995), la responsabilidad de los bajacalifornianos para mantener un régimen dictatorial, como el de Porfirio Díaz, debe ser examinada a fondo: ¿fueron verdugos voluntarios del porfiriato o sólo instrumentos inconscientes de la dictadura? Yo diría que ambas cosas, pero depende de quién estemos hablando. De los cuatro grupos de contrarrevolucionarios antes citados, pienso que los cónsules en California, los porfiristas pudientes bajacalifornianos que se asilaron en San Diego y los rancheros fronterizos en plan de exterminio fueron, sin duda, verdugos voluntarios de la dictadura: los primeros pusieron las ideas y la organización, los segundos pusieron el dinero y los terceros pusieron las armas y la sed de venganza.

El cuarto grupo, el de los voluntarios mexicanos que se alistaron por la defensa de la patria creyendo que la revolución anarcosindicalista era una invasión extranjera, son los únicos que pueden ser calificados de instrumentos inconscientes de la dictadura. Pero aun aquí queda la duda: ya en el libro de Rómulo Velasco Ceballos *¿Se apoderará Estados Unidos de América de Baja California (la invasión filibustera de 1911)* (1920), este amanuense del coronel Esteban Cantú y participante activo en los gobiernos de Porfirio Díaz y del usurpador Victoriano Huerta expone, sin tapujos, a los verdugos voluntarios del Porfiriato cuando hace mención que entre los bajacalifornianos “defensores de la patria”, entre los combatientes contra los

revolucionarios floresmagonistas, había quienes gritaban en pleno combate: “¡Mueran los magonistas, hijos de tal por cual! ¡Viva el supremo gobierno! ¡Viva Porfirio Díaz!”. No más. No menos.

La Colorado River Land Company

Los propietarios de esta empresa, el general Harrison Cray Otis y su yerno, Harry Chandler, fueron la fuerza más poderosa en términos contrarrevolucionarios. Estos dos empresarios, con intereses mineros, de transporte y periodísticos, contaban con una maquinaria propagandística propia: *Los Angeles Times*. Sus campañas iban contra todo lo que oliera a causa social: el derecho a huelga, el voto de las mujeres, el pacifismo y, sobre todo, los sindicatos como el de la IWW.

El general Otis fue uno de los invitados de honor a la conmemoración del centenario de la Independencia de México, el 16 de septiembre de 1910. El propio presidente Porfirio Díaz lo había invitado a la Ciudad de México. Su rancho en el valle de Mexicali, el C-M Ranch, era el símbolo de su dominio sobre 830 000 acres de tierra en posesión de su compañía deslindadora de tierras, la Colorado River Land Company. Otis y Chandler tenían las puertas abiertas en todas las

oficinas del gobierno mexicano y del gobierno estadounidense. Ellos fueron los que consiguieron que el Octavo Batallón del ejército porfirista les sirviera de guarura en su rancho de abril a mayo de 1911. Ellos fueron los que lograron que 30 000 tropas estadounidenses no sólo cuidaran la frontera, sino que sirvieran de recordatorio que, si los revolucionarios se propasaban con sus propiedades y empleados, habría una intervención estadounidense. Otis y Chandler sabían amenazar. En cierta forma, fueron mejores contrarrevolucionarios que el viejo ejército porfirista que, cuando se dio la revolución floresmagonista, no tuvo buenos reflejos para reaccionar. Más acostumbrados a la placidez de las tertulias sociales y los vistosos desfiles del puerto de Ensenada, el ejército porfirista en Baja California contaba con oficiales reacios a morir en combate y con tropas de leva, es decir, con ciudadanos que habían sido incorporados a la fuerza a las gloriosas fuerzas armadas de la dictadura. Por ello el gran número de deserciones a la hora de entablar combate para recuperar Mexicali. Ante tal situación, fueron Otis y Chandler los que evitaron el hecho de una república anarcosindicalista como vecina de sus tierras. El verdadero motor de la contrarrevolución, los actores principales que actuaron con singular presteza para evitar que la revolución floresmagonista se extendiera al resto del país, fueron dos empresarios estadounidenses temerosos de perder su inversión en manos de unos vagabundos que despreciaban y odiaban. Tales son las bromas de la historia. Tales son los reyes sin corona de la defensa heroica de la patria, de una

patria escriturada a su nombre por el bueno y generoso de don Porfirio Díaz. Pero la prensa de Otis y de Chandler también intervino en la creación de un mito genial: la campaña teatral de Dick Ferris, un actor y publicista californiano, quien actuó como un agente provocador en el sur de California durante 1911.

HARRY CHANDLER. Nacido en Landaff, Estados Unidos, en 1864. Casó con Marian Otis, hija del general Harrison Cray Otis, el fundador y dueño de numerosas empresas mineras, de terrenos y de seguros, además del famoso diario *Los Angeles Times*, del que Chandler fue, mientras vivió el general Otis, su brazo derecho y a su muerte, su heredero principal. Como el general Otis era amigo personal de Porfirio Díaz, tanto él como Chandler estuvieron en contra de la revolución mexicana, especialmente contra los revolucionarios floresmagonistas, que habían tomado Mexicali y amenazaban a sus propiedades en el valle de Mexicali, el famoso C-M Ranch, que no era otra cosa que uno de los latifundios más grandes en tierras mexicanas y de capital estadounidense. Tanto era el poder del general Otis en las altas esferas de gobierno (lo mismo en el estadounidense como en el mexicano), que el dictador Porfirio Díaz mandó al Octavo Batallón a Baja California, a las órdenes del coronel Miguel Mayol, no a combatir a los rebeldes sino a cuidar el rancho de su querido amigo.

Chandler siempre estuvo pendiente de sus intereses en Baja California: en 1911 pidió el encarcelamiento de todos

los floresmagonistas y apoyó a todos los porfiristas bajacalifornianos que querían combatirlos. Como su empresa, la Colorado River Land Company controlaba toda la actividad agrícola del valle de Mexicali; a partir de 1904, muchas de sus decisiones fueron trascendentales para el desarrollo de esta zona de nuestra entidad: desde la contratación de chinos para desbrozar el desierto, hasta su control de políticos locales para que mantuvieran a raya a los campesinos mexicanos que querían cultivar la tierra sin tener que pedirle permiso a la Colorado River Land Company. Pasaron autoridades porfiristas, maderistas, huertistas, villistas, carrancistas, obregonistas y el régimen de la revolución mexicana y nadie se atrevía a enfrentársele. Sólo el general Lázaro Cárdenas, en su etapa de presidente de México (1934–1940), le puso un alto al imperio de Chandler en nuestra entidad al expropiar, en 1937, las tierras que la Colorado River Land Company usurpaba y convertirlas en ejidos. Pero Chandler, multimillonario entonces y dueño de la ciudad de Los Angeles, ya tenía otros negocios en Baja California: molinos, distribuidoras de cosechas y la jabonera. De esta forma, hasta su muerte en 1944, Harry Chandler fue el poder privado tras el poder público en ambas entidades: California y Baja California.

DICK FERRIS. Nacido en Estados Unidos en 1867 y muerto en California en 1933, actor y publicista, con apoyo de los magnates de la prensa como Otis, Chandler y Hearst, que

eran enemigos de los floresmagonistas y de la agrupación sindical que apoyaba a los hermanos Flores Magón, la Industrial Workers of the World (IWW), fue un agente provocador que creó la ilusión de que los revolucionarios eran parte de sus imaginarias repúblicas de Díaz y de Madero, que él mismo inventara. En junio de 1911, intenta que acróbatas a su servicio entren a Tijuana e icen su bandera, pero los revolucionarios la queman. Es enjuiciado por las autoridades estadounidenses por quebrantar la ley de neutralidad de este país y queda libre.

Sigue en el teatro con sus espectáculos de comedia, en donde aparece como presidente de México entre actos de magia y bailarinas con poca ropa. Para entender a Ferris hay que considerar que él mismo se veía, años más tarde, como el protagonista de una comedia de enredos. Así, el 29 de marzo de 1931, el periodista mexicano José Valadés logra dar con Dick Ferris en un hotel de San Diego.

Valadés le pregunta al viejo actor si realmente estuvo confabulado con Ricardo Flores Magón para apoderarse de la Baja California. El anciano comediante lo niega categóricamente: nunca tuvo ningún contacto ni conoció en persona a los hermanos Enrique y Ricardo Flores Magón. Para Ferris, como hombre de teatro, los dos hermanos eran simplemente competidores que le querían quitar los reflectores de la fama:

—¡Al diablo con los Flores Magón! ¿Qué iba a hacer yo

con los Flores Magón? Todo lo que hice fue con finalidades publicitarias y nada más. No tiene usted idea de lo que me reí cuando supe que un escritor mexicano (se refiere a Rómulo Velasco Caballos) había publicado un libro en que me hace cómplice de Flores Magón.

De su república independiente, Dick Ferris se carcajea: todo era publicidad para la obra teatral que estaba montando por aquellas fechas y en la que personificaba al presidente de México en plan de farsa. Y pregunta al reportero, asombrado:

–¿Y cómo es posible que en México se hubieran creído mi participación en la revolución de Baja California, cuando el mundo sabía y sabe que sólo soy un líder de aventuras, de amor y de juego?

Ya para finalizar la entrevista, Valadés le pregunta ahora a qué se dedica. Y Dick Ferris le contesta que ahora es inversionista en Tijuana. Está asociado con empresarios tijuanenses para poner un rancho de descanso (spa) para las estrellas de Hollywood en Rosarito, junto a la playa.

Y esa es la ironía de la historia: al final Dick Ferris logró, gracias a los empresarios tijuanenses ávidos de explotar el turismo, ser propietario de una porción de Baja California y ser presidente de un club privado, en donde los pobres mexicanos sólo entraban como empleados. Y no era una

extensión pequeña: su proyecto turístico, el Paradise Beach Hotel, abarcaba 56 000 hectáreas entre Tijuana y Ensenada.

Así, mientras los “defensores” de la integridad nacional forcejeaban por obtener sus reconocimientos como héroes, por conseguir medallas por sus esfuerzos para defender la dictadura porfirista, Dick Ferris, el único que en plan de broma se autoproclamó como filibustero, se reía en su cara. Como todo buen comediante, él sabía que quien ríe el último, ríe mejor.

Esteban Cantú: porfirista, huertista y filibustero

Los primeros responsables en llamar filibusteros a los revolucionarios anarcosindicalistas fueron los porfiristas exiliados de Baja California por esta revolución, como Gustavo Terrazas, los porfiristas en funciones, como José María Larroque, así como los miembros del servicio exterior mexicano, especialmente los cónsules de California en Los Angeles y en San Diego. Era una táctica fríamente calculada para crear una leyenda negra sobre este movimiento revolucionario. Y funcionó. Pero el verdadero responsable de que esta leyenda negra perdurara fue un militar al que sólo le tocaron los últimos coletazos de la revolución floresmagonista: el mayor Esteban Cantú.

En 1920, viéndose exiliado en Estados Unidos por no querer entregar el poder al gobierno de Adolfo de la Huerta, el ya entonces coronel (rango que le otorgó el usurpador Victoriano Huerta por la defensa que Cantú hizo de su régimen en Baja California) Cantú creó el mito del filibusterismo al apoyar la publicación del libro de Rómulo Velasco Ceballos, *¿Se apoderará Estados Unidos de Baja California? (la invasión filibustera de 1911)*. en donde se dio rienda suelta al infundio de que los floresmagonistas eran invasores y no revolucionarios auténticos, y al publicar su libro de autoelogios, *Apuntes históricos de Baja California*, en donde Cantú aparece como el liberador de Baja California.

Velasco Ceballos fue un militar porfirista de escritorio en la Secretaría de Guerra y Marina. Participó en la asonada militar contra el presidente Francisco I. Madero (la llamada Decena Trágica) al lado de su jefe, el porfirista Félix Díaz, de quien era secretario. Fue reseñador de las campañas del ejército de Victoriano Huerta en Sonora y, a la caída del régimen huertista, se mudó a Estados Unidos, en donde escribió biografías laudatorias a favor de Victoriano Huerta. Con tan buenas credenciales, el coronel Cantú lo contrató para que hiciera lo mismo en Baja California: relatar la gloria de las armas porfiristas en acción.

En cuanto al libro de Cantú, *Apuntes históricos de Baja California*, éste no deja de mostrar los verdaderos intereses de Cantú como militar y gobernante, desde su indignación

cuando un soldado grita en el cuartel vivas a Madero hasta su retrato de Rodolfo Gallego, revolucionario floresmagonista y luego revolucionario maderista, como un hombre traidor a la patria, cuando en realidad Gallego fue un político en toda la extensión de la palabra, capaz de comprar conciencias y de caer parado en toda situación peligrosa; una autoridad reconocida por el gobierno maderista por los servicios prestados para pacificar la Baja California a pura negociación. Cuando Cantú habla de los más de trescientos hombres al mando de Gallego en Mexicali y los describe como una tropa de bandoleros, lo hace para mostrar su bravura y astucia a la hora de desarmarlos con su centenar de tropas, pero la verdad es que Gallego no controla más que a unas decenas de ex floresmagonistas que ahora son maderistas. En realidad, Cantú pinta a Rodolfo Gallego con trazos siniestros, cuando Gallego es tanto un personaje odiado por los floresmagonistas por haberse pasado al maderismo, como una autoridad reconocida en el ámbito federal. Por eso, cuando el coronel Cantú pide quitarle el puesto de subprefecto a Gallego para que los porfiristas de Calexico, sus amigos por afinidades ideológicas, puedan regresar al poder, el gobierno interino lo detiene en seco con un telegrama humillante:

Enterado haber ocupado Mexicali con fuerza que expresa. Procure Ud. mantener el orden y evitar las cuestiones políticas. Si los vecinos tienen quejas que se dirijan a la Secretaría de Gobernación y se remediarán.

Y eso nunca aparece en los *Apuntes históricos* de nuestro coronel: el hecho de que mientras Rodolfo Gallego permaneció en su cargo, Cantú debió “evitar las cuestiones políticas” y no pudo hacer ni deshacer en su deseo de reprimir a Rodolfo Gallego, este revolucionario que fue quizá el único floresmagonista que terminó en mejores condiciones políticas y económicas al término de 1911 que en sus inicios. Al contrario del Porfiriato, la política durante el gobierno interino de Francisco León de la Barra y de Francisco I. Madero (1911–1913) ya no era asunto de los militares. Pero éstos no cejaban en su empeño por vengarse de la afrenta recibida. Para muestra del carácter real de Esteban Cantú, el porfirista recalcitrante, escuchemos cómo se hizo cómplice, desde un principio, de la represión ilegal contra los revolucionarios, a los que en sus apuntes él siempre llamó filibusteros:

Con el resto de las guerrillas y vecinos me incorporé a Tecate, vigilando la frontera. Como una semana después me ordenaron de Ensenada enviara escolta al Paso de Picachos, a recibir cinco presos con destino a dicho Puerto. Nombré al auxiliar, Fructuoso Gómez como comandante de la escolta compuesta de diez auxiliares, todos montados, saliendo ese mismo día. Cuatro días después regresó dando parte de habersele desertado tres filibusteros de los que habían asaltado el rancho de Cañada Verde, matando a su propietario señor Pedro Arguilés y presentando tres pares de orejas me dijo: “Mi

jefe, me incorporo con la novedad de haberseme fugado tres de los presos, pero aquí están las marcas de “esos”. Lo reprendí explicándole que esos actos no se cometen, ordenándole quemara las orejas y guardara el más absoluto secreto, pues podrían sobrevenir serias responsabilidades. A lo que contestó: *“Muy bien, mi jefe, pero si los dejo sin el castigo que se merecen como traidores a México, tendríamos tres enemigos más”.* Le repetí observara el más completo silencio. Como buen tamaulipeco era muy serio, reposado, valiente y patriota. No tardó una semana sin que se preguntara a Ensenada, al general comandante militar, si sabía quiénes mataban gente a inmediaciones de Jacumba y les cortaban las orejas. También la Prensa americana hablaba del asunto. Se me ordenó pasar a Ensenada para que declarara en relación con los sucesos. Afirmé que la tropa a mi mando nunca pasaba de la línea internacional, la cual era vigilada constantemente por patrullas y demás servicios fiscales y de migración americanos y que probablemente se trataría de rencillas entre los grupos de ladrones que traficaban a espaldas de la ley, tanto en Estados Unidos como en México. Por más interrogatorios que me hicieron, no lograron sino confirmar mi dicho. No podría proceder de otra manera, debido a la confianza que tenían en mí todos los soldados y auxiliares a mis órdenes, a quienes sin excepción trataban como soldados y como amigos.

Con la exclusión de esta pequeña partida de bandidos que quedó bien escarmentada y la aprehensión de Emilio Guerrero que fue remitido por mar a México, se acabaron las dos antorchas encendidas que decía tener el periódico “Regeneración”, editado en Los Angeles, Cal., Estados Unidos de Norteamérica, órgano del magonismo, que salía cada mes con su propaganda incendiaria.

El odio que sentía el coronel Esteban Cantú contra Ricardo Flores Magón y los magonistas es el de alguien que ha sido entrenado en contra de cualquiera que incite el rompimiento del orden público, de cualquiera que ose criticar a la autoridad.

Es la vieja premisa porfirista de acallar toda disidencia, de arrasar con toda disonancia social. La vieja escuela militarista prusiana en plan nacional es la que habla por boca de Cantú y es la verdad que queda establecida como dogma a repetir por los políticos e historiadores locales durante las siguientes décadas, cuando se mencione a la revolución mexicana en el Distrito Norte de la Baja California.

Es interesante constatar que el alivio que siente Cantú al saber que Ricardo Flores Magón va a la cárcel es el de un hombre que le enerva una ideología en donde no hay jerarquías de ninguna especie, que le irrita que los hombres no respeten a sus superiores y no obedezcan a la gente de mando. En pocas palabras, a Cantú le exaspera la libertad de

expresión, la libertad de pensamiento, la libertad de acción, a menos, claro, que esta libertad esté controlada por él:

Se supo en aquellos días que a Ricardo Flores Magón se le instruía proceso en la Corte de Justicia de Los Angeles, Cal., por el delito de contravenir las leyes de neutralidad en contra de un país amigo. Días después la prensa de Los Angeles dio a conocer la formal prisión de Flores Magón, basándose en las cartas incendiarias que dirigió a sus correligionarios y pocos días después fue sentenciado y recluido en una prisión. Con estos actos se silenció por completo la actividad anárquica del magonismo, a la par que el socialismo, a la par que la actividad de los miembros de la “IWW” (Trabajadores Internacionales del Mundo), a quienes las autoridades norteamericanas trataron con gran rigor, al extremo de que un alcalde de San Diego mandara a hacer un fierro con las iniciales I.W.W. como los que se destinan para marcar reses y al ponerlos en libertad, cuando eran encarcelados, se les levantaba la camisa por la espalda y los marcaba con dicho fierro. Así es que pronto desapareció este ismo. Los pocos pobladores de Baja California y las pocas fuerzas que estaban a mis órdenes encargadas de visitar la frontera y evitar el paso a los enemigos y traidores a México, sentimos algo de alivio, pues desaparecían dos de los cuatro ismos (Magonismo y Socialismo), que tenían completamente desorientados a más de seiscientos mil mexicanos que en ese tiempo radicaban

en el vecino Estado de California, Estados Unidos de Norteamérica.

El discurso represivo de Esteban Cantú es el discurso porfirista de crear un gobierno paternal en donde haya mucha administración y poca política, pero en el caso de la presencia de Cantú en Baja California, como figura dominante (1911– 1920), hay que verlo como el creador de su propia leyenda: el cruzado que defiende a la entidad de una invasión de gente sumamente desagradable: los filibusteros que odian a México y sólo quieren anexarlo a Estados Unidos. En sus *Apuntes*, él siempre está luchando contra los filibusteros, que es la forma en que este oficial enmascara su lucha en contra de todos los revolucionarios: en 1911 son floresmagonistas, en 1913 son constitucionalistas, en 1914 son villistas. Pero para no decirlo y así no se sepa a qué amo espurio sirvió (Victoriano Huerta) o a qué dictador apoyó incluso después de su retiro (Porfirio Díaz), Cantú prefiere decir que él siempre combatió del lado de la patria contra sus enemigos en vez de admitir que por sus servicios prestados a la usurpación huertista recibió de Victoriano Huerta la condecoración “Valor y abnegación” y el grado de coronel. Por eso en sus *Apuntes*, Cantú se disfraza de defensor de la integridad nacional y consolida la versión oficial (la versión porfirista de la revolución de 1911), en donde los héroes son los defensores de la dictadura y los villanos son los revolucionarios. Pero hay pruebas de la forma en que se reprimió cualquier

posibilidad de que los floresmagonistas volvieran a incendiar Baja California de la segunda mitad de 1911 en adelante. En *Regeneración* (16-IX-1911), el propio Ricardo Flores Magón da a conocer lo que sucede en la entidad de nuevo en manos de los militares porfiristas, ahora inmaculados maderistas fuera de toda sospecha:

Según noticias que nos llegan de la Baja California, las autoridades de esa desdichada península están asesinando a los trabajadores, pues ven en cada proletario a un liberal. En Ensenada están fusilando, sin formación de causa, a cinco, seis y hasta diez mexicanos cada día.

En Tecate ocurre otro tanto. En Mexicali están en capilla dos trabajadores mexicanos y se les va a fusilar por el delito de vestir pantalón de mezclilla y blusa de obrero [“Los perros maderistas”].

... No conocemos más que el nombre de uno de ellos, Damián Hernández, miembro de la unión obrera revolucionaria Industrial Workers of the World. Del otro infortunado camarada ni el nombre se ha sabido, pues se les tiene rigurosamente incomunicados.

Las autoridades de Mexicali han sujetado a esos pobres compañeros a torturas que la más corrompida imaginación tal vez no pudiera concebir con el fin de que denuncien a los libertarios de los alrededores. Se les

clavan estaquitas de madera entre la uña y la carne de los dedos de los pies y de las manos; se les azota con varas espinosas; se les tiende boca arriba y por medio de un embudo se les llena de agua el estómago hasta que se desmayan. Estos suplicios infames fueron aplicados a Juan F. Montero, Emilio Guerrero, Mariano Barrera, Leonardo Gutiérrez y a muchos otros compañeros en la Baja California. Y cuando las víctimas, quebrantadas, aniquiladas, desfallecidas, están próximas a despedirse de este mundo de injusticia, de crueldad, de iniquidad, cuando los verdugos comprenden que es inútil la tortura para hacer que esos espíritus de bronce denuncien a sus compañeros, se les fusila... [“Nuestros mártires”].

¿Qué se proponen los chacales de la Baja California? ¿Quieren acabar con el último mexicano, para que queden dueños de todo los americanos, los ingleses y los franceses, en cuyas manos está toda la península? [“Los perros maderistas”].

Ante estos informes de represalias y persecución encarnizada contra todo lo que huele a revolución, a revolucionario, el discurso que Esteban Cantú despliega en sus memorias es una suerte de travestismo moral, convirtiendo sus actos represivos, de muerte y de tortura, como los actos de un glorioso caudillo que llega para aplacar los ánimos y unir al pueblo bajacaliforniano a su alrededor. Suena a antecesor de Francisco Franco o de Augusto Pinochet. Y lo es, porque es el discurso del represor

enmascarado de salvador de la patria. Y, al igual que estos militares traidores, Cantú ha olvidado decir que el éxito de su gobierno se basaba en la destrucción de toda oposición, en la represión brutal que abarcaba el uso de la tortura, los mochaorejas, la ley fuga y el secuestro y fusilamiento de todo disidente, lo que incluía, ya en la época huertista, la persecución de maderistas demócratas, como Juan B. Uribe, David Zárate, y zapatistas, como Octavio Paz Solórzano, el padre de nuestro premio Nobel, el poeta Octavio Paz, a quien el propio Cantú delató para que fuera apresado. Si Octavio Paz Solórzano escapó con vida fue porque otros militares, menos rencorosos que nuestro insigne coronel, le ayudaron a escapar del Distrito Norte. He aquí, pues, el origen de un engaño premeditado, que difunde una mentira goebbeliana: la revolución floresmagonista fue una invasión extranjera para apoderarse de Baja California.

Los anarquistas (como los judíos en la Alemania nazi) son los culpables de todos los males en la entidad. Pero los bajacalifornianos no deben preocuparse, porque los gloriosos soldados porfiristas y huertistas (como la Gestapo) están aquí para protegerlos de estos “facinerosos vendepatrias”. De nuevo estamos en la etapa inicial de una leyenda para gloria propia y hecha de imagería religiosa, de culto a los héroes, de populismo castrense:

La invasión filibustera más funesta y que ha causado mayores daños en vidas, en incendios y en robos, condenada por todos los bajacalifornianos, es la de 1911,

auspiciada por capitalistas americanos y llevada a cabo por aventureros también americanos, mezclándose con ellos en su tendencia de herir a México, los Magonistas, en su tendencia de arrebatarnos la Baja California, para saciar su vana locura de formar una República Socialista. En esta ocasión, como en todas las demás, que desde hace más de cien años se presentaron, los bajacalifornianos tuvieron una nueva oportunidad de defender el solar patrio, demostrando hasta la saciedad su cariño, su patriotismo y su amor por México. También se puso de manifiesto esta vez, por el México de fuera, su patriotismo y su amor por México, al abandonar todo lo que poseían, presentándose a los consulados para ser enviados a Ensenada. Se vieron escenas en los consulados de México, en Los Angeles y San Diego, en que las madres llevaban a dos y a tres de sus hijos diciendo *“Si más hijos tuviera, más ofrendara para defender a mi Patria México”*. El territorio Sur también se preparó a prestar su contingente, pues el señor don Enrique Aldrete, de su peculio personal, envió a sus amigos desde Ensenada hasta La Paz, y San José del Cabo estafetas montados dándoles la noticia de la invasión, recomendándoles se alistaran para combatir a los enemigos y traidores. Para las personas que desmienten la verdad de la invasión a Baja California, hecha por individuos que sin pertenecer a ningún Gobierno, llevaron la guerra por medio de las armas, organizados y pagados por los capitalistas norteamericanos y alentados

por la propaganda incendiaria del periódico “Regeneración” que editaba en Los Angeles, Cal., Ricardo Flores Magón, existe un gran número de testigos que podríamos llamar inmaculados como son: todos los patriotas que, a sabiendas de que iban a perder su vida, la ofrendaron a nuestra querida Patria en defensa de su integridad, en defensa de su dignidad y en defensa de su decoro.

Pero los testimonios que Cantú menciona y que toma como pruebas de que su antimagonismo es compartido por los bajacalifornianos honestos y patriotas pronto muestran otra cosa a la luz de la evidencia. Por ejemplo, Enrique Aldrete, quien publicará años más tarde su libro *Baja California heroica* (1958) era, en 1911, nada más ni nada menos que el secretario particular del coronel Celso Vega. No era un bajacaliforniano sin partido: era parte de la maquinaria militar de la represión porfirista en el Distrito Norte y todos sus empeños. El resto de su vida fue para limpiar el nombre de su querido coronel Vega, a quien unos veían como un militar timorato a la hora de la batalla y otros como un hombre vengativo. Pero la imagen pública del coronel Esteban Cantú siempre ha sido, entre los historiadores bajacalifornianos, la de un hombre que no se manchaba las manos de sangre, un militar decoroso. Pero hubo personas más perspicaces a quienes nunca pudo engañar, en primer lugar, a sus víctimas; en segundo, a Ricardo Flores Magón, quien difundió en *Regeneración* (30-IX-1911)

un curioso episodio que mostraba la insidiosa generosidad del coronel Cantú, su capacidad de matar sin hacerlo él mismo. O como el propio Ricardo lo decía, era la decencia de un esbirro de la dictadura:

El compañero Carlos Orozco pasó a Mexicali a vender alguna fruta el 29 de agosto anterior. No acababa de pagar en la aduana los crecidos derechos que aquellos bandidos cobran a los pobres, cuando fue arrestado por el esbirro Bernardo Mota, quien lo llevó ante Gallego, el individuo que hizo traición al proletariado por los veinticinco mil pesos que recibió de las compañías americanas que explotan los terrenos de México. Gallego remitió al compañero Orozco a que compareciera ante un tal Cantú, quien le dijo: “No te fusilo porque 'soy decente'; pero te voy a enviar a Ensenada”. Afortunadamente Orozco pudo fugarse y pasar a territorio de los Estados Unidos, que de no haber sido así, ya estuvieran blanqueando sus huesos en el camino de Ensenada. ¡Vaya una decencia del tal Cantú!

Al final de sus apuntes, Cantú recuerda a sus lectores que ahora vive exiliado en Estados Unidos y que de allí en adelante sólo se dedicará a sus negocios, dejando de lado la cosa pública, que no levantará un arma en contra de nadie. Desde luego, es una mentira más:

Ya en este suelo americano, en donde ahora resido, he podido darme cabal cuenta de cuál es la corriente de la

opinión pública, tanto en este país como en el nuestro, respecto de posibles soluciones armadas a nuestras controversias políticas, y me he llegado a convencer de que, atendiendo la situación general del mundo, de este poderoso país y a la particular de México, lo más apropiado, si queremos hacer labor eminentemente patriótica, es convertir la lucha armada en la lucha política, procurando, dentro de la paz, organizamos en un partido que llegue a imponer sus ideales por medio de la persuasión y del voto; y en todo caso, esperar, mientras la voluntad de la Nación se manifieste en forma inequívoca y dé margen a que se la pueda interpretar debidamente.

La continuación de la lucha armada, tan larga ya, expone a la Nación a temibles riesgos que a toda costa hay que evitar. Estos son de todo orden y linaje, desde el de invasión extranjera en son de intervención o de otra cosa, hasta la completa desmoralización de nuestro pueblo, que puede, o bien apartarse por completo de la política, dejando sus asuntos en manos pecadoras de políticos de oficio, o bien prestar oídos a teorías disolventes que le predicán que los Gobiernos existen tan sólo para extorsionar a los pueblos y para satisfacer las concupiscencias de bandas de desalmados que convierten a la Patria y sus riquezas en gigantesco botín. No habiendo proporción entre los peligros a que seguramente se expone a la Patria y los bienes que

pueden esperarse de la solución feliz de un nuevo conflicto armado, lo lógico, lo patriótico, es ver de encontrar nuevas soluciones por diferentes vías. Yo, personalmente, voy a alejarme por algún tiempo de la cosa pública; voy a dejar que tanto mi espíritu como mi cuerpo se reparen de la terrible presión a que los he sujetado durante años de ruda labor en clima ingrato y extenuante.

Apenas un año después de su caída y tragándose sus propias palabras, el coronel Esteban Cantú estará intentando invadir Baja California. Muchos le llamarán entonces filibustero y tendrán razón. En 1921, el coronel Esteban Cantú se volvió lo que tantas veces dijo que odiaba: un filibustero. Y a pesar de que en sus Apuntes históricos de Baja California había jurado que él siempre luchó por los intereses de la patria, en 1921 y durante los tres años siguientes, Cantú fue un agente del gobierno de Estados Unidos, un empleado a sueldo de las compañías petroleras norteamericanas. Y es que sólo el vecino del norte podía ofrecerle los apoyos que buscaba para levantarse en armas contra Álvaro Obregón, cuyo régimen no era reconocido por el gobierno estadounidense y al que las compañías petroleras extranjeras, especialmente las estadounidenses y británicas, odiaban por haberles cobrado impuestos por las ganancias que obtenían del oro negro en suelo nacional.

El coronel Cantú no era ajeno a los tejemanejes de la política exterior estadounidense. Contaba con amigos y socios en

las altas esferas militares y políticas de Washington. Así, dos fuentes de financiamiento para su campaña filibustera las encontró en las compañías petroleras estadounidenses (vía el empresario texano William F. Buckley) y en el propio gobierno americano (vía Albert B. Fall, el senador por Nuevo México y luego secretario del Interior del gobierno del presidente Warren G. Harding). Cantú y su cuñado, Fred Dato, visitaron Washington, D. C., donde Fall les dio el espaldarazo para su rebelión armada y les fue prometida cuantiosa asistencia financiera. El plan era sencillo: las fuerzas de Cantú invadirían la Baja California mientras otros grupos armados tomaban el puerto de Tampico, obligando al gobierno de Obregón a negociar a favor de las petroleras americanas. A este plan se unieron las asociaciones de empresarios estadounidenses en México y el Departamento de Justicia de Estados Unidos, cuyos agentes sirvieron de contrabandistas para ingresar armamento y municiones a Baja California en octubre de 1921.

El 12 de noviembre de 1921, a dos kilómetros de Tecate, los rebeldes cantuistas, bajo el mando de Lerdo González, el rancharo mata indios, rompieron el alambrado del cerco fronterizo e ingresaron a México. Dos días después, el 14 de ese mes, se dieron los primeros enfrentamientos en las afueras de Tijuana, provocando, según lo cuenta el historiador Max Calvillo en su libro *Gobiernos civiles del Distrito Norte de la Baja California 1920–1923* (1994), que “a pesar de que el enfrentamiento entre las tropas federales y

los rebeldes tuvo lugar fuera del poblado, las autoridades civiles y militares del Distrito ordenaron el cierre de las oficinas públicas y de la línea fronteriza en Tijuana. El grupo rebelde fue dispersado aproximadamente a 68 kilómetros al suroeste de Tijuana, y los desertores que lograron huir y cruzar la frontera llegaron a San Diego indignados con sus jefes y afirmaron que éstos los habían engañado”.

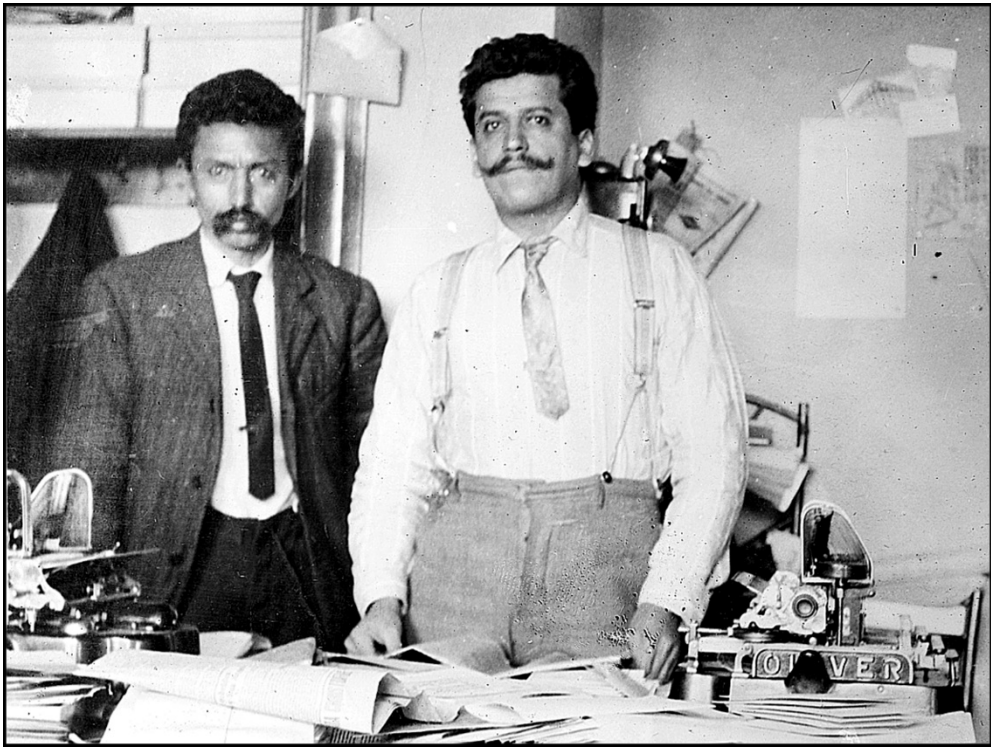
Si el general Abelardo L. Rodríguez controlaba la frontera y el ejército mexicano revolucionario podía contener las amenazas filibusteras de Cantú, tampoco puede minimizarse que la influencia política de Cantú y los viejos porfiristas seguía en pie. Calvillo asevera que la situación al interior del Distrito Norte de la Baja California “no era tan favorable al gobierno del centro. Muchos puestos públicos de importancia seguían bajo el control de los partidarios del antiguo régimen, quienes evitaban el buen funcionamiento del gobierno local”. Esto significaba que los elementos conservadores, porfiristas de corazón, mantenían el control en muchos aspectos de la vida bajacaliforniana, aspectos que iban desde la educación (donde se enseñaba que la revolución floresmagonista era una invasión extranjera y que Cantú era el salvador de la patria) hasta el comercio (en especial el comercio del vicio, que tan buenos dividendos le diera al coronel, sus amigos y familiares), desde los políticos (regidores y presidentes municipales que eran porfiristas embozados que aguardaban el fracaso de la Revolución Mexicana para volver por sus fueros) hasta los representantes de la comunidad

china (que con el coronel Esteban Cantú habían podido prosperar con el contrabando de opio y el contrabando humano). Pero al final resultó que el general Abelardo L. Rodríguez fue mejor estrategia que el coronel Esteban Cantú, quien por más intentos que hizo por ingresar, bajo la protección oficial y extraoficial del gobierno estadounidense, a territorio bajacaliforniano, nunca tuvo éxito.

Hoy en día, muchos cronistas e historiadores ven al coronel Cantú como un buen gobernante (y lo fue en obra pública y en su capacidad de ver que el futuro de Baja California no estaba en Ensenada sino en las poblaciones fronterizas de Mexicali y Tijuana). Se tiende a olvidar que su régimen, como el de sus antecesores militares en el cargo (Vega, Gordillo, Vázquez), fue profundamente corrupto y estrechamente ligado a los intereses estadounidenses (por más que en sus apuntes históricos se presentara como un defensor de la integridad nacional, lo que fue sólo en el papel). Casi nunca se menciona la etapa huertista (1913–1914) de su carrera militar, que lo llevó a recibir condecoraciones del usurpador y el grado de coronel, y lo mismo sucede con su etapa filibustera, entre 1920 y 1924, cuando Esteban Cantú fue un servil aliado de las compañías petroleras extranjeras y del gobierno estadounidense, dos delitos imperdonables que él mismo adjudicara, falsamente, a los revolucionarios floresmagonistas, pero que en su propio caso fueron totalmente ciertos. Su intento filibustero llevó a que el general Abelardo L. Rodríguez, jefe de operaciones militares

de la entidad, llamara a Esteban Cantú y sus tropas una “chusma de antipatriotas” y un grupo de “malos mexicanos”.

Esa fue la última campaña militar del coronel Esteban Cantú, el porfirista, el huertista, el filibustero.



Librado Rivera y Ricardo Flores Magón

V. LA REVOLUCIÓN TARDÍA: 1911–1937

Entre 1902 y 1937, el valle de Mexicali tuvo un solo dueño: la compañía colonizadora de capital estadounidense denominada la Colorado River Land Company. Creada bajo el amparo del régimen porfirista, que le dio un usufructo ilimitado, esta empresa pronto fue llamada “la finca algodонера más grande del mundo”, ya que el algodón fue el producto que puso en el mercado mundial. Las políticas de esta compañía impactaron en la conformación de la sociedad bajacaliforniana, pues en cuanto la Colorado se vio dueña del valle, sus agentes dieron comienzo al desalojo de varios cientos de mexicanos que estaban allí asentados, incluidos indios cucapá, que fueron hechos a un lado en aras del progreso. Como lo indica el libro colectivo *Porque de papeles ya estábamos hartos* (1990):

Al extenderse el cultivo de algodón, se introdujo una

agricultura altamente modernizada para su época: el desmonte y nivelación de los terrenos trajeron al Valle la introducción de maquinaria pesada; para el sistema de riego se construyeron diques, bordos, canales y drenes que llegaron a alcanzar una extensión de 3.670 millas; el algodón del Valle de Mexicali alcanzó fama mundial.

Las utilidades. Al fin de la Primera Guerra Mundial, la producción algodонера anual (1919) ascendió a 18 millones de dólares vendidos por la Colorado al mercado internacional. Sin embargo, debido a la falta de rotación de los cultivos, las fértiles tierras del Valle entran en un grave proceso de erosión. La Colorado, para trabajar su enorme latifundio, arrendaba o subarrendaba sus predios. Inicialmente otorgó contratos de arrendamiento para la explotación del cáñamo silvestre que abundaba en el delta del río, posteriormente para cultivo agrícola.

En previsión de futuros reclamos por la tierra, los ciudadanos mexicanos no fueron para la compañía considerados como arrendatarios óptimos, de tal suerte que los principales usuarios de este peculiar sistema de organización del trabajo fueron ciudadanos chinos, japoneses e hindúes. Los cinco mil jornaleros mexicanos que en esta zona habitaban, vendían su mano de obra a los arrendatarios. Esta situación generó una intensa inmigración de jornaleros extranjeros que llegaron a duplicar la población mexicana. Así tenemos que en pleno auge algodonero, el 80% de la cosecha era levantada por 8.000 jornaleros asiáticos, de los

cuales 7.000 eran chinos, 500 japoneses y 200 hindúes aproximadamente.

Pese al enorme desarrollo económico del Valle, la ciudad de Mexicali crecía en otra dirección: se había desarrollado una gran industria paralela de cantinas, prostíbulos y casas de juego donde una clientela estadounidense convertía el pueblo en su centro de diversión. De esta manera, el juego, el vicio, la prostitución y el tráfico humano de orientales se convirtieron en la principal industria y fuente de ingresos de lo que ahora es la digna ciudad de Mexicali.

Era tanto el poder que concentraba la Colorado River Land Company (y de sus dueños: el general Harrison Cray Otis y su querido yerno, Harry Chandler) que en 1911, por ejemplo, cuando ocurrió la Revolución anarcosindicalista propiciada por los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, cuyas fuerzas revolucionarias tomaron Mexicali en enero de ese año, las partidas militares del régimen porfirista, en vez de proteger a los ciudadanos mexicanos que habían quedado atrapados entre dos fuegos, se dedicaron a cuidar las extensiones de terrenos y los implementos agrícolas de la Colorado.

Y cuando el gobierno del entonces Distrito Norte de la Baja California pasó a manos de huertistas (Francisco N. Vázquez), de caudillos locales independientes (Esteban Cantú) o de revolucionarios sonorenses (Abelardo L. Rodríguez), la situación siguió siendo la misma, ya que esta compañía era,

por mucho, el verdadero poder tras la fachada de los gobiernos militares o civiles en las primeras cuatro décadas del siglo XX.

Con el fracaso de la revolución anarcosindicalista y la dispersión de los revolucionarios, la casta militar porfirista y sus asociados podían respirar tranquilos de nuevo. Todos los verdugos voluntarios de la dictadura podían regresar a sus negocios y la corrupción tuvo vía libre bajo la protección castrense. Este ambiente de corrupción generalizada fue tan visible que un ciudadano ensenadense como Juan B. Uribe, que carecía de simpatías por los revolucionarios floresmagonistas, pero que creía que con el gobierno de Francisco I. Madero todo iba a cambiar para bien, se topó con la dura realidad de que todo había cambiado para quedar igual. Fundador, como un decidido ciudadano demócrata, del partido llamado Club Democrático Ensenadense, Juan B. Uribe, el periodista y abogado ensenadense, el defensor de la causa democrática en Baja California, el reformador maderista, fue a la capital del país e intentó entrevistarse con Francisco I. Madero sin conseguirlo. Frustrado, fatigado, pero aún con fe ciega en que México mejoraría, Uribe escribió, en el semanario *El demócrata del Norte* del 12 de noviembre de 1911 sus principales quejas contra la avasallante corrupción oficial:

Nosotros queremos que las autoridades tengan cuando menos el término medio de dignidad y delicadeza sociales; en un restaurant paguen el servicio recibido,

que si se hospeda pague al hotelero; que si gusta de distracciones en automóvil, él o sus cariñosas y serviciales amistades íntimas, que compre o rente su automóvil. Queremos que el gobierno, teniendo en cuenta la categoría de sus autoridades, les pase mensualmente la pecunia suficiente para llenar sus necesidades. Pero en ningún caso o motivo puede autoridad o empleado alguno del gobierno aceptar agasajos, obsequios, servicios, retribuciones de nadie; y menos aún de extranjeros; porque el desprecio justicadísimo de esos últimos por tales hechos, no sólo alcanza a semejantes tipos dañados, sino que trasciende su perjuicio al crédito de la nación toda.

Por otro lado, para muchos de los combatientes que lucharon por la revolución floresmagonista de 1911, no es el fin de su participación en la lucha armada, pues, ya perdida la revolución en el Distrito Norte de la Baja California, numerosos anarcosindicalistas se fueron a otras partes de México a sumarse a las fuerzas revolucionarias.

Luego, a la caída de Francisco I. Madero, se alzaron en armas contra el régimen espurio de Victoriano Huerta y emprendieron, como miles de mexicanos, la lucha por un México democrático en cualquier lugar que hiciera falta.

Como lo cuenta Julio Dunn Legaspy (*Minerva*, noviembre–diciembre de 1960), un militar huertista en 1913, el fusilamiento de Margarita Ortega, revolucionaria

floresmagonista que dio la vida por sus ideas, fue una constante represiva de este periodo en Baja California:

Desde la tirantez política que existía entre México y los Estados Unidos de Norte América en 1913, que por cierto todo mundo esperaba se declarara la guerra, opté por dejar mi trabajo que tenía en Los Angeles, California, viniéndome para Ensenada, lugar de mi nacimiento, en donde me presenté al Jefe Político y Comandante Militar del entonces Distrito Norte, que lo era el General de Brigada don Francisco Vázquez, ofreciéndole mis servicios en la forma que él lo determinara. Después de agradecer mi actitud en nombre de la Patria, dispuso que causara alta como Cadete con fecha 27 de junio de 1913, en el 25/o. Regimiento de Infantería. Una semana después recibí órdenes para que marchara a incorporarme a la Guarnición de Mexicali. Al arribar a dicha plaza, me di cuenta con positiva satisfacción, que se le tributaba justo homenaje y se le ascendía al grado inmediato al C. Mayor de Caballería don Esteban Cantú Jiménez, con motivo del triunfo que obtuviera al infligirle completa derrota al cabecilla Rodolfo Gallegos, en el lugar llamado “Las Islitas” del Valle de Mexicali. Por los oficiales que participaron en el combate tuve conocimiento de que las fuerzas del Mayor Cantú y un Piquete de Caballería que lo integraban quince voluntarios. Los del cabecilla Gallegos, eran aproximadamente ciento sesenta hombres. El combate

fue rápido y reñido, cosa natural por la planicie del terreno en que maniobraban. Como entre ambas fuerzas se registraban muchos muertos y heridos, entonces el Mayor Cantú, con el objeto de evitar más efusión de sangre, ordenó al oficial que mandaba el Piquete de Caballería, que atacara al enemigo por la retaguardia, cuya sorpresa originó la confusión entre las filas contrarias, logrando su dispersión y persiguiéndolas hasta ya bien entrada la noche, habiéndoles capturado regular número de combatientes, bastante armamento y municiones. Mexicali, pues, estaba de fiesta con tal motivo, cuya población apenas llegaba a ciento cincuenta habitantes, con exclusión del elemento militar que se componía de doscientos cincuenta hombres. Sus tierras de labranza no pasaban de cinco mil hectáreas. Las trabajaban chinos.

El cabecilla Gallegos, antes de sufrir la derrota, capturó a los revolucionarios Natividad Cortez y Margarita Ortega, ambos oriundos de Tecate. Cortez fue fusilado en el acto y Margarita Ortega llevada prisionera hasta las goteras de Mexicali, donde Gallegos mandó dejarla dando lugar a ser vista por los Huertistas, dejando de esa manera a éstos en condiciones de asesinarla. Margarita Ortega fue arrestada y puesta en un calabozo con centinela de vista. No tuvo miedo en confesar que pertenecía al Partido Liberal Mexicano, y que, por lo mismo, luchaba para que fueran una realidad los

principios de la Revolución Mexicana; pero no delató a ninguno de sus compañeros que estaban de acuerdo con ella para lanzar el grito de Tierra y Libertad en el norte del Estado de Sonora y Baja California.

Un solo dato para concluir: Rodolfo Gallego va en retirada, con el ejército huertista, al mando de Cantú, persiguiéndolo. Entonces hay que reconocer que, aunque Dunn intenta soslayar la responsabilidad del fusilamiento de Margarita Ortega culpando a Gallego, quienes torturan y aniquilan la vida de esta revolucionaria floresmagonista, entre el 20 de noviembre de 1913, cuando la capturan, y el 24 de noviembre de 1913, en que la fusilan en la Laguna Salada, no fueron otros que las autoridades huertistas, que entonces incluían a militares como Francisco N. Vázquez, Juan Logero, Agustín Maclas y Esteban Cantú. Pero no todas las tropas eran huertistas, pues, como el propio Dunn Legaspi asegurara, muchos militares compartían convicciones revolucionarias que llegaron a costarles la vida.

Corría el año de 1914, el mes de diciembre, hacia un frío de todos los diablos, y el que esto escribe de servicio como comandante de la Guardia de Prevención del Cuartel del 25° Regimiento de Infantería en la plaza de Mexicali, cuando serían como las dos de la madrugada, hace acto de presencia el coronel Juan Logero, jefe del Sector Militar, quien a su vez me hace entrega en calidad

de detenidos e incomunicados al capitán Marcelino Rueda Fraire, al sargento Trinidad García y a los paisanos Rómulo González y José María Espinoza, todos ellos como traidores al supremo gobierno del general Victoriano Huerta. La inteligencia del coronel Logero era sumamente reducida; en cambio, tenía un carácter alarmantemente fosfórico e impulsivo. Por aquel tiempo se conspiraba mucho entre Baja California y Sonora. En Mexicali estaba el centro de las maquinaciones. La mira de los descontentos era secundar el movimiento revolucionario hasta lograr derrocar al usurpador Huerta. La clave de la conspiración fue encontrada en la casa del capitán Rueda Fraire. Levantada la alfombra de la sala, aparecieron papeles comprometedores que allí se habían ocultado, y el coronel Logero se puso en acción. En medio de aquella deshecha tormenta, llegó el día crítico. Veamos ahora cómo se desarrolló la tragedia. Para describirla, voy a recordar la información que me diera el sargento primero Federico Alcázar:

Cerca de las cuatro de la mañana llega el coronel Juan Logero al cuartel del 25° Regimiento, acompañado de un grupo de policías municipales, entre quienes se hallaba el informante capitán Alcázar. Se instaló Logero en Sala de Banderas, hizo que trajeran a su presencia al capitán Rueda Fraire y le preguntó:

—¿Es usted el capitán Marcelino Fraire?

–Sí, contestó con entereza el militar chihuahuense.

–Pues de orden superior voy a fusilarlo.

–Se cometerá un asesinato, pues no hay razón para ello
–objetó Rueda Fraire–. Mi conciencia no me acusa de
ningún delito.

–¡Cállese usted! –Vociferó Logero–. ¡A ver! Fusilen a
ese hombre.

–Señor, ¿podré escribir algunas cartas antes de morir?
Tengo intereses ajenos a mi cuidado y necesito
arreglarlos; pido sólo diez minutos.

–¡Fusílenlo inmediatamente! –rugió el coronel Logero.

–¡Pobre esposa! ¡Pobres hijos! –murmuró el capitán
Fraire con cierta emoción, de la que inmediatamente se
repuso.

Se dejó atar los brazos y salió con la frente alta para el
lugar de la ejecución, bajo los arcos del patio. Se oyó una
descarga, después el tiro de gracia, que le disparó el
sargento Octavio Pérez García.

La brutal represión contra cualquiera que pusiera en duda
la autoridad de Victoriano Huerta, un militar que buscaba ser
el sucesor de don Porfirio Díaz, nos ayuda a comprender
mejor que la Revolución anarcosindicalista quería liberar a

Baja California primero y después a todo México de un gobierno dictatorial al que no le importaba mancharse de sangre con tal de seguir en el poder.

Serían otros revolucionarios, desde Venustiano Carranza hasta Álvaro Obregón, desde Francisco Villa hasta Emiliano Zapata, quienes lo conseguirían. Pero por 10 años más (de 1911 a 1920), el régimen porfirista se mantuvo en el poder en Baja California, gracias al caudillaje de Esteban Cantú, un gobernante cuyo apego a las dictaduras de Díaz y de Huerta en un primer momento lo llevó a auspiciar, a partir de su salida del poder y de su exilio en Estados Unidos, el mito del filibusterismo para ocultar su participación en el lado de la dictadura. Sin embargo, el espíritu revolucionario seguía vivo, aunque era una fuerza subterránea en una entidad gobernada por las compañías extranjeras y los porfiristas que añoraban los viejos tiempos del dictador. En ese ambiente hostil a la justicia social, al igualitarismo liberal, nuevos revolucionarios toman la estafeta.

Entre los que seguirán los pasos de Margarita Ortega hay que mencionar a la activista revolucionaria Felipa Velázquez Ozuna. Nacida en Sinaloa el primero de mayo de 1882, doña Felipa era de origen campesino. Sus padres fueron Modesto Velázquez y Manuela Ozuna López. En 1905 se casó con Canuto Arellano Tirado, con quien tuvo ocho hijos: Trinidad, Manuela, Ana María, Francisca, Felipe, Miguel, Soledad y Narciso. Como lo indica Francisco Dueñas, “el medio ambiente y los primeros años de su vida los pasó en la zona rural de

sus antepasados que confirmaron en su conciencia una fuerte vocación para la lucha social y agraria. No obstante su elemental preparación, fundó una escuela rural en Bamoá, Sinaloa, y desempeñó el cargo de Juez del Registro Civil con gran acierto y plena responsabilidad”. Además, en 1924, a la muerte de su esposo, emigra hacia el valle de Mexicali con sus ocho hijos, donde se hace cargo del sustento familiar. Un rasgo más de su carácter se hace presente en estos años: su interés por la poesía y el teatro. Doña Felipa escribe poemas que son un antecedente de los himnos feministas que aparecerán cincuenta años más tarde. En su poema “A ti, mujer”, se celebra a la mujer liberada de sus cadenas frente a la “mujer resignada” que sufre la opresión de la sociedad. Y pregunta, en tono demandante: “¿Por qué no te rebelas? Díme, / si es que el hombre te humilla inconsciente / ¿Por qué enturbia tus ojos el llanto?”. Y luego exige a las mujeres bajacalifornianas que tomen el destino en sus manos:

Ven, que aquí te llaman tus hermanos, ven a unirte con tus compañeras; ve el ejemplo de aquellas, que ufanas, han luchado por ser libertarias y han querido morir, las primeras como nacidas de parias.

Piensa, pues, que al ponerte en acción a romper tu cadena opresora dejarás esa horrible opresión en que vives mujer, hasta ahora.

Lucha, pues, por tu emancipación, ser valiente, mujer, no te asombre, pues tus derechos como mujer eres libre

también como el hombre y defiende también tu deber; trae a tu hijo, a tu esposo, a tu hermana y estrecharnos en fraterno abrazo y unidos en dulce armonía formaremos un eterno lazo donde asidos todos de la mano caminemos hacia la anarquía.

Doña Felipa residía en Estación Sesbania, en lo que después sería el ejido Cuernavaca. Era entonces una profesora de primaria a quien le habían quitado la plaza de maestra en Mazatlán por andar organizando grupos campesinos radicales. En Mexicali, Felipa era una anomalía: en un medio dominado por los hombres, incluso los partidos de izquierda, era la única mujer que asistía a juntas políticas y se le escuchaba con atención por su amplia experiencia agrarista en su natal Sinaloa. En 1929, la crisis bursátil mundial también golpeó a la industria algodonera del valle de Mexicali. La crisis económica cimbró el mercado del algodón y dejó a cientos de campesinos mexicanos que le arrendaban tierras a la Colorado River Land Company al borde de la quiebra, mientras el precio del oro blanco caía en picada. Como lo recuerda Macrina Lerma, “en esa época no valía el algodón, era mucha la necesidad y no había qué comer”. Al mismo tiempo, se formó una organización campesina, Rojo y Negro, que estaba dirigida por el general Francisco J. Múgica. Macrina precisa que:

Todas las noches teníamos juntas, éramos como entre 300 y 400 renteros; a principios de marzo doña Felipa dijo que tenía pensado hacer una cosa: “El primero de mayo

haremos una fiesta y organizaremos para ese día una parodia llamada *El Burgués y el Esclavo*". Juntaron muchachos y muchachas para que participaran en la parodia; ella hacía el papel de la burguesa y los campesinos y obreros éramos esclavos. La obra era como sigue: Los hijos de los burgueses embarazaban a las hijas de los campesinos que con su sombrero en la mano y la cabeza agachada iban a la casa de la burguesa a querer protestar y ésta los corría.

Antes de presentar la obra, la profesora nos previno de lo que podía ocurrir. Muchos hombres se rajaron ese día, y después del evento se fueron a su casa que estaba frente del cementerio, eran como las cuatro de la mañana cuando llegó un chamaco llamado Juan López de 12 años, venía a caballo a avisarles que se habían llevado a la cárcel a los muchachos. Inmediatamente salieron a los poblados y cuando llegaron les dijeron que los soldados se habían llevado a la gente. Me vine aquí al pueblo después de que algunos compañeros me habían aleccionado sobre cómo responder a la conducta de los soldados con quien me iba a enfrentar. Me dijeron que sólo le preguntara a un soldado viejo y así lo hice, cuando llegué a este lugar (la cárcel pública) y pregunté por los detenidos la respuesta fue ésta: "Le tiraron al gobierno, por eso están incomunicados". El Alcaide de la cárcel me regañó y me corrió de allí. Del 2 al 20 de mayo los tuvieron detenidos en ese lugar. A las 12 de la noche del día 20 doña Felipa, Marcelino, que era hermano de ella, sus hijos Sebastián de 20,

Francisca de 18, Narciso de 11, y Soledad de 8, acompañados de don David Rubio, de don Ignacio Sánchez, don Benjamín Magaña, Juan Pérez, Benigno Lama, Florentino Domínguez, Francisco López, Macario Sánde, Leonardo Prado y dos más amarrados codo con codo, fueron sacados y conducidos en troques al puerto de San Felipe rumbo a las Islas Marías.

Soledad Arellano, hija de doña Felipa, recuerda que “cuando a mi madre la subieron al barco en San Felipe, todos sus hijos, aun los más pequeños, se prendieron a sus faldas, llorando porque iban a quedarse en el desamparo”. Doña Felipa increpó a los soldados y les dijo: “Si no me llevo a mis hijos, me tiro al agua junto con ellos”. Los militares, ante semejante disyuntiva, cedieron y doña Felipa se embarcó rumbo a la infame prisión de las Islas Marías con sus ocho hijos. En esta prisión estuvieron los líderes de la toma de tierras del valle de Mexicali siete meses presos, la mayor parte de los cuales, Felipa los pasó enferma. Allí escribió, el 12 de julio de 1930 su poema más famoso, “En el penal”, el cual dice:

¡Es horrible! ¡Criminal!

Ante el sentimiento humano, el tratamiento malsano que reciben tantos seres en aquel negro penal para hombres y mujeres.

En las noches tenebrosas, cuando todo duerme en calma, se agita mi pobre alma recordando tantas cosas

que acontecen allá afuera; aquel conjunto de males y sufrimientos fatales que remediarlos quisiera.

El 30 de abril de 1930, el periódico *El Regional* anunciaba un hecho que ya no podía ser soslayado más: “La Revolución no ha llegado al Distrito Norte”, pues era visible que “ahí están las masas de trabajadores en la misma miseria moral y material de antaño, ahí está el peón sintiendo la neroniana gravitación de los empresarios como la Colorado River Land Company, Agua Caliente y otros”. Y es que esta compañía, la de la Colorado River Land, creada por magnates de Los Angeles, fue organizada el 18 de noviembre de 1902 bajo las leyes mexicanas del Porfiriato para colonizar el valle de Mexicali y hacerlo una zona de cultivo algodonero de nivel mundial. Según la cronista Isabel Verdugo (*Siñer*, abril-julio de 1996):

Con la irrupción de esta empresa se inició el desarrollo del capitalismo en la región; sus objetivos fueron adquirir por compra, permuta o cualesquier otro medio, terrenos para la agricultura, aguas y sus derechos, haciendas, minas, minerales y todo aquello que fuera necesario para el desarrollo de la empresa. Tuvo asimismo derechos sobre vías de comunicación (marinas o terrestres), caminos, puentes, acueductos, muelles, etc., contruidos o por construir. Estructurada internamente esta compañía, puso en práctica pronto el mecanismo que la haría poderosa: sus contratos de arrendamiento. Estos los otorgó a diversas compañías o bien, a particulares importantes, quienes a su vez, las

subarrendaban a peones agrícolas, principalmente extranjeros. La citada empresa no solo arrendó tierras, sino que vendió, donó, permutó y cedió terrenos a particulares, empresas, gobierno federal y gobierno local, además de haber sufrido una expropiación de tierras cucapás, disminuyendo de esta manera la cantidad original de terrenos con que inició sus operaciones. El cultivo del algodón, base de la importancia de la empresa, provocó el aumento de sus acciones mercantiles, y en lugar de dedicarse solamente a sembrar, cosechar y exportar algodón, organizó compañías despepitadoras. Sobresalen la Globe Mili Oil Co., y la Lower Colorado River Co., junto a éstas coexistieron en la década de los veinte la Compañía Despepitadora “La Nacional” y la Mexican Chinese Ginning Co. y otras más. Para entonces el Ferrocarril Inter-California servía de enlace para la transportación del algodón a los centros industriales de los Estados Unidos. Al ocurrir la repatriación de mexicanos procedentes de Estados Unidos al concluir la I Guerra Mundial, éstos se asentaron en las poblaciones fronterizas. Como la mayoría eran desempleados de los valles agrícolas de Arizona y California, pronto encontraron trabajo en los campos explotados por los chinos y la Colorado River Land Company; para estos recién llegados empezó una etapa de lucha por la posesión de las tierras que la citada empresa detentaba.

En 1918, la población de Mexicali cuenta con 10 000 habitantes que, según Maurilio Magallón, “vinieron a esta

región en busca de descanso o de un refugio que consideraron seguro para laborar” en beneficio de sus familias. Pero en vez de recibir su pedazo de tierra por sus esfuerzos, como marcaba la Constitución de 1917, estos campesinos mexicanos se toparon con:

Una verdadera avalancha de hombres sin conciencia, de soldados de fortuna o como quiera llamarse a esta mafia de vampiros, constituyen algunas de las compañías extranjeras posesionarias de casi toda la extensión Norte de la Baja California. Ha llegado el momento de hablar con toda claridad y decirlo a grito abierto, sin temores de ninguna naturaleza y así procuraré hacerlo, al menos en esta pequeña narración, que nos recuerde para lo futuro la verdadera situación en que nos encontramos colocados los residentes del territorio del Distrito Norte de la Baja California. No existe una sola fracción de terreno en el Distrito Norte de esta Península, que no la reclamen los extranjeros; de manera que los mexicanos no podemos señalar con confianza y seguridad un solo palmo de terreno que pertenezca a la Nación (a quien de hecho le pertenece). Con rumbo al Sur, o sea en dirección de “Cerro Prieto”, se extienden las inmensas propiedades de la llamada Compañía Inglesa y de la conocida aquí con el nombre de “C. M. Ranch” o “La Colorado River Land Company”. Al Este, las propiedades de la agrupación denominada “Compañía de Terrenos y Aguas de la Baja California” y la citada “C. M. Ranch”, y, al Oeste, la propia

Compañía Inglesa. Las cabezas principales se conocen bajo las denominaciones antes citadas; pero en honor de la verdad, hay que hacer constar que grandes extensiones de terrenos que dichas Compañías reclaman, están regenteadas actualmente, parte por las susodichas Compañías y parte por el grupo de aventureros sin delicadeza y sin pudor, para quienes brilló de frente la estrella de la fortuna durante la época del Gobierno del Coronel Cantú y formularon contratos de arrendamiento y acumularon riquezas en los Bancos Americanos. Dice un viejo refrán que “a río revuelto ganancia de pescadores”, lo que en el presente caso no podría tener mejor aplicación, sino cambiándolo por el despectivo de “ganancia de coyotes”. Cualesquiera de los habitantes de Mexicali, ya nacionales o bien chinos, que tuvieron la mala suerte de caer en manos de estos explotadores, hasta la fecha y no obstante el tiempo que ha transcurrido de la transmisión del poder del Coronel Cantú, siguen cumpliendo con las últimas fechas de los contratos leoninos en que cayeron, y que firmaron con todas las apariencias de la legalidad, a ciencia y paciencia o, mejor dicho, con pleno conocimiento del Gobierno del Coronel Cantú, quien prefirió el disimulo a malquistarse con sus amigos o partidarios.

La Colorado es la gran compañía villana de la Baja California de la primera mitad del siglo XX: como dueña absoluta del valle de Mexicali impuso su control sobre

diversos aspectos de la vida política, económica y social de la entidad. En 1911, presionó para que el gobierno mexicano acabara con la revolución floresmagonista y en los años siguientes influenció a los gobernantes en turno para que desecharan toda queja en contra suya, aunque los quejosos –campesinos y periodistas mexicanos– tuvieran las leyes mexicanas a su favor. Pero aquí, en el valle de Mexicali, las leyes de nuestro país se topaban contra un monopolio inamovible. Sin embargo, los campesinos bajacalifornianos no se arredraban. Según señala la cronista Yolanda Sánchez Ogás en su folleto *Movimiento agrario en el valle de Mexicali* (1987), hubo varias tentativas para colonizar las tierras con elementos nacionales: en 1922, el coronel villista Marcelo Magaña compró y repartió tierras en el Rancho Corona. En 1930, Felipa Vázquez intentó organizar a los campesinos para tomar las tierras, pero la Colorado presionó al gobernador para apresar a doña Felipa y a otros luchadores y enviarlos a las Islas Marías. Aunque doña Felipa quedó libre a principios de 1931, no se le permitió volver a Baja California. Ella permaneció en Mazatlán hasta que en 1940 regresó al valle de Mexicali, cuando ya la Colorado no controlaba esta región de México. Y es que, para conservar su dominio, la Colorado se sirvió de todos los recursos disponibles para mantener bajo su control a las autoridades mexicanas, a los grupos de campesinos nacionales que pedían tierras y a las empresas competidoras. La leyenda asegura que la Colorado, además de tener a su disposición una guardia blanca que servía de fuerza de choque ante cualquier

manifestación de inconformidad y que era protegida por los gobernantes locales con el simple hecho de hacer la vista gorda ante sus continuos desmanes contra los campesinos mexicanos, contaba con su propio servicio secreto y con un grupo de espías a sus órdenes. Lo que pocos saben es que no los pagaba sólo la empresa sino el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, a través de su oficina en Los Angeles, California. La agencia encargada de proteger los intereses de la Colorado River Land Company no contrataba a detectives privados sino que servía de fachada para que varios agentes del United States Secret Service aparecieran por Mexicali bajo la identidad de agrónomos, ingenieros de riego o administradores que venían a hacer censos económicos, pero cuyas actividades principales eran realizar análisis de la situación política y social de México en general y de Baja California en particular.

Estos espías tenían dos misiones principales: velar para que no se infiltraran agitadores (este término abarcaba desde maestros normalistas hasta agraristas que luchaban por hacer del valle de Mexicali territorio mexicano de nuevo) a esta zona fronteriza y atrapar a los delincuentes y subversivos (aquí entraba cualquier estadounidense que no concordaba con el estilo de vida americano) que habían cruzado la frontera y vivían ahora de este lado de la línea internacional, tratando de escapar de la justicia. En estos casos, los espías de la Colorado podían capturarlos en Mexicali y conducirlos a la fuerza a Calexico sin avisar a las

autoridades mexicanas que, aunque sabían de estos operativos, hacían la vista gorda. El poder de la Colorado y sus recursos financieros hicieron, por décadas, intocable a esta compañía, hasta que el presidente Lázaro Cárdenas ordenó la expropiación inmediata de sus tierras y dio comienzo, en 1937, a la reforma agraria en todo el valle de Mexicali. De ese golpe sorpresivo, el servicio secreto de la Colorado nunca pudo reponerse. Para que eso sucediera, fue necesario que apareciera una nueva hornada de luchadores. Como Sánchez Ogás lo expone: eran un grupo de campesinos mexicanos de Michoacán que llegaron a Mexicali en 1935, comandados por Hipólito Rentería, quienes compraron tierras de la Colonia Pacífico y organizaron comités agrarios en Álamo Mocho, Lázaro Cárdenas, Miguel Hidalgo y Guadalupe Victoria. En 1936, crearon la Federación de Comunidades Agrarias de Baja California con Hipólito Rentería como Secretario General:

Las reuniones se llevaban a cabo en la escuela de la Colonia Pacífico, a la cual los mismos campesinos le pusieron el nombre de Emiliano Zapata como símbolo nacional del agrarismo; ahí se reunían para buscar la forma de solucionar su problema de carencia de tierras. En enero de 1937, estuvieron 3 días reunidos y al final, decidieron que cada grupo saldría de allí el 27 de enero en la mañana para dirigirse a los ranchos donde trabajaban para apoderarse de las tierras. Filiberto Crespo (ahora anciano de 81 años que aún trabaja la

tierra en Sinaloa) llegó a Mexicali a comprar un rollo de tela roja para elaborar banderas y con ellas señalar el área de cada rancho que desde ese momento considerarían como propia. Así lo hicieron; el 27 de enero salieron a tomar las tierras colocando las banderas en los ranchos de los extranjeros.

Los relatos de los participantes nos llevan a aquel momento decisivo para el desarrollo del valle de Mexicali. Don Pedro Pérez recuerda: “Salimos del Pacífico muy temprano, íbamos en unas carretas y llegamos a los ranchos 2, 3 y 15 de la chinesca, ahí, Don Leonardo Guillen nos ordenó que pusiéramos unas banderitas rojas alrededor. Después pusimos el campamento, esto era hacer hoyos en la tierra para no tener tanto frío, porque éramos todos tan pobres que pus cuáles cobijas, apenas traíamos unas chamarritas todas raídas. También hicimos lumbraditas para el café, calentamos frijolitos y hasta tortillas hicimos”. Pero tal y como los agraristas esperaban, la reacción de la Colorado y de los soldados no se hizo esperar; pronto los militares recorrían los campos donde estaban los campesinos, deteniendo a los que encontraban en los campamentos y los llevaban al sótano de palacio de gobierno (ahora rectoría).

Había dos fuerzas políticas en pugna: el gobernador, general Rafael Navarro Cortina, que buscaba mediar entre la Colorado River Land Company y los agraristas revoltosos, y el gobierno federal del general Lázaro Cárdenas, que veía en tal movimiento una oportunidad de oro para comenzar en

serio la expropiación de tierras a la Colorado River Land Company. El problema es que Cárdenas estaba a 2500 kilómetros de distancia y los soldados de Navarro Cortina estaban muy cerca:

Los dirigentes de la Federación de Comunidades Agrarias, Hipólito Rentería y Filiberto Crespo, se habían ocultado, pues fueron los primeros buscados por los soldados. Estos habían logrado enviar un telegrama a México para notificar al presidente Cárdenas de los sucesos en el Valle de Mexicali. La represión contra los campesinos continuaba y el día 27 de enero llegaron los soldados al campamento de la comunidad agraria Michoacán de Ocampo. Don Emigdio Mora recuerda: “Esa noche estábamos ahí en el campamento, esperando que llegaran los esbirros de la Colorado, como les llamaba Hipólito. Y muy noche vimos unas luces a lo lejos y pensamos: ¡ahí vienen!, y luego llegaron. Estaba muy oscuro y nomás oímos que no teníamos derecho a estar ahí porque eran tierras extranjeras. Entonces un viejito se acercó y les dijo: “Me perdona, mi Coronel, pero voy a decir unas palabras: Me admira y me entristece que siendo usted un guardián de la patria diga que estas tierras son extranjeras; estas tierras son mexicanas y vamos a tomarlas dentro de la ley”. Entonces el Coronel nos dijo que aunque fuera nos moviéramos al camino porque eran las únicas tierras nacionales y nosotros cambiamos el campamento como a unos 200 metros a la

orilla del rancho. Dos días después regresaron los soldados con órdenes de detener a Hipólito Rentería; como no lo encontraron, intentaron llevarse al dirigente de la comunidad, Leonardo Guillén, pero los campesinos unidos dijeron que si se llevaban a uno debían llevarse a todos. Entonces el Capitán ordenó a los campesinos que se subieran a los camiones para llevarlos a Palacio; poco antes el Capitán ordenó que quitaran la bandera agraria de la comunidad y la bandera nacional que estaban atadas en lo alto de un árbol. Entonces un viejito que la estaba cuidando le dijo: “Mi Capitán, estas banderas yo las estoy cuidando y no las voy a quitar; si quiere quítelas usted, pero antes me mata que quitarlas”. Entonces el Capitán dijo:

–Bueno, déjenlas ahí.

Y se quedó el viejito cuidando las banderas mientras todos nos íbamos en los troques. Cuando llegamos a Palacio, nos bajaron a los sótanos, ahí había ya de otras comunidades, pero nadie estaba triste, cantábamos corridos de la revolución, de Zapata, de Villa, el corrido agrarista. Por fin, como a las 8 de la noche llegó un telegrama del presidente Cárdenas ordenándole al gobernador Navarro Cortina que nos dejara libres, luego nos echaron fuera y como pudimos nos regresamos a las tierras que habíamos marcado.

Los agraristas no negaban haber “levantado con

entusiasmo la bandera del agrarismo en Baja California”, pero tampoco querían caer acribillados por defender su derecho a que la tierra es de quien la trabaja. La opinión pública estaba en su contra, azuzada por los intereses de la Colorado River Land Company, por lo que la prensa local no los bajaba de agitadores y de desarrapados despreciables. Pero todo eso va a cambiar en cuanto la maquinaria del gobierno federal muestre de qué lado está. Sánchez Ogás asevera que: “El presidente Lázaro Cárdenas pidió que se formara una comisión para que fuera a México a informarle de la situación de los campesinos del Valle de Mexicali. La comisión la formaron Filiberto Crespo y Leonardo Guillén. El Sr. Crespo recuerda: Llegamos a México y fuimos a Palacio, allí nos recibió el Sr. presidente Cárdenas y con mucha atención oyó todo lo que le dijimos, nos preguntaba de todo; cómo era la Colorado, cómo había sido el asalto, cuántos habían detenido y después de oír todo, el presidente nos dijo que no nos preocupáramos, que todo se iba a resolver, que pronto mandaría una comisión para que resolviera los problemas de los campesinos de Baja California. Luego nos dio boletos para el avión y regresamos a Mexicali con el telegrama del Presidente”. Un telegrama fechado el 12 de febrero de 1937, donde el presidente Lázaro Cárdenas toma partido por los campesinos levantiscos del valle de Mexicali:

CC Filiberto Crespo y Leonardo Guillen R.

Enterado de la comisión que delegó en ustedes la Federación de Comunidades Agrarias del Valle de

Mexicali, para venir a ésta y solicitar del Ejecutivo Federal la tramitación inmediata de los expedientes agrarios, participo a ustedes que con esta fecha giro acuerdo al Señor D. Gabino Vázquez, Jefe del Departamento Agrario, que se encuentra en Sonora, para que se traslade a Mexicali y haga un recorrido por todos los centros campesinos y que al mismo tiempo organice, de acuerdo con el Señor Gobernador, la Comisión Agraria Mixta, para resolver desde luego las solicitudes presentadas por ustedes: en la inteligencia de que deben de expresar a los compañeros campesinos, que estas dotaciones quedarán resueltas a más tardar en el curso del mes de marzo entrante. Al regresar ustedes al seno de sus comunidades, sírvanse expresarles mi afectuoso saludo y hacerles conocer que el Gobierno está interesado en resolver a la mayor brevedad el problema de tierras, para que una vez ya con su dotación, puedan edificar su casa y organizar su poblado con los servicios necesarios que mejoren la vida de sus familias. Además, expresarles que a fines del mes de marzo, tendré el gusto de visitarlos.

Les reitero las seguridades de mi atenta consideración.

El asalto a las tierras se había vuelto un momento culminante en la historia de Baja California, un episodio en que unos campesinos revoltosos por los que nadie daba un cinco y de los que muchos se burlaban vencieron, como el David bíblico, al Goliat de la Colorado River Land Company.

La tierra bajacaliforniana era, finalmente, una tierra de nuevo mexicana. Pronto, con la llegada de la Segunda Guerra Mundial, muchos de los agraristas que habían sido mandados desde el sur del país a cultivar el valle de Mexicali se convirtieron, de la noche a la mañana, en prósperos agricultores con sus autos último modelo frente a sus jacales y campos de cultivo. La guerra, como lo diría en 1943 el periodista José Revueltas, fue el mejor negocio e hizo ricos a los campesinos bajacalifornianos, poniendo a Mexicali en la ruta de una explosión demográfica sin precedentes. Los dólares caían por todas partes mientras los precios del algodón se iban hasta las nubes.

A lo largo de la frontera, especuladores y contrabandistas hacían de las suyas. Todos estaban felices porque el decreto presidencial del general Cárdenas, un decreto con hondo sentido izquierdista, había hecho de comerciantes y agricultores, de empresarios e industriales fronterizos, capitalistas felices que disfrutaban entrar al mercado mundial como productores de materias primas y como prestadores de servicios legales e ilegales. La sociedad de consumo fronteriza lograba, así, su apoteosis colectiva. La guerra no era aquí destrucción y pánico, sino un negocio millonario, una fiesta para gozarla de cosecha a cosecha. Esto daría paso a una época de ruda bonanza, de orgullo campesino porque finalmente el anhelo de Ricardo Flores Magón se había cumplido: la tierra de Baja California era de quien la trabajaba. En 1943, apenas siete años después del

asalto a las tierras, el escritor y periodista José Revueltas (1914– 1976) llega a Baja California para hacer un reportaje titulado “Viaje al Noroeste”. En Baja California, Revueltas descubre el valle de Mexicali y sus ejidatarios. Escribe: “Baja California norte es algo espléndido desde el punto de vista del porvenir. La gente es trabajadora, emprendedora y llena de espíritu”. Aquí Revueltas, entre los surcos de los campos de cultivo del valle, observa que:

No comprendemos a Baja California y no comprendemos los interesantes y novísimos fenómenos que se gestan actualmente en su seno. Ahí trabajan hombres de todo el país: de Guanajuato, de Michoacán, de Aguascalientes, de Tamaulipas, de Chiapas, de Yucatán, de Jalisco y desde luego, de Sonora. Trabajan como no lo hacen en su propia tierra, es decir, poniéndose en contacto con problemas del todo distintos a los que confrontan en sus respectivas patrias chicas. Se encuentran en primer lugar con una tierra barata y libre, sobre la cual únicamente hay que poner el esfuerzo y la voluntad humanas. Antiguamente la Colorado River Land era la dueña y señora. El inmenso feudo del valle de Mexicali fue adquirido por la Colorado River Land Company a precios escandalosamente bajos y merced a las concesiones que don Porfirio Díaz hizo a las famosas compañías deslindadoras. Fue precisa la energía del general Cárdenas para que esas inmensas propiedades pasaran a manos de la nación y de ahí a las trabajadoras,

esforzadas y entusiastas de ejidatarios y agricultores. Tal vez el carácter de los agricultores –que tienen todo el tipo de moderno agricultor capitalista, enérgico, sin prejuicios y liberal en sus ideas– se deba, más que nada, al hecho de que constituyen una clase creada justamente por la revolución.

Sí, por la revolución anarcosindicalista de 1911.

La que tardó décadas en hacerse realidad en Baja California.

La que cosecharon, a su modo, los agricultores del valle de Mexicali a partir de 1937.

Pero en otras partes de Baja California, como en Tijuana y Ensenada, en 1937 el ideario revolucionario era tan odiado como en 1911 y la revolución anarcosindicalista era vista como el demonio mismo. Un acto que socavaba los valores mismos de la mentalidad porfirista bajacaliforniana: una insurrección contra el orden y el progreso, contra la autoridad que siempre tiene la razón y contra una sociedad que aún no aceptaba en su seno la rebeldía contestataria, los derechos indígenas, la vida sin casinos extranjeros. De ese caldo de cultivo conservador proviene el culto a los defensores de la integridad nacional. De ahí nace el mito local de que los porfiristas bajacalifornianos fueron heroicos salvadores de la patria; de ahí surge el adoctrinamiento social, por medio de clubes de leones, profesores de colegios

particulares, empresarios nostálgicos de la “época dorada de los casinos”, periodistas “caballeros de Colón” e historiadores aficionados a la falsa grandeza, de que la revolución floresmagonista fue una invasión extranjera y no un movimiento para liberarnos de prejuicios y cadenas, un soplo de rebelión en plena frontera norte de México.



VI. LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA, VILIPENDIADA, TERGIVERSADA

Las revoluciones se hacen con gente convencida de que sólo a través de la violencia se puede transformar el mundo, con personas que han indagado todos los caminos pacíficos y se han topado con la represión del estado o de las clases privilegiadas. En nuestro país, los ejemplos de Hidalgo, Morelos, Madero, Zapata, Villa y los hermanos Flores Magón son suficientes para entender que, cuando un pueblo asume el cambio radical hasta sus últimas consecuencias, toma conciencia de que este cambio debe pagarlo con sangre propia y ajena.

La Revolución Mexicana de 1910–1911 no fue una sola: en el norte de México, especialmente en Chihuahua, los maderistas lograron dislocar al ejército federal y darle el tiro de gracia al régimen dictatorial de Porfirio Díaz. Pero no

fueron los únicos revolucionarios en marcha: si los maderistas eran el ala moderada del movimiento, los anarcosindicalistas, dirigidos por los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón desde su cuartel de exiliados en Los Angeles, California, eran el ala radical, los socialistas que aceptaban la tesis de que toda revolución, dondequiera que haya, debe ser apoyada por todos los revolucionarios del mundo, sin distingos de raza o nacionalidad. Los hermanos Flores Magón eligieron que su teatro militar de operaciones sería el Distrito Norte de Baja California y su primera acción fue la toma de Mexicali, en enero de 1911, con un grupo de revolucionarios estadounidenses y europeos, quienes se unieron a la lucha de sus camaradas mexicanos y dieron su vida por la revolución.

La toma de Mexicali, el 29 de enero de 1911, por las fuerzas revolucionarias floresmagonistas es un hito histórico: era la primera pérdida significativa del control territorial nacional, el símbolo de que la dictadura porfiriana era incapaz de detener la revuelta contra el régimen. Tres meses antes de que las tropas maderistas tomaran Ciudad Juárez, el ala más extremista de la Revolución Mexicana se adelantaba a las demás facciones y se alzaba con una victoria militar de cara a la opinión pública y a la prensa extranjera. El golpe mediático fue absoluto y las autoridades federales, para evitar las críticas a su pobre actuación, crearon la cortina de humo del filibusterismo porque no aceptaban que habían perdido ante los desarrapados insurgentes, que todo su

entrenamiento y desfiles pomposos por las calles de Ensenada no habían servido a la hora de que la bola los enfrentara desde su indisciplinada solidaridad revolucionaria.

Hagamos aquí ciertas precisiones: si las tropas de Francisco I. Madero no hubieran tomado Ciudad Juárez, hoy en día el padre de la democracia mexicana habría sido visto como un simple bandolero o, peor, como un filibustero, ya que entre las tropas maderistas había combatientes americanos y europeos. Pero Madero, su movimiento armado, triunfó y ahora se le considera el padre de la Revolución Mexicana y el símbolo de un México democrático. En cambio, el movimiento anarcosindicalista encabezado por los Flores Magón, que logró tomar varias poblaciones (Mexicali y Tijuana) de Baja California entre enero y junio de 1911 a las fuerzas porfiristas de Celso Vega, para finalmente desbandarse sin conseguir el control del Distrito Norte de la Baja California, tiene sobre sí la leyenda de que fue una invasión filibustera (lo que nunca fue) que fue enfrentada por valientes mexicanos (en realidad, por las tropas porfiristas que defendían la dictadura a sangre y fuego). Este mito ha servido para que varios historiadores proclamen que quienes defendieron el régimen porfirista eran defensores de la integridad territorial, cuando no hubo, de parte de los revolucionarios floresmagonistas, más que el anhelo de liberar a Baja California de sus explotadores y a México de una dictadura insoportable. El propio Ricardo Flores Magón

publicó en *Regeneración* (16-VI-1911) una proclama al engañado pueblo de Baja California, cuyas autoridades civiles y militares le hacían creer que los revolucionarios eran filibusteros y no libertadores:

A los patriotas:

¿Pertenece a México la Baja California? Sí, me diréis.

Pues bien: la Baja California no pertenece a México, sino a los Estados Unidos, a Inglaterra y a Francia.

El norte de la Baja California está en poder de Cudahy, Otis y otros multimillonarios norteamericanos. Toda la costa occidental de la misma pertenece a una poderosa compañía petrolífera inglesa, y la región en que está ubicada Santa Rosalía pertenece a una rica compañía francesa.

¿Qué es lo que tienen los mexicanos en Baja California? ¡Nada! ¿Qué es lo que les dará a los mexicanos el Partido Liberal Mexicano? ¡Todo!

Entonces, señores patriotas, ¿qué es lo que hacéis cuando gritáis que estamos vendiendo la patria a los Estados Unidos? Contestad.

Vosotros no tenéis patria porque todo lo que hay en México pertenece a los extranjeros millonarios que esclavizan a nuestros hermanos. No tenéis patria

sencillamente porque no tenéis en qué caer os muertos.

Y cuando el Partido Liberal quiere conquistar para vosotros una verdadera patria, sin tiranos, sin explotadores, protestáis, echáis bravatas y nos insultáis.

Al entorpecer con vuestras protestas los trabajos del Partido Liberal Mexicano, no hacéis otra cosa que impedir que los nuestros arrojen del país a todos los burgueses y toméis vosotros posesión de cuanto existe.

El mito del filibusterismo, como lo ha señalado el principal historiador bajacaliforniano del siglo XX, Pablo L. Martínez, fue fabricada por los porfiristas que sobrevivieron, bajo la protección del coronel Esteban Cantú, en puestos importantes del gobierno de Baja California hasta 1920. Su autor intelectual fue el cónsul porfirista Arturo M. Elias, quien en 1911 llevó a cabo una campaña contra los floresmagonistas y quien propaló el rumor de que éstos eran filibusteros bajo las órdenes de Estados Unidos, ya que sabía que, para los bajacalifornianos, eso era un llamado a tomar las armas y luchar contra los que consideraban invasores. Muchos buenos bajacalifornianos creyeron tal mentira y actuaron como carne de cañón defendiendo lo indefendible: un régimen de brutal represión y absoluta arrogancia. En 1956, don Pablo escribió:

Los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, el primero de los cuales era el motor que impulsaba la

acción de los conspiradores en un tiempo antiporfiristas, después antimaderistas y anticarrancistas, fueron y siguen siendo acusados de traición a la Patria, por el supuesto intento de segregación de la Baja California. La versión del separatismo magonista nació en 1911; pero posteriormente adquirió fuerza, cuando en 1920 el señor Rómulo Velasco Ceballos dio a la publicidad un libro que lleva por título *¿Se apoderará Estados Unidos de América de la Baja California?*

Este libro está escrito con tanto calor, con subterfugios tan sutiles, que ha sido una trampa para intelectuales de distintas clases y categorías; admira que haya sorprendido al mismo Congreso de la Unión, el que, basado en él, sin ninguna investigación, con dispensa de trámite, otorgó hace muchos años una medalla a quienes aparecen como defensores de la integridad nacional en aquella época. El coleccionador de estos documentos no tiene por qué echar bravatas ni hacer reproches impropios a quienes han vivido por tanto tiempo al amparo del nombre glorioso de *héroes de la patria*, porque la mayoría de ellos lo hacen de buena fe; y siendo así, merecen todo respeto, aun estando en la situación que de estos papeles se desprende a simple vista. Mas está seguro de que entre ellos hay más de uno que sabe realmente lo que pasó. ¿De quiénes se trata? De los que engañaron a los otros, a los ingenuos, a los buenos mexicanos, a los hombres que, creyendo defender a la Patria, fueron a defender al gobierno de Porfirio Díaz y otros intereses.

Este engaño, perpetrado por personas que buscaban no ser vistas como porfiristas sino como defensores de la patria, llevó a que políticos bajacalifornianos pidieran, en 1930, la creación de una condecoración para “los patriotas” que defendieron a nuestra entidad de la inexistente “invasión filibustera” de 1911, condecoración que obtuvieron en 1931. El propio Cantú nombró a numerosas vialidades con el nombre de estos supuestos defensores (Pastor Ramos, Larroque) y se hizo un culto cívico a su alrededor que llega a nuestros días, destacando en los últimos tiempos la elevación de Tijuana a la categoría de “ciudad heroica” por el ayuntamiento de esta población. Don Pablo terminó por tomar el toro por los cuernos en 1956, cuando se llevó a cabo en Mexicali el Primer Congreso de Historia Regional del 20 al 30 de septiembre de ese año. Allí la versión filibustera de la revolución floresmagonista no resistió los embates de los datos comprobados y la verdad histórica. Pero en 1960, Enrique Aldrete (seguidor de la tesis de Rómulo Velasco, huertista consumado y antirrevolucionario total) publicó el libro *Baja California heroica*, que repetía la tesis mentirosa del filibusterismo. Para Pablo L. Martínez, esta obra, junto con la de Velasco Ceballos, son “la mentira vestida de los engañosos ropajes de la convicción, pero que no resiste el análisis crítico desinteresado, frío y letal”. Un análisis, proseguía don Pablo, que él mismo se puso a hacer en su libro *Baja California heroica contra la defensa de una falsedad histórica*, donde decía:

Ya estoy fastidiado de verme constantemente impelido a refutar los infundios que el grupo de testarudos de Tijuana se empeña en hacer pasar como verdades históricas, así tenga que valerse para ello de las más absurdas maniobras y de las intrigas más increíbles; pero como cuando me decidí a formar historia de la península lo hice con el fin de poner todas las cosas en su lugar, no estaré nunca lo bastante cansado para desdeñar el desafío de los impostores o engañados, pues mientras aliente en este mundo tendré que pelear por los fueros de la verdad; mas no de esa verdad que nos presenta el señor Aldrete, que parece y no es, sino por aquella verdad que no tiene discusión, porque se comprueba, no con lo que parece, sino con lo que es.

Diré desde luego al lector, que no conoce nada de lo que aquí se está tratando, que en 1911 una ramificación de la revolución magonista, que estalló en México al mismo tiempo que la maderista, se dejó sentir en la Baja California de enero a junio de aquel año. Hubo acciones militares y, por lo tanto, partes militares de tales acciones de guerra.

La revolución magonista no logró triunfar en el país porque los Estados Unidos, cuando vieron que ésta adquiriría proporciones amenazantes para sus intereses en México, prefirieron dar su apoyo a Madero y acabar con el peligro magonista, que luchaba por un programa social que beneficiaría a las clases desheredadas de

nuestra nación.

Quienes sostienen la falsa tesis del filibusterismo en Baja California tratan de seguir cobrándose a la patria algo que no les debe. Quieren seguir lucrando moral y materialmente, con los efectos de un truco político que si bien les dio resultados favorables durante casi medio siglo, al presente está al descubierto como tal, por lo que quienes están encaprichados en hacer vivir lo que ya está muerto, debieran meditar en las dimensiones del ridículo en que se exhiben ante la opinión local y nacional y dejarse de promover maniobras inconsistentes, que ya no darán los frutos que se buscan. El noventa por ciento de la población de la Baja California está hoy convencida de que lo que sucedió en el norte de la península en el primer semestre de 1911 no fue lo que dicen los antimagonistas, sino una cosa absolutamente distinta.

Como primera acotación del libro de Aldrete habré de decir que entre éste y el de Velasco Cevallos existe un abismo. Aldrete ha bajado la voz en un ochenta por ciento. La base fundamental de su libro son los partes militares, algunos de los cuales contienen la palabra *filibusteros*. Acerca de esto se podría afirmar perfectamente que si en vez de filibusteros se dijera *revolucionarios, revoltosos o trastornadores del arden*, como muchos de dichos partes lo manifiestan concretamente, todo estaría en su lugar. ¿Prueban tales partes alguna de estas cinco cuestiones, que es en realidad lo que se debe averiguar:

1ª. Que los Estados Unidos intentaron apoderarse de Baja California en 1911.

2ª. Que los magonistas eran los instrumentos de ese intento.

3ª. Que se proclamó una república independiente en Baja California.

4ª. Que Flores Magón y su gente estaban financiados por capitalistas norteamericanos.

5ª. Que los magonistas izaron la bandera norteamericana en Tijuana al tomar dicha plaza.

Nada de esto se confirma en los documentos publicados por Aldrete. Debo hacer constar aquí que estimo que entre los llamados Defensores de la Baja California hay elementos de dos clases: *los engañados*, los hombres buenos y patriotas, a quienes se hizo creer que la patria estaba en peligro para inducirlos a pelear a favor del gobierno porfirista. Para ellos, mi mayor respeto y consideración; y el de los *embaucadores*, los que engañaron a los otros, que hoy no dejan que las cosas se aclaren por la vía técnica y la investigación seria y confiable, porque, de aceptarlo, quedarían ante todo el mundo como verdaderos impostores.

Un año más tarde, en 1961, don Pablo vuelve al tema con su folleto *¿Cómo anda la cultura en Baja California Norte?*,

donde señala el “curioso fenómeno es el que ocurre en Baja California en asuntos históricos. En aquella entidad, un grupo de antiguos porfiristas, que ha llegado a dominar el medio político y social, se empeña, sin más justificación que su capricho, en mantener como héroes de la patria a un contingente de hombres que fueron engañados por los servidores de la dictadura, haciéndoles creer que en 1911 había una invasión extranjera en la península, cuando lo que existía era un estado de revolución, parte del que desarrollaba en todo el país el Partido Liberal Mexicano. A Ricardo Flores Magón y a sus seguidores les ha calificado este grupo, contra toda evidencia, como traidores a México. Millares de documentos comprobatorios de la falsedad de este cargo hay en los archivos nacionales. En el de la Secretaría de Relaciones, no menos de quince mil son tomados en estos momentos en fotocopia por la Secretaría de Hacienda, para ser ofrecidos en su Biblioteca a los investigadores y a los aficionados a la historia. Sin embargo, el poderoso grupo de porfirianos y neo-porfirianos, que tiene como centro de acción a Tijuana, logra con su tenacidad o no sé de qué manera, engatusar a funcionarios influyentes y siempre se sale con la suya, organizando grandes festejos y otorgando constantemente honores y preseas a quienes no son otra cosa que pobres engañados por la audacia y la habilidad de intriga de los herederos del antiguo régimen, entre ellos, en forma destacada, el coronel porfiriano y huertista Esteban Cantú Jiménez”. Pero si en 1931 estos mitógrafos lograron su condecoración, el ejército

mexicano surgido del movimiento revolucionario de 1910 contaba con mejor información. De ahí que el general Francisco L. Urquiza, secretario de la Defensa Nacional en 1945, le negara toda relación con la Revolución Mexicana al coronel Esteban Cantú:

Asunto: No se reconoce como Veterano de la Revolución al C. Esteban Cantú.

México, D. F., a 13 de diciembre de 1945.

Al C. General de División

Secretario de la Defensa Nacional. Presente.

Hónrome informar a Ud. que en atención a la solicitud de fecha 4 de julio de 1942 presentada por el C. Esteban Cantú, en la que pide se le reconozca como Veterano de la Revolución, se procedió al estudio de su expediente obteniendo de él los siguientes datos:

Al ocurrir el “Cuartelazo de la Ciudad” en febrero de 1913, el interesado prestaba servicios como Mayor en el Cuerpo Auxiliar de Voluntarios del Distrito Norte de la Baja California, Folio 329.

Usurpado el poder por Victoriano Huerta, continuó en igual situación. El 2 de octubre de 1913 ascendió a Teniente Coronel de Caballería Permanente, según autógrafo firmado por Victoriano Huerta y Aureliano

Blanquet. Folio 70. El 21 de Enero de 1914 se le confirió la Cruz del “Valor y Abnegación” por méritos en campaña adquiridos en combate contra rebeldes al mando de Rodolfo L. Gallego, en Italia, B. C. Folio 345.– El 15 de abril de 1914 ascendió a Coronel. Folio 347.

Por lo expuesto y tomando en consideración que el solicitante está comprendido en las incluyentes de los artículos 17/0 de la Ley a favor de los Veteranos de la Revolución, vigente y VII del Instructivo de esta Comisión, el suscrito emite la siguiente:

OPINIÓN:

No se reconoce como Veterano de la Revolución al C. Esteban Cantú, por haber servido al régimen huertista con las armas en la mano.

Aquí vemos con claridad que Cantú y demás funcionarios porfiristas y huertistas usaron el fantasma del filibusterismo de 1911 para ocultar su participación del lado de la dictadura. Y no de una dictadura sino de dos: la porfirista y la huertista. El filibusterismo les servía de pretexto para pasar, de cara a la historia, como patriotas mexicanos y no como represores de la Revolución Mexicana en Baja California. Para Pablo L. Martínez, el mito de la invasión filibustera nació y se sostuvo como una empresa publicitaria para autonombrarse héroes de una acción sin fundamento cuando el régimen cantuista, en 1920, se tambaleaba y

necesitaban salir bien librados de tal acusación: “Los componentes del grupillo director de la intriga –precisa Martínez– ya confiesan actualmente, en la intimidad, que reconocen que Flores Magón no es merecedor del cargo que le hacen; pero que si siguen adelante con la maniobra es por dignificar a Tijuana debido a cierta mala reputación que gentes malévolas le achacan”. Y lo que este historiador insigne dijo sobre este grupo de falsos defensores de la integridad nacional en 1961 puede decirse hoy en día de los que continúan repitiendo semejantes infundios:

Hoy, mejor dicho en este mes, como corolario de la larga serie de maniobras realizadas por los impostores de Tijuana, se ha celebrado el cincuentenario de lo que tales impostores llaman una hazaña patriótica, para lo cual consiguieron la aprobación de un decreto por el Gobierno Local. Esto último sería motivo de hilaridad si no tuviéramos otras cosas graves de por medio, en las cuales nadie pone atención o nadie conoce; aunque desdoran a México en alto grado. Véase: Santiago Argüello, el primer propietario del Rancho de Tijuana, hijo que fue del último gobernador colonial de la península, José Darío Argüello, traicionó a México durante la guerra con los Estados Unidos y figuró después prominentemente en la vida política del sur de la California norteamericana, en donde desempeñó importantes puestos públicos. De esta traición de Santiago Argüello hablan ampliamente los historiadores

estadounidenses de aquella California; pero por economía de espacio citaré solamente las palabras de William E. Smythe, quien en su obra “History of San Diego”, edición de 1907, página 163, tiene, entre otros conceptos relacionados con el personaje que estoy mencionando, los siguientes: “Durante la guerra con México fue partidario de los norteamericanos y les prestó considerable ayuda. En su casa fueron acuartelados los soldados y fue admitido con el grado de capitán en el Batallón de California”. Un hijo suyo, llamado también Santiago, tomó, igualmente, una parte muy activa en la lucha contra los mexicanos. Este, Juan Bandini y Miguel de Pedrorena entraron a Baja California a robar caballada y ganado para surtir a los nuevos amos de San Diego. Pues bien: los patrioteros de Tijuana, que inculpan arbitrariamente a Flores Magón de traición a la patria y hacen alarde de sus sentimientos de mexicanidad, honran el nombre de Argüello, no obstante los antecedentes transcritos, pues en el mero corazón de la ciudad se ven una placas que dicen “Avenida Argüello”. Y no podrán alegar que ignoran el caso, porque desde hace cinco años se los di a conocer, primero por la prensa y después por medio de mi *Historia, de Baja California*. De todo lo anterior se concluye que en Baja California (Norte) hay un grave problema cultural y que los asuntos históricos los están decidiendo los políticos, a quienes no les preocupan las deformaciones que imponen a la historia ni el atropello que por ignorancia o mala fe hacen

a la dignidad de México, si eso les deja beneficios. Es, en verdad, alarmante la forma en que los antimagonistas quieren impresionar al mundo con una publicidad que no se detiene en usar las más descaradas invenciones. El creador definitivo de la fábula, Rómulo Velasco Ceballos, falsificó documentos para dar fuerza al embuste; y ese proceder ha hecho escuela. Lo mismo Esteban Cantú, que la Sra. Ma. Luisa M. De Remes, Dña. Josefina Rendón Parra, Pedro Vázquez Cisneros y los propios defensores supervivientes mienten con todo el cinismo de gente sin escrúpulos, con tal de aparecer como sosteniendo una causa noble y patriótica.

Aquí vemos con claridad que Cantú y demás funcionarios porfiristas y huertistas usaron el fantasma del filibusterismo de 1911 para ocultar su participación del lado de la dictadura. El filibusterismo les servía de pretexto para pasar, de cara a la historia, como patriotas mexicanos y no como represores de la Revolución Mexicana en Baja California. Para Pablo L. Martínez, el mito de la invasión filibustera nació y se sostuvo como una empresa publicitaria para autodenominarse héroes de una acción sin fundamento, para presentarse como patriotas los que fueron defensores de la dictadura porfirista en Baja California. Pablo Martínez lo precisa: “Mas por mucho que se desgañiten gritando la grandeza de la supuesta acción de los defensores de Baja California, éstos no serán otra cosa que gente vilmente

engañada por los políticos de ayer y los de ahora. Podrán dictarse mil decretos para honrar a dichos defensores y levantar centenares de monumentos con el mismo objeto; podrán organizarse ceremonias todos los días con objeto de mantener en las multitudes un culto pseudo patriótico; pero los héroes seguirán siendo falsos, ya que jamás se podrá probar que Estados Unidos haya tratado de apoderarse de Baja California en 1911, con la complicidad de Ricardo Flores Magón y sus partidarios, como lo aseguran los detractores del gran libertario. Tampoco se podrá probar que el movimiento se haya propuesto crear una república de experimentación socialista, perogrullada a que recurren los impostores cuando no encuentran otra salida. Los Flores Magón y sus soldados lo único que perseguían era derrocar al tirano Porfirio Díaz y crear en México todo, no en Baja California, un país socialista”. Pero la versión de los “defensores” de la integridad nacional se mantuvo, como la versión oficial de la historia de Baja California, desde 1911, especialmente en Tijuana y Ensenada. A mediados del siglo xx y con el apoyo del Club de Leones y la activa participación de Jorge Ruiz Fitch, se levantó un monumento a los “defensores” de la Baja California. Entrevistado por Javier Hernández para la revista *Pioneros* (marzo de 1986), Ruiz Fitch expuso su versión del mito como una campaña de odio contra Ricardo Flores Magón, a quien describía de la siguiente manera:

Era un señor muy bueno para escribir, pero nunca sirvió

para nada. Escribía y escribía, pero nunca hizo nada. A la hora de la verdad, huyó a Estados Unidos y ordenó levantar gentes para cercenar, cortar la parte de Baja California y hacer una república socialista. Se unió con gringos que eran capitalistas y lo andaban engañando a él. ¡De a tiro ignorante el hombre! Lo bueno es que murió allá en la cárcel, pagando no como debía de ser, un traidor, porque debió haber sido fusilado.

Con esta clase de gente y su lógica enrevesada fue con la que se enfrentó el propio Pablo L. Martínez, quien ya había dicho, hasta cansarse, que todo ese tinglado patriotero era una “falsedad que intereses egoístas habían mantenido en el ambiente, como el de la llamada invasión filibustera de 1911. Puedo afirmarlo; no hubo tal intento de segregación de la Baja California en 1911”. En *El Herald de Baja California*, (23-III-1959), don Pablo hizo una refutación del libro *Baja California heroica* (1958) de Enrique Aldrete. Para Martínez, señalando que los militares Celso Vega y Miguel Mayol no son más que defensores de la dictadura porfirista y que los floresmagonistas son revolucionarios que buscaban liberar a nuestra entidad de semejante tiranía, siendo la batalla de Tijuana más que un acto de heroísmo, un ataque cuando ya el régimen de Porfirio Díaz había pactado el cese al fuego:

La versión del filibusterismo separatista es un truco político iniciado por la prensa del sur de California, EU, secundado por el porfirismo, aprovechado por las autoridades bajacalifornianas del norte para hacer que

los mexicanos patriotas defendieran al gobierno en horas aciagas para la dictadura; y en estos días sostenido rabiosamente, por amor propio, por los llamados defensores de Baja California, quienes desgraciadamente para ellos, se habían cubierto con el manto sagrado de la Patria y ahora se aclara que no son ningunos héroes nacionales, sino, en el mejor de los casos, hombres engañados vilmente y explotados por el sentimiento más digno y grande: el amor a la Patria. Se ha llegado hasta sorprender al Congreso de la Unión y a los altos funcionarios federales, quienes, sin la indispensable investigación, han otorgado medallas y honores a quienes, equivocadamente, se tienen como sostenedores de la integridad nacional y que a la postre resultan defensores de la dictadura porfiriana.

En esta ocasión me voy a referir a la última maniobra que se lleva a cabo para seguir engañando a la opinión pública nacional: se trata del libro que acaba de salir *Baja California Heroica*, del señor Enrique Aldrete, de Tijuana, B. C. En mi folleto, *El Matonismo en Baja California*, he dado a conocer, recientemente 80 documentos de siete fuentes distintas; por ellos se verá claramente que los documentos que nos presenta *Baja California Heroica* están muy lejos de tener el valor probatorio que el autor les asigna. Una de las fallas de Aldrete es la de que desechó todos los documentos que desvirtuaban su propósito. Hay algunos telegramas y oficios que dan un cariz diferente a lo que él trata de describir como

una epopeya patriótica. Por ejemplo, omitió el telegrama en que el secretario de Guerra, al contestar de enterado el telegrama en que el coronel Vega avisó de la recuperación de Tijuana, después de derrotar a los filibusteros, le da un regaño.

Celso Vega estaba cesado como jefe de las armas en el Distrito Norte, según este telegrama, lo que muestra que había obrado fuera de sus facultades y violando las estipulaciones del Tratado de Ciudad Juárez, entonces en vigor para todos los grupos revolucionarios, y que imponía un plazo para la entrega de las armas; y aún más se hace Aldrete el ignorante de que el combate de Tijuana fue un ataque a mansalva, a sabiendas de que estaban para entregar las armas los magonistas en el momento en que fueron sorprendidos. De esto resultó ese afán tan acendrado de mantener la idea de que se trataba de felones filibusteros, que se querían apoderar de Baja California para entregarla a Estados Unidos, y no de revolucionarios que peleaban por la liberación del pueblo mexicano. Tampoco se da por informado el señor Aldrete de que el coronel Vega salió de Ensenada el 22 de agosto de 1911 abandonando el empleo, sin entregar a nadie ni la Jefatura Política ni la Jefatura de las Armas. Que vea, si quiere enterarse de ello, lo que sobre el particular existe en el expediente personal de Vega en “cancelados” y en el del general Miguel Mayol. Vega salía con la cola entre las piernas de Baja California; primero, porque no había podido sostener al gobierno de Díaz en su

jurisdicción; y, segundo, porque, cuando lo hizo, metió la pata, contraviniendo las disposiciones superiores y obrando traicioneramente.

Esta obvia falsificación histórica no debe confundirnos, ya que Tijuana puede mostrar sus credenciales heroicas gracias a la defensa en 1942 de la soberanía nacional, cuando los tijuanenses, bajo el mando del mismísimo general Lázaro Cárdenas, comandante del Pacífico, se aprestaron a detener una incursión del ejército estadounidense, que quería entrar al territorio nacional para buscar bases japonesas. Pero pudo más el mito patriotero que la verdad en claroscuro.

En 2004, una agrupación de historiadores aficionados, la Sociedad de Historia de Tijuana, convenció a las autoridades panistas del ayuntamiento para que se le pusiera a esta ciudad el nombre de heroica por los sucesos de 1911. Como lo señala el escritor tijuanense Federico Campbell (*El Mexicano*, 13-IV- 2004), cuando se enteró de que el cabildo de la ciudad había nombrado a Tijuana como ciudad heroica basado en una obvia falsificación histórica:

Históricamente se ha demostrado que la toma de Tijuana el 9 de mayo de 1911 no fue obra de “filibusteros” que pretendían apoderarse de la Baja California para anexarla a Estados Unidos sino de un grupo de 220 revolucionarios dirigidos por Ricardo Flores Magón desde Los Angeles al proponer una opción política armada tan viable como la de Pascual Orozco o la

de Francisco I. Madero. Sin embargo, el pasado 10 de marzo Tijuana fue declarada oficialmente “Ciudad Heroica” por el Congreso del Estado de Baja California en honor y en memoria del grupo de defensores, voluntarios y soldados porfiristas acantonados en la plaza, que combatieron y expulsaron el 22 de junio de 1911 a los invasores “anexionistas”. La iniciativa, presentada por la Sociedad de Historia de Tijuana, fue aprobada primero por el cabildo tijuanense y después por el Congreso estatal. Los 200 hombres de a caballo tomaron la aldea, colocaron una bandera roja en el centro, saquearon las tiendas, se apostaron en sus techos de madera, y como en una película de Griffith se dejaron contemplar por los curiosos que en las colinas de San Isidro se aglomeraban con sus taburetes y sus canastos de bocadillos y cervezas para contemplar desde allá, a veces con binoculares, el espectáculo vivo de la guerra. Varias escaramuzas se entablaron entre la línea internacional y la calle Olvera (hoy avenida Revolución) y la esquina de la calle Segunda y el callejón Argüello. Hubo escaramuzas y finalmente una batalla: La de Agua Caliente, en la que los magonistas fueron derrotados y expulsados, los sobrevivientes, a Estados Unidos. La confusión y los equívocos que aún subsisten pueden deberse también a una impostura histórica. Hubo un intento consumado de falsificación de la historia, a partir de una creencia, en *Baja California heroica* (1958), de Enrique Aldrete, y en otro libro encargado por el coronel Esteban Cantú a Rómulo

Velasco Cevallos: *¿Se apoderará Estados Unidos de Baja California? La invasión filibustera de 1911*. Hacia 1920, año en que se publicó el libro de Velasco Ceballos, los defensores de Tijuana pasaron la factura de su patriotismo: Fueron considerados héroes de la patria, condecorados por el Congreso de la Unión, y beneficiados con un reparto de tierras para veteranos de la Revolución en el Valle de Mexicali.

Lo que Federico Campbell sostiene en 2004 es similar a lo que Pablo L. Martínez criticara cincuenta años antes: la lucha por sacar a flote la verdad de lo que pasó en 1911 es una tarea de todos los días, una tarea que cada generación debe llevar a cabo frente a las inercias sociales que alimentan la mitografía de que la revolución floresmagonista fue una invasión filibustera y no una lucha de liberación; ante un mar de falsificaciones e imposturas históricas que se niegan a desaparecer porque sirven a los intereses empresariales y políticos de un sector de la sociedad bajacaliforniana, a un grupo de tijuanenses y ensenadenses que aún suspiran por los viejos tiempos de don Porfirio Díaz y su dictadura de orden y progreso, de casta militar y represión sistemática de toda disidencia.

Otro intelectual tijuanense que no se dejó engañar con el emblema oficial de Tijuana como ciudad heroica fue Rubén Vizcaíno Valencia (1919–2004). Don Rubén mantuvo una lucha por décadas contra el mito descarado de que la revolución anarcosindicalista de 1911 en Baja California fue

una invasión filibustera, tal y como la proponían Jorge Ruiz Fitch y otros miembros del Club de Leones, y no lo que realmente fue: una revolución radical de la izquierda internacionalista bajo el liderazgo de los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano. Como discípulo de Pablo L. Martínez, Vizcaíno execraba la versión espuria que daba categoría de héroes a las tropas federales del dictador Porfirio Díaz, que algunos historiadores *amateurs* habían colocado en el pedestal de defensores de la integridad nacional, cuando estas mismas tropas se habían dedicado a cuidar las tierras concesionadas por el porfiriato a empresas extranjeras antes que a proteger los intereses de los ciudadanos de nuestro país. Estos historiadores de derecha, que aborrecían a la Revolución Mexicana, funcionaron como comparsas para que los empresarios tijuanaenses le hayan puesto el título de “heroica” a esta ciudad fronteriza. Esta distorsión de los hechos, para beneficio de una clase social tan poco heroica, que ponía a las tropas porfiristas como héroes sin mácula y a los revolucionarios floresmagonistas como vendepatrias porque en sus filas hubo luchadores de otros países, llevó a Vizcaíno a defender una verdad incómoda y antipopular. Su negativa a llamar heroica a una ciudad por el hecho de repeler a sus libertadores era como si la Ciudad de México debiera ser heroica por intentar repeler a las tropas villistas, carrancistas y zapatistas en 1914, cuando en esta urbe dominaba la dictadura huertista. La revolución floresmagonista en Baja California era, a no dudarlo, un sueño generoso. Ricardo

Flores Magón lo dijo muchas veces: se luchaba por un México libre y se hacía derramando la sangre de mexicanos y extranjeros por igual. En *Regeneración* (20-V-1911), Ricardo remarcaba el valor de este sacrificio por el bien del futuro de México, el costo en vidas humanas que era la liberación de Baja California:

Las fuerzas del Partido Liberal Mexicano dominan de hecho una vasta extensión territorial en la Baja California. Esa conquista ha sido hecha al costo de la sangre generosa de proletarios inteligentes, valerosos y abnegados. En la Baja California han muerto los queridos compañeros Camilo J. Jiménez, Simón Berthold, Antonio Fuertes, Stanley Williams, Rosario García, José Espinosa, T. L. Wood, J. C. Smith, Jesús R. Pesqueira, Miguel Hernández, José Flores y otros más, que derramaron sangre para conquistar estos tres grandes bienes: Pan, Tierra y Libertad.

Pues bien, es necesario que esa sangre, es preciso que ese sacrificio dé los resultados apetecidos. Ha llegado el momento de hacer algo práctico. La Baja California es un país muy bello y muy rico, pero muy poco poblado. Necesita colonización. Las tierras del norte de la península, que son las que están bajo el dominio de las fuerzas liberales, son espléndidas y una buena porción de ellas están perfectamente bien regadas por un excelente canal. Esas tierras producen dos cosechas al año de maíz, y son muy buenas para producir algodón, remolacha,

toda clase de pasturas y de vegetales. En suma, esas tierras lo producen todo.

Para dar vida a esa interesante porción de México y para poner en práctica los ideales redentores del Partido Liberal Mexicano, es necesario poblarla. Mas como la colonización no puede hacerse de un golpe, porque el Partido Liberal Mexicano no cuenta con fondos para transportar a aquellas tierras a las familias deseosas de poblarlas y de hacer una vida libre y feliz sin amos y sin tiranos, la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano ha dispuesto lanzar esta convocatoria, para que los compañeros vayan reuniendo fondos con que pagar sus pasajes y marchar a la Baja California a tomar posesión de la tierra.

Las fuerzas liberales protegerán a nuestros compañeros.

¿Qué más se puede decir de una revolución a la vez generosa y malograda, una revolución que hoy es vista como parte esencial de la Revolución Mexicana? Creo, como lo expuso Rubén Vizcaíno Valencia, intelectual tijuanense, que estos antimagonistas habían inventado lo de los defensores de Baja California porque querían “crearle a Baja California héroes, aunque no lo fueran, para que los niños se sintieran mexicanos”. Lo que nunca vieron estos fabuladores de cuentos de hadas es que los revolucionarios floresmagonistas fueron los verdaderos héroes. Ya fueran

mexicanos o extranjeros, estos luchadores dieron su vida por liberar a México de una dictadura atroz y, como lo escribió Jack London, uno de ellos, lo hicieron sin pedir nada a cambio y con un socarrón sentido del humor:

Nosotros, socialistas, anarquistas, vagabundos, ladrones de gallinas, forajidos y ciudadanos indeseables de los Estados Unidos..., participamos con el corazón y el alma en vuestro esfuerzo por derribar en México la esclavitud y la aristocracia... Nos han lanzado los mismos insultos que a vosotros. Y cuando el soborno y la codicia se yerguen y empiezan a insultar, los hombres honrados, valientes, patriotas y mártires, sólo pueden esperar que se les llame ladrones de gallinas y forajidos. Que así sea. Pero yo quisiera que hubiese más ladrones de gallinas y forajidos de los que integraron la valerosa banda que tomó Mexicali, de los que están sufriendo heroicamente en las mazmorras de Díaz, de los que están combatiendo y muriendo y sacrificándose en México hoy. Suscribo esto como ladrón de gallinas y revolucionario.

Ése era el sentido del humor de los integrantes de una tropa revolucionaria que un historiador mexicano llamó “un haraposo ejército”. Y sí, en verdad lo eran: un conjunto variopinto de gente vestida con harapos, pero que estaban unidos por la convicción de que no era cómo se vistieran, sino cómo lucharan por la libertad de todos, lo que les daría prestancia y gallardía, entereza y honor. Pero creo que la mejor forma de entender a la revolución floresmagonista la

dio el poeta y cantor Joe Hill, antecesor de Bob Dylan y Peter Seeger, quien una vez gritó a sus camaradas desde un tren en movimiento y mientras se marchaba rumbo a Baja California: “¡Todos suban a bordo: nos vamos a México!”. Y es que Joe Hill, en una entrevista en que le pidieron se describiera a sí mismo, sólo pudo decir:

Yo soy un ciudadano del mundo.

Mi lugar de nacimiento es el planeta Tierra.

Si queremos ver el impacto real de la revolución anarcosindicalista de Baja California en el mundo entero, hay que recordar que la imagen de estos revolucionarios, en sus atuendos como en su conducta libertaria, en su anhelo de romper jerarquías y tabúes sociales, es un claro antecedente de movimientos como la generación beat de 1956, el hippismo comunal de los años sesenta del siglo XX y, en especial, del movimiento punk, con su lema: hazlo por ti mismo. Es decir: no esperes que otros te liberen. Libérate a ti mismo. Los revolucionarios floresmagonistas no peleaban por una utopía de masas sino por un mundo de individuos libres, cada uno con sus sueños y quimeras. Sus enemigos los llamaron aventureros. Pero eso era un pleonismo. Si eras revolucionario eras un aventurero: escapabas de tu casa, tu trabajo, tu pueblo, tu modo de vida, para salir al ancho mundo y pelear en otras regiones que no conocías, para liberar a gente que nunca antes habías visto. Entonces, ¿alguien puede decirme qué revolucionario no es un aventurero? Los anarcosindicalistas eran rebeldes (la

mayoría jóvenes) con una buena causa: acabar con las dictaduras, terminar con la opresión. Cambiar el mundo. Transformar la vida. Ése era su propósito. Tal fue la razón primordial de su existencia.

VII. LECCIONES PARA LA HISTORIA Y EL PÚBLICO EN GENERAL

Entonces, como conclusión, pongamos los hechos en orden:

1. – Había una dictadura y un dictador (Porfirio Díaz) que se ostentaba ilegítimamente como presidente de la República (Francisco I. Madero era, después de las elecciones fraudulentas de 1910 en su contra, el presidente legitimado por el pueblo). El gobierno porfirista ahora se dedicaba a acosar a todos los grupos políticos opositores para que dejaran de protestar. Ante ello, sólo quedaba abandonar la lucha por la democracia o levantarse en armas para revertir tal estado de cosas. Esto último fue lo que muchos grupos, con diferentes ideologías, hicieron: maderistas, zapatistas, floresmagonistas vieron que era el

momento preciso para agitar las aguas del descontento popular.

Los floresmagonistas dependían de la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano con sede en Los Angeles, California, en donde vivían exiliados de la dictadura porfirista Ricardo y Enrique Flores Magón, Librado Rivera, Anselmo Figueroa y otros tantos patriotas mexicanos que anhelaban la caída de la dictadura y que, desde muchos años atrás, promovían la lucha armada. En Baja California, los floresmagonistas tomaron, con el apoyo de luchadores internacionalistas provenientes de la agrupación Industrial Workers of the World (IWW), varias poblaciones del Distrito Norte. La población de éste era escasa y con la excepción de algunos grupos indígenas que los apoyaron y de simpatizantes de la causa revolucionaria de Tierra y Libertad, los bajacalifornianos afines a la dictadura prefirieron ponerse en su contra.

El ejército federal, mejor equipado pero con tropas de leva, no tenía el espíritu para derrotar a los revolucionarios. Sus oficiales eran gente que le gustaba las tertulias apoltronadas pero no el combate. Los floresmagonistas, en cambio, rebosaban de espíritu de lucha pero, como buenos anarquistas, les gustaba pelear sin orden ni concierto y, pese a ello, perdieron pocas batallas y cuando perdieron nunca se sintieron totalmente derrotados. Su problema mayor era que, cuando pudieron obtener victorias contundentes contra las tropas de la dictadura, no siempre lograron

aprovechar tales oportunidades. La mala suerte los rondaba también: perdieron a sus mejores jefes (Simón Berthold, Stanley Williams) en las primeras escaramuzas y aquellos que los suplieron carecían de conocimientos del terreno y no fueron aceptados por todos. Muchos de los nuevos jefes no eran mexicanos y no entendieron la importancia de forjar vínculos con la población civil bajacaliforniana que, por otro lado, estaba convencida, por la propaganda gubernamental, de que los revolucionarios eran invasores, simples forajidos. Esta es la versión de muchos historiadores locales. En el libro colectivo *Historia de Tijuana 1889–1989* (1989), David Piñera dice que “los floresmagonistas perdieron el control del movimiento, lo que propició que se infiltraran aventureros como Dick Ferris, Caryl Pryce y otros, que sí constituyeron un peligro para la integridad nacional”. Pero ni Ferris ni Pryce se infiltraron ni fueron un peligro: el espectáculo de Ferris era un show alterno, de cara a su público WASP (blancos, anglosajones, protestantes), que veía a México como un niño malcriado que necesitaba, con urgencia, una buena dosis de disciplina americana. Ferris era un comediante. Su república era escenografía: no un proyecto político. Su interés era teatral: no filibustero. Aunque muchos lo vieron como un agente provocador, Ferris sólo tuvo un amo: su propio ego. Si quiso ser presidente de una república imaginaria, era para llamar la atención. Si hablaba de México o de Baja California, era porque éstos eran los temas de moda que a su público le interesaban. Incluso la bandera que creó era un instrumento publicitario, un afiche. Él sólo actuaba en

la calle, frente a la prensa, para que la gente fuera a verlo al teatro, para que comprara su boleto y le aplaudiera por sus desplantes. En cambio, el caso de Caryl Pryce es el de un ex soldado británico que puso sus habilidades de estrategia a favor de un movimiento revolucionario.

Él mismo no era un revolucionario, pero era leal a su palabra empeñada. Desde el principio se le vio como un soldado de fortuna, pero aun cuando platicó con Ferris, nunca traicionó a Ricardo Flores Magón. Como todo un caballero británico, Pryce fue hasta Los Angeles para exponer sus diferencias con la junta del Partido Liberal Mexicano y, al no encontrar respuesta a sus requerimientos de armamento y voluntarios, quiso regresar a Tijuana, pero fue aprehendido por las autoridades estadounidenses. En todo caso, los mexicanos y extranjeros que peleaban por la causa floresmagonista eran hermanos de clase y de trabajo, espíritus afines en su búsqueda de libertad y de justicia para todos.

2. – Los anarcosindicalistas perdieron la guerra de la propaganda cuando sus líderes (los Flores Magón) se dedicaron a emitir boletines de prensa desde Los Angeles en vez de acudir a los campos de batalla de Baja California y tomar las riendas del movimiento. La prensa estadounidense los comparó desfavorablemente con los maderistas (la revolución triunfante) y los presentó, ante la opinión pública, como una pandilla de bandoleros y a su revolución como un espectáculo de circo, porque así les convenía a los dueños de

los periódicos, enemigos jurados de todo lo que oliera a revolución. El que la prensa los caricaturizara como una banda sin ley ayudó a que no se profundizara en la ideología que enarbolaban, a que se olvidaran las causas sociales por las que pelearon y murieron. Nunca fueron bandidos: fueron revolucionarios. Con una causa por defender. Con una dictadura por derrotar. Pero queda la duda: ¿debió Ricardo Flores Magón presentarse en Baja California? ¿No hubiera sido una gran oportunidad para eliminarlo con tantos francotiradores pagados por el ejército porfirista?

En las historias revolucionarias victoriosas del siglo XX, el líder político no se expone en el campo de batalla, lo hacen sus enviados. Ya Fernando Zertuche en su libro *Ricardo Flores Magón. El sueño alternativo* (1995) señalaba que “Ricardo Flores Magón no abandona sus oficinas de Los Angeles ni encabeza a los combatientes, pues no concibe su papel de jefe, comandante, director o algo parecido”. Y es que don Ricardo nunca pensó en ir a Baja California u otros estados del país, como Chihuahua o Coahuila, en donde las fuerzas floresmagonistas luchaban con éxito en 1911. No era esa la función revolucionaria que él mismo se adjudicaba. Él era la voz que reunía los esfuerzos de todos los que pretendían liberar a México de la opresión. Al contrario de Madero, si su revolución triunfaba, él no sería su presidente, su líder vitalicio (si hay algo más alejado de Ricardo Flores Magón son los dictadores revolucionarios como Stalin, Mao o Fidel Castro con los execrables cultos a sus propias

personalidades). Como anarquista apasionado, no era su ambición el poder sino la libertad; no era su objetivo controlar a México, sino verlo crecer en justicia y felicidad.

Lo que realmente falló en la revolución floresmagonista en Baja California fueron las comunicaciones entre la junta directiva y los jefes militares. Ricardo Flores Magón era un excelente estratega político, con una visión nacional del impacto de su revolución no sólo en Baja California sino frente al maderismo, su rival revolucionario, y frente al resto del país. El problema era la falta de una cadena de mando que retroalimentara a los miembros de la junta del Partido Liberal Mexicano en Los Angeles y les hiciera ver, de manera expedita, los cambios y situaciones que se daban, día con día, enfrentamiento tras enfrentamiento, disidencia tras disidencia, en el campo de batalla y en los campamentos de la revolución floresmagonista. Los jefes políticos carecían de información diaria de los acontecimientos, reaccionaban a muchos percances demasiado tarde.

Para los revolucionarios que luchaban en Baja California, esta ausencia o lejanía de sus jefes que, cuando se dignaban mandar órdenes, ya eran extemporáneas, ocasionó que muchos de ellos tomaran sus propias decisiones y se sintieran cada vez más ajenos a Ricardo Flores Magón y sus proclamas. Allí germinó, en muchos de estos combatientes dejados al garete, la convicción de que el maderismo era mejor opción que la ideología anarcosindicalista de su propio movimiento, la idea de que con la caída del dictador la revolución ya había

ganado en México y podían dejar de combatir sin menoscabo de su honor. Por eso Ricardo y su junta nada pudieron hacer ante el licenciamiento pacífico de sus tropas en Mexicali el 16 de junio de 1911 y ante el abortado licenciamiento del resto de las mismas en Tijuana el 22 de junio de 1911, cuando fueron sorprendidas por Celso Vega. Para Ricardo Flores Magón, eran traidores a su movimiento, mientras que para los militares porfiristas, todos los revolucionarios, no importaba si pacíficos o en armas, si reformadores o radicales, eran enemigos a eliminar: así lo hicieron con los floresmagonistas a partir de 1911 y con los maderistas en 1913. Había que exterminarlos a todos para que no hubiera otra revolución.

La lucha de los floresmagonistas era por un México libre de opresión y opresores. Eso abarcaba tanto a las empresas extranjeras que usufructuaban las tierras de Baja California como al sistema político-militar de la dictadura porfirista. Eso los puso en contra de todos los grupos de poder de la entidad y, cuando buscaron requisar alimentos y bebidas por la fuerza, los enfrentó con los comerciantes locales. En realidad, el mito del filibusterismo fue una gran mentira que servía a un solo propósito: tranquilizar a las grandes empresas explotadoras de la entidad (como la Colorado River Land Company, cuyos accionistas principales eran Otis y Chandler, los dueños de *Los Angeles Times* y enemigos jurados de los sindicalistas estadounidenses que apoyaban a los revolucionarios mexicanos con armas y hombres). Al ser

expulsados los revolucionarios floresmagonistas de Baja California, todos los socios capitalistas respiraron tranquilos y decidieron controlar la situación ellos mismos para no volver a tener el susto de 1911. Por eso los gobiernos que hubo de 1911 a 1937 poco pudieron hacer para evitar el poder de estas empresas. La Colorado River Land Company era demasiado poderosa para poder ser controlada por los políticos locales. En todo caso, los gobernantes en turno administraron las rentas, pero no controlaron el territorio. Por eso no pudo haber un desarrollo agrícola mexicano en el valle de Mexicali, ya que éste era una zona estadounidense intocada. Ni Álvaro Obregón ni Plutarco Elías Calles, mucho menos Pascual Ortiz Rubio o Abelardo L. Rodríguez, pudieron hacer otra cosa que doblar las manos ante el imperio agrícola de los empresarios angelinos.

Si los revolucionarios anarcosindicalistas hubieran ganado en 1911 o si los revolucionarios villistas y carrancistas hubieran logrado romper con la dictadura huertista en la entidad entre 1913 y 1914 (intentos que, por cierto, impidieron las tropas del coronel Cantú), otra hubiera sido la situación. La derrota de la revolución anarcosindicalista fue, cosa curiosa para un movimiento autotitulado internacionalista, una derrota del nacionalismo revolucionario, implicando que durante 25 años no estuviéramos realmente vinculados a la evolución histórica del resto del país. Baja California permaneció como un espacio congelado en el tiempo, como un bastión porfirista

o una zona autónoma a la medida de los intereses extranjeros, que sólo la presidencia del general Lázaro Cárdenas (1934–1940) pudo romper.

3. – El mito del filibusterismo, que primero los porfiristas bajacalifornianos y luego el coronel Esteban Cantú adjudicó a los floresmagonistas, acabó revirtiéndoseles. La justicia poética de la historia llegaría diez años después. Expulsado del poder por el gobierno del presidente Álvaro Obregón en 1920, Cantú no se resignó a ser un exiliado político más en Estados Unidos y empezó a preparar, con el apoyo de muchos “defensores de la integridad nacional”, su regreso a Baja California al mando de una rebelión armada antiobregonista. Entre noviembre de 1921 y febrero de 1922, sus tropas, reclutadas en Los Angeles y San Diego, tuvieron breves escaramuzas con el ejército revolucionario al mando del general Abelardo L. Rodríguez. Las fuerzas cantuistas fueron detenidas en seco entre Tijuana y Jacumba. El coronel Cantú llamó patriotas a estos rebeldes. ¿Y saben cómo los llamó la prensa nacional? Sí. Exacto: filibusteros. Años más tarde, Cantú pidió permiso para regresar a vivir al Distrito Norte de la Baja California y el régimen revolucionario le dio la bienvenida como un ciudadano más que regresaba a su patria. Y, de esta manera y como los cuentos de hadas, nuestro coronel porfirista, maderista, huertista, villista y carrancista vivió feliz hasta su muerte en 1966. En cierta forma, desde su llegada a Baja California en 1911, Esteban Cantú había puesto las bases de

un sistema que reprimió a los simpatizantes de la revolución floresmagonista, que borró la memoria de esta revolución para imponer su versión porfirista–huertista de la historia, mientras le sacaba jugo a todo vicio y placer. Monumentos y calles en honor de Cantú y de los erróneamente llamados “defensores de la Baja California” hay por todos los rumbos de nuestra entidad, ya que muchos políticos locales y grupos empresariales (como el Club de Leones) prefirieron levantarles monumentos que aceptar que los floresmagonistas eran los verdaderos patriotas, que Ricardo Flores Magón podía darles lecciones de patriotismo a todos ellos. Y no sólo de patriotismo sino de dignidad política. Recuérdense lo que respondió don Ricardo (*Regeneración*, 25–11–1911) ante el ofrecimiento, hecho por el propio Francisco I. Madero, de que fuera el vicepresidente del gobierno provisional a la caída de la dictadura porfirista: “Yo no quiero ser tirano. Soy un revolucionario y lo seré hasta que exhale el último aliento. Si el pueblo tuviera algún día el pésimo gusto de aclamarme para ser su gobernante, le diría: *Yo no nací para verdugo. Busca a otro*”.

4. – En México, las revoluciones radicales, como el floresmagonismo, rara vez concitan el fervor popular. En cambio, las reformas prudentes disfrazadas de revoluciones han obtenido numerosos seguidores. El maderismo fue una de éstas, y por eso obtuvo el apoyo tanto de la incipiente clase media mexicana, de los comerciantes y profesionistas, hartos de la dictadura de don Porfirio, como el del aparato

represor de la misma –aunque fuera a regañadientes–. Al mal tiempo de los revolucionarios, clericales y liberales, científicos y militares, pusieron buena cara mientras se confabulaban para regresar al poder absoluto lo más pronto posible. Pero siempre hubo un obstáculo para que todos los grupos poderosos en el país se agarraran de las manos y se pusieran a cantar: *We are the World*. Y ese obstáculo fueron los magonistas. Para Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano, quitar al dictador sólo era el primer paso para un objetivo mayor: desmantelar por completo el aparato económico, social, político y militar del Porfiriato. Por eso, cuando cae el dictador y Madero asciende a la categoría de mesías de la democracia mexicana, este último se convierte en el enemigo a vencer. Pero esto trae consecuencias inmediatas entre los seguidores del PLM. Mientras Porfirio Díaz era el villano de la patria, no hubo gran problema. Don Porfirio era, a no dudarlo, un villano convincente, pero Madero no quedaba bien en el papel del villano que los floresmagonistas pregonaban en *Regeneración*. Madero, en su figura, discurso y actitudes, no generaba odio (excepto en los militares adictos a la dictadura y en los ultraconservadores) ni miedo, sino simpatía o, cuando menos, curiosidad. Por más que los magonistas hablaran pestes de él, era difícil venderle al pueblo mexicano la imagen de buitre del proletariado, tal y como en la prensa magonista aparecía retratado. Por otra parte, muchos revolucionarios adscritos al PLM querían volver al *business as usual* de sus respectivas actividades. Si ya no estaba el

dictador, ¿por qué no ponerse en paz y recibir los frutos de haber peleado en el bando de los buenos? Por ello son explicables las deserciones tan frecuéntese en las filas magonistas a partir de mayo de 1911. Unirse al vencedor era mejor que seguir alzados en armas y sin futuro viable a la vista.

Cuando uno lee *Regeneración*, puede verse la desesperación creciente de Ricardo Flores Magón. Cada semana una figura mayor de su movimiento (Villarreal, Sarabia, Leyva, Gallego) deserta de sus filas y se pasa a las del nuevo enemigo a combatir: el maderismo. Cuando el coronel Celso Vega toma Tijuana, don Ricardo no le echa la culpa a este porfirista renegado, sino a los maderistas. Son los maderistas los responsables, a partir de mayo de 1911, de todas sus desgracias. Pero hay algo en lo que don Ricardo tiene razón: el encarcelamiento de la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano se da en cuanto ésta no acepta el trato propuesto por los enviados de Madero a Los Angeles, Juan Sarabia y su hermano Jesús Flores Magón, quienes piden el fin de las campañas armadas floresmagonistas en todo el país y que el PLM forme parte del futuro gobierno mexicano, con el propio Francisco I. Madero a la cabeza y con don Ricardo como vicepresidente de la República Mexicana. Es una jugada doble, además.

En cuanto el PLM se niega a participar, se abre el proceso en su contra por violar la ley de neutralidad de Estados Unidos y Ricardo descubre que agentes maderistas han

convencido a sus compañeros de armas de que depongan la lucha armada. Es una jugada magistral de Madero en su maquiavelismo. El 14 de junio, el PLM aún dirige un triunfante movimiento armado en Baja California y, ocho días más tarde, no cuentan con ningún ejército digno de tal nombre. Han sido echados a los calabozos de un país extranjero a pura negociación en lo oscuro. Es una humillación que Ricardo Flores Magón nunca olvidará. Lo duro vendrá más tarde, cuando gente cercana, como Francisco Vázquez Salinas, lo traicione declarando en su contra para salvar el pellejo. La nota de dignidad la dará, cosa curiosa, un combatiente extranjero: Jack Mosby. Será el único que, en el juicio que se lleva en contra de Ricardo y los demás miembros de la junta del PLM, revele que el fiscal de Los Angeles le ofreció inmunidad con tal de que declarase contra sus camaradas de partido. No lo hará y, por esa decisión, pasará dos años en la cárcel, mientras que otros camaradas saldrán libres en el momento mismo en que el juicio termine.

En cuanto al maderismo en Baja California, éste sólo aparecerá hasta que el dictador caiga. Muchos bajacalifornianos, que después se autonombrarán maderistas, no se atrevieron a salir del clóset durante el conflicto armado. Sabían que para Celso Vega y el ejército porfirista ser maderista era tan subversivo como ser floresmagonista. Cuando se quejaban de la situación imperante en la entidad, lo hacían escribiendo cartas anónimas al presidente Porfirio Díaz,

como la carta escrita por varios futuros maderistas ensenadenses (probablemente Juan B. Uribe y David Zárate) y fechada el 18 de abril de 1911, en donde acusaban al coronel Celso Vega de que “en los ocho años que lleva de desempeñar su cargo, su único objetivo han sido la especulación y divertirse. La fuente de la especulación ha sido el juego, las corridas de toros y casas de tolerancia. En una palabra, el Distrito quedó entregado a una rapacidad increíble”. Pero su discurso era sumiso a la dictadura prevaleciente. Su problema con Vega era el individuo corrupto, no el sistema que procreaba semejante corrupción y autoritarismo. Culpan, estos futuros maderistas, a Vega, pero no se atreven a reconocer que el modelo original de esta clase de gobierno es el propio dictador, que su conducta en el Distrito Norte es el reflejo de muchas otras en el ejercicio del poder a lo largo y ancho del país. Y, por supuesto, don Porfirio no les responde. Y no lo hace porque Celso Vega es una pieza necesaria para la buena marcha de la dictadura. Ése es el principal problema de los maderistas bajacalifornianos: frente a una revolución como la del Partido Liberal Mexicano, que dice las cosas por su nombre, que señala sin pelos en la lengua que el problema de México es toda una maquinaria opresiva, estos revolucionarios moderados ni siquiera intentan hacer lo que hizo Madero: levantarse en armas, luchar por un México distinto al que vivían. En lugar de eso, quieren resolver todo con cartas. Y cuando meses más tarde, ya cuando el movimiento floresmagonista ha desaparecido de la entidad, intentarán

hacer lo mismo con el presidente Madero: avisarle que la situación social y política no mejora, que los porfiristas siguen igual de poderosos, corruptos e intocables. Incluso uno de ellos, Juan B. Uribe, irá hasta la capital del país para intentar entrevistarse con el propio presidente Madero. No lo logrará. Madero, en cambio, manda a gente suya a Baja California: no para ayudar a repartir la tierra entre los nativos, no para disminuir la corrupción reinante entre los militares a cargo del Distrito Norte. No. Los enviados del flamante presidente, elegido democráticamente, vendrán a ser agasajados en el C-M Ranch por los dueños de la Colorado River Land Company. Madero funciona, para Harrison Cray Otis y Harry Chandler, tan bien como don Porfirio. Es un socio confiable, un empresario como ellos. Así, los maderistas bajacalifornianos van siendo dejados solos, sin defensas reales para protegerse del regreso de la jauría militarista que volverá por sus fueros en cuanto Victoriano Huerta se deshaga del propio presidente Madero, en febrero de 1913. Para entonces, Ricardo Flores Magón, cumpliendo su condena en una prisión estadounidense, le dirá a quien quiera aún escucharlo: “Se los dije”.

5. – Para Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano, su mejor momento, en términos revolucionarios, fue entre diciembre de 1910 y junio de 1911. En poco más de seis meses, este partido y sus seguidores fueron piezas claves para derrocar la dictadura porfirista en México. Pero en cuanto ésta cayó, el maderismo se impuso como la

facción victoriosa y luego como el nuevo gobierno, provocando que los floresmagonistas quedaran en desventaja, relegados de la toma de decisiones, incapaces de tener voto en los acontecimientos que siguieron. Muchos de sus simpatizantes, al menos los más ambiciosos y sin escrúpulos, se cambiaron de bando y se adhirieron al maderismo, al villismo, al convencionalismo, al carrancismo y al obregonismo.

Al final, Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano se fueron quedando solos. La Revolución Mexicana los reivindicaría años más tarde, pero en la etapa final de su vida (1911–1922), Ricardo quedó al margen del régimen revolucionario porque no había participado en la rapiña del poder, porque no se ensució las manos con riquezas malhabidas. No transigir, no venderse, le costó a Ricardo Flores Magón quedar sin apoyos políticos para salir de la cárcel en que estuvo prisionero los últimos cuatro años de su vida (1918–1922) en Estados Unidos. En México, al mismo tiempo, todos usaban sus ideas (Tierra y Libertad), pero nadie quería tenerlo en la arena pública nacional criticando las traiciones a la revolución, los robos y desvergüenzas hechos en su nombre. Era un revolucionario molesto para los que lucraban con la revolución. Una figura que no cabía en el banquete de los vencedores, esos revolucionarios que cada vez más se parecían, en voracidad y privilegios, a sus primeros contendientes: los viejos porfiristas. Ricardo lo dijo al final de su vida (*Regeneración*, 6-X-1917): “De todos

aquellos que antes de 1910 creían que el gobierno era malo porque se encontraban al frente de él Porfirio Díaz y los científicos, después de siete años de cambios de presidentes y de camarillas son muchos los que se han dado cuenta de que el gobierno es malo, ya sea que se encuentre Pedro o Juan en el poder”.

Las revoluciones, aseguraba Flores Magón desde su propia experiencia, se hacían principalmente “por conquistar empleos o por cambiar de tiranos. Eran hechas de ambiciosos contra ambiciosos, de gente harta de gozar contra individuos ansiosos de enriquecerse”.

En 1922, a pocos días de su muerte en la cárcel de Leavenworth, en Kansas, Ricardo aceptaba que su intransigencia política le había dado “tantos enemigos” y “tan pocos amigos” en su patria. Mientras otros celebraban el triunfo de la revolución como negocio personal, Ricardo languidecía en su celda, en el extranjero, como un revolucionario incorruptible, como un recordatorio que no todo espíritu revolucionario se había vendido. Y allí, medio ciego, escribía a sus camaradas: “¿Qué es la luz solar? La solidaridad de los siete colores del arco iris. La Madre Tierra se enorgullecerá dentro de poco al ser pisada por hombres en vez de rebaños. El sol comienza a besar sus frentes en lugar de quemar sus espaldas”. En su utopía, la felicidad y la belleza no estaban excluidas. Y aun siendo prisionero, podía ver la luz como armonía, la justicia como abnegación, la libertad como cooperación entre todos. Ese era el México

que quería para Baja California. Ese era el México que quería para todos.

La tragedia de Ricardo Flores Magón es que sus sueños revolucionarios pocas veces tuvieron, para realizarlos plenamente, a gente a la altura de su visión política, de su integridad personal. Pedía demasiado, dirán algunos. Nunca quiso cambiar, dirán otros. Pero su tragedia nace de su intransigencia por una causa que él consideraba justa, necesaria, inquebrantable. Ricardo jamás dio su brazo a torcer. Prefirió ser traicionado a traicionar sus ideales. Como un revolucionario teórico, quiso que la realidad se adaptara a sus teorías de cambio social y económico y no al revés. Su empecinamiento fue su mayor fuerza. Su empecinamiento fue su mayor debilidad. Pero gracias a que Ricardo Flores Magón fue fiel a sí mismo, la Revolución Mexicana, hecha por hombres y mujeres falibles, inconstantes, dudosos y venales, no fue sólo un vehículo para cumplir las ambiciones personales de tantos y tantos revolucionarios de dientes afuera. Cuando la revolución se hizo gobierno y luego sistema monolítico, los miembros de la casta revolucionaria comprendieron que había dos proclamas, dos proclamas profundamente floresmagonistas que no podían dejar de atender: Tierra y Libertad. Si se olvidaban de ellas, provocarían una nueva revolución y no les convenía. Así, la tierra y la libertad se fueron repartiendo a cuenta gotas, con la celeridad de una tortuga. Por ello, no fue sino hasta la aparición del cardenismo (1934–1940) cuando los ideales del

Partido Liberal Mexicano tuvieron vigencia real, aplicación pública frente a los poderes de facto, como los grandes latifundistas y las empresas extranjeras. Pero apenas pasado ese gobierno, las aguas volvieron a su cauce y las tierras siguieron siendo botín de políticos y empresarios unidos al gobierno, mientras que la libertad permaneció acotada para proteger los pilares del sistema en su impunidad, en su autoritarismo rampante. Por más que a Ricardo Flores Magón se le honraba como precursor de la Revolución Mexicana, su legado político, social, filosófico, no era de interés para los revolucionarios que habían traicionado los ideales originales de la propia revolución, ni para los historiadores reaccionarios que se burlaban de un hombre que nunca se vendió, por eso preferían citar a sus detractores que estudiar, con seriedad, la trayectoria vital de un luchador que nunca desfalleció en su cruzada por un México donde el poder estuviera en manos de todos los mexicanos y no de unos cuantos privilegiados. En realidad, la tragedia del legado del floresmagonismo no es suya sino nuestra. Si México sigue siendo un país porfirista, dolorosamente desigual, violentamente oprimido, legalmente injusto, es porque dejamos de escucharlo, es porque no quisimos reconocer en sus críticas un reclamo que sigue vigente aún ahora, en pleno siglo XXI.

6. – Nosotros, los bajacalifornianos del siglo XXI, ya no podemos aceptar el mito como historia, por más que el mito nos pinte como herederos de los héroes defensores de la

patria. Buena parte de los primeros relatores del movimiento armado floresmagonista eran sus enemigos políticos (como Enrique Aldrete, el secretario particular del coronel porfirista Celso Vega o Rómulo Velasco Ceballos, un furibundo porfirista, un propagandista a las órdenes de Cantú) y sus adversarios militares (como el propio Esteban Cantú, el coronel porfirista y huertista que gobernó Baja California como si no hubiera revolución en el resto del país).

Imagínense que la historia de la independencia de México la hubiera contado el virrey Calleja y los militares españoles que la combatieron, o que la biografía de Francisco I. Madero la hubiera dictado el general Victoriano Huerta. Bajo tales circunstancias se escribió la historia de Baja California con respecto a la revolución floresmagonista de 1911. La pregunta que queda en el aire es: ¿Por qué el mito suplanta a la historia? Porque el mito funciona mejor para propósitos de unidad, de orgullo comunitario, de manipulación política. Así ha sucedido con el mito de la cruzada en la España franquista o el mito de la raza aria en la Alemania nazi. El mito ofrece la posibilidad de participar en una experiencia sagrada, mientras que la historia, como crítica del pasado, responde a contrastes, claroscuros, dudas, incertidumbres y matices.

La historia crítica no da una verdad absoluta, no tiene una visión monolítica del pasado, como sucede con el mito. La historia, cuando no se erige en mito oficial, socava al poder en turno al enfrentar sus mitologías y dogmas, al exponer el

pasado con una riqueza mayor que engloba traiciones, fallos y errores lo mismo que aciertos, hazañas y logros. El mito es, finalmente, una mentira envuelta en un deseo de trascendencia. Pero quitándole la trascendencia es sólo una mentira más. Y como el mito no admite dudas, cualquier otra versión que se sostenga sobre los acontecimientos históricos en que se origina, cualquier otra interpretación que se manifieste públicamente, queda fuera del canon establecido, del evangelio aceptado.

El problema de la revolución anarcosindicalista de 1911 en Baja California es que los libros de historia la han tratado con una parcialidad aterradora: por un lado parece que toda la campaña armada floresmagonista es una simple invasión filibustera. Lo que hoy sabemos es una falsedad histórica. Luego surge la idea de que los hechos principales de armas se dieron en Tijuana, cuando tres de las cinco batallas principales ocurrieron en Mexicali. Y muchos de los libros de historia locales parecen olvidarlo por completo. Y eso es olvidar que Mexicali fue territorio liberado por la revolución floresmagonista por cinco meses, mientras que Tijuana apenas alcanzó las seis semanas. Y, finalmente, hay un desdén por consultar las fuentes del Partido Liberal Mexicano y de su periódico *Regeneración* a la hora de contar este episodio histórico, lo que hace pensar que nuestros historiadores prefirieron basarse en los partes de guerra oficiales, es decir, porfiristas, porque se sintieron más cómodos con la visión de orden y progreso en relación con

este conflicto armado. Es obvio que estos documentos eran insuficientes para armar una historia “imparcial” de una lucha que presentaba tantos y tan variados intereses en pugna. Y aquí vuelvo a *Regeneración* para iluminar esta parcialidad de nuestros cronistas e historiadores locales, tan cercanos a la historia de bronce, tan proclives a la historia oficial conservadora. Al realizar esta investigación, pensaba que *Regeneración* había sido una publicación consultada por todos ellos como fuente primaria. Lo creía porque los manifiestos y proclamas de Ricardo Flores Magón eran citados en sus obras para demostrar que don Ricardo no sabía, bien a bien, qué pasaba en las diferentes poblaciones y en los distintos campos de batalla de Baja California, en los que su ejército revolucionario actuaba y peleaba en nombre de sus ideales de tierra y libertad. Pero al consultar el periódico vocero de su movimiento, me topé con decenas de crónicas y partes de guerra sobre la revolución floresmagonista en la entidad. Allí estaban testimonios valiosísimos sobre la lucha armada desde el punto de vista de los propios revolucionarios. ¿Por qué nuestros historiadores, tan objetivos ellos, nunca los habían utilizado en sus obras para, al menos, equilibrar las opiniones de los porfiristas en sus documentos oficiales y en sus propios partes de guerra? ¿Eran más confiables los reportes de Celso Vega, Miguel Mayol, Enrique de la Sierra o Esteban Cantú que los reportes de Adrián M. López, Caryl Pryce, Pedro Ramírez Caule o José María Leyva? No lo creo. Y lo mismo pasa con la prensa estadounidense: parece que nuestros

preclaros historiadores escogieron sólo reportajes tendenciosos en contra de los anarcosindicalistas. No buscaron o no quisieron dar crédito al comportamiento ejemplar, valiente, generoso, de buena parte del ejército floresmagonista. Y mucho menos eligieron aquellas notas informativas que señalaban la cobardía y traición de muchos oficiales porfiristas a la población de Baja California. Es como si siguieran un guión preparado y no quisieran salirse para investigar las luces y sombras de todos y cada uno de los bandos participantes en esta lucha entre los liberales libertarios y los porfiristas defensores de la integridad dictatorial, entre los extranjeros cómplices de un sistema autoritario, como los dueños de la Colorado River Land Company y los socios de la Mexican Land and Colonization Company, y los voluntarios extranjeros que acudieron a nuestra entidad para pelear por un México libre, justo, igualitario.

7 – No hay que olvidar que, en nuestra entidad, hubo políticos, empresarios, periodistas y militares del viejo régimen porfirista que controlaban buena parte (si no es que todo) el discurso histórico sobre la revolución mexicana desde una perspectiva antagónica, obsesivamente denigratoria. Estas personas, “estos supuestos defensores” de la integridad nacional, eran gente que odiaba a Ricardo Flores Magón y que se sentía agredida porque los restos de este revolucionario ejemplar llegaran a la Rotonda de los Hombres Ilustres en la Ciudad de México, datos que nos

advierten de las fuertes resistencias sociales que había en la Baja California de mediados del siglo XX contra todo aquel que osara cuestionar la versión oficial de la revolución mexicana (llamándola filibusterismo) en nuestra entidad. Para muestra, un botón: en el *Diccionario enciclopédico de Baja California* (1989), el movimiento revolucionario floresmagonista se encuentra en el apartado 'filibusterismo'. Ricardo Flores Magón comparte, para vergüenza nuestra, el espacio con verdaderos filibusteros, como William Walker. De esa magnitud es el desprecio que muchos historiadores bajacalifornianos muestran ante la revolución anarcosindicalista de 1911. Y esta campaña de desinformación ya tiene una centuria funcionando.

Hace poco, en un foro de Internet, un estudiante bajacaliforniano, al que le dejaron de tarea un texto sobre Ricardo Flores Magón, preguntaba angustiado: "Díganme, Ricardo Flores Magón ¿qué fue: héroe o traidor?". Así de tergiversada se halla la figura de este revolucionario, que tanto sacrificó por Baja California, para las nuevas generaciones. Y no es culpa del estudiante sino de una arraigada visión contrarrevolucionaria imperante en la entidad desde hace cien años, de un anhelo por imponer la mentira del filibusterismo a cualquier precio, manteniendo este mito patriotero para consumo interno, pues en otras partes del país y del extranjero, la trayectoria política del Partido Liberal Mexicano y de sus revolucionarios es bien conocida y respetada. Ya el general revolucionario Rubén

García, en el Primer Congreso de Historia Regional efectuado en Mexicali en 1956, afirmaba lo que significaba hacer la revolución en todo México: “¿De qué otra manera puede hacerse la revolución si no es tomando caballos de donde sea posible y alimentos y equipo de donde se pueda? Así, los martirizadores porfiristas no podían entender, como no entendían los reaccionarios, el espíritu que animaba a los visionarios magonistas, como no pueden entender el bien humano los malvados, ni la grandeza del alma los bellacos”.

A cien años de distancia, ¿no creen que ya es hora de dejar los mitos de gloria porfiriana y contemplar a la revolución floresmagonista como nuestra versión de la Revolución Mexicana en Baja California, como la gesta de una liberación reprimida a sangre y fuego, a mentiras y engaños? ¿No creen que ya es hora de que los villanos de Baja California sean realmente eso, precisamente eso: villanos, torturadores, verdugos, déspotas?

Para comprender este travestismo histórico, primero es necesario entender cómo se tergiversó la historia de Baja California desde 1911 hasta nuestros tiempos, y cómo esta falsedad histórica fue el relato dominante por casi un siglo en los libros de historia locales. Pocos historiadores bajacalifornianos se atrevían a ir contra la corriente dominante, con la notable excepción de Pablo L. Martínez. Sólo hasta los años ochenta del siglo XX, con los primeros estudios realizados por los investigadores del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de

Baja California en Tijuana, se comenzó a poner en duda la versión filibustera de la revolución floresmagonista de 1911. Pero incluso estas tentativas fueron modestas, sin querer levantar polvo, sin ánimos de confrontación con el mito establecido y con las clases pudientes, de pensamiento conservador, que lo animaban y lo animan. Y aun así, un historiador aficionado, enojado por esta disidencia interpretativa, actuó como un verdadero déspota porfirista: intentó quemar el archivo documental del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California con el fin de destruir la evidencia en contra de la versión oficial. Tal era el furor totalitario de estos defensores de la integridad de la mentira, de estos “patriotas” que no aceptaban ser puestos en duda.

8.– He aquí los hechos entonces: en 1910, la revolución mexicana estalla. La llamamos en singular, pero en realidad fueron varios movimientos revolucionarios: los encabezados por Francisco I. Madero, Pascual Orozco, Emiliano Zapata y los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón y su Partido Liberal Mexicano de tendencia anarcosocialista. Si los maderistas “invadieron”, desde Estados Unidos a Chihuahua, lo mismo hicieron entonces los floresmagonistas desde California para liberar a Baja California de la dictadura porfirista. Los revolucionarios floresmagonistas fueron apoyados por obreros estadounidenses, los *wobblies*, que contaban con ideas similares de igualdad, fraternidad y libertad. Así, anglosajones, canadienses, italianos, alemanes,

franceses, afroamericanos, mexicanos e indígenas bajacalifornianos lucharon, hombro con hombro, camaradas entre camaradas, por un México libre, democrático. ¿Y qué recibieron a cambio de su valor y generosidad? El oprobioso nombre de filibusteros. Ellos, que siempre estuvieron combatiendo el imperialismo económico y el coloniaje militar en todas sus formas. Ellos, que murieron por la libertad de México en las tierras de Baja California. Ellos, que fueron borrados de la historia de nuestra entidad gracias a una implacable campaña de exterminio, a un plan de limpieza social para que las ideas anarcosindicalistas no contaminaran a los trabajadores y campesinos bajacalifornianos y, de esta manera, la ideología porfirista–huertista–cantuista, con su orden y progreso bajo el paternalismo militar, siguiera siendo el motor esencial de nuestra sociedad. Un fascismo bajacaliforniano que, entre 1911 y 1920, no tuvo contemplaciones a la hora de fusilar por centenares a los simpatizantes de la revolución floresmagonista en la entidad, que aniquiló a toda disidencia política radical para no volver a sufrir la humillación de otra derrota en el campo de batalla. Y así, gracias a una contrarrevolución atroz, auspiciada por estos militares amantes del caudillismo, los villanos adictos a la dictadura se transformaron, para la historia oficial, en héroes. Y los revolucionarios quedaron como los villanos. Un mito genial. El de los defensores de la integridad nacional. Una historia patrioter que servía de fachada para una mentira sangrienta. Una conspiración de silencio que escondía el

relato de una represión masiva, de una persecución brutal, de una matanza sistemática de hombres y mujeres bajacalifornianos, de hombres y mujeres revolucionarios. Y todo porque los militares a cargo, junto con sus aliados, temían al fantasma de la libertad, al canto de la justicia, al pregón de la igualdad.

9.- Entre enero y junio de 1911, los revolucionarios floresmagonistas lograron capturar las principales poblaciones del Distrito Norte de la Baja California, con la excepción de su entonces capital: el puerto de Ensenada. Los defensores de la dictadura porfirista (comerciantes, prestanombres de los empresarios gringos y británicos, y los oficiales del ejército federal) optaron por decir que los floresmagonistas no eran revolucionarios sino filibusteros, que este movimiento revolucionario era una invasión extranjera financiada por el gobierno de Estados Unidos. Pero el gobierno de Estados Unidos arrestó a los floresmagonistas y *wobblies* que pudo y envió a los hermanos Flores Magón a la cárcel por años, mientras que don Porfirio mandó tropas a Baja California no a luchar contra esta supuesta invasión, sino a proteger las propiedades de las empresas extranjeras en el valle de Mexicali (la poderosa Colorado River Land Company). Pero los porfiristas necesitaban hacer creer que los floresmagonistas no eran revolucionarios, sino filibusteros, para poder hacerse pasar ellos mismos por defensores del país. Era una forma de escapar de la ignominia de haber sido

porfiristas y más tarde traidores a la patria al acatar el régimen del usurpador Victoriano Huerta del que, como en el caso del coronel Cantú, recibieron ascensos y reconocimientos que, ya cuando había triunfado el régimen revolucionario, fueron un lastre para sus carreras políticas y sus intereses comerciales, paradójicamente unidos al capital estadounidense.

Por esas mentiras, los profiristas–huertistas–cantuistas bajacalifornianos obtuvieron medallas, homenajes, calles con sus nombres, monumentos. ¿Cómo lo lograron? Escribiendo la versión oficial de los hechos, su versión de triunfadores, de vencedores, ya que los revolucionarios floresmagonistas fueron exterminados, bajo una política de terror deliberado, del Distrito Norte o aceptaron (como en el caso de Rodolfo Gallego) pasarse al maderismo y combatir a sus excompañeros de armas por un puesto en el gobierno. Gracias a que estos porfiristas–huertistas se habían legitimado como tales defensores, al repetir una mentira hasta que esta se volvió la “verdad”, podemos entender sus reacciones virulentas contra cualquiera que dudara de sus méritos cívicos.

Como lo dice el poeta Fernando Pessoa, tanto finge el fingidor, que acaba siendo lo que finge. Es decir: estos defensores del *statu quo* porfirista tanto se autoengañaron mostrándose como patriotas, que terminaron sintiéndose figuras públicas que no debían ser cuestionadas por nada ni nadie. Ellos representaban, como estampitas escolares, la

verdad revelada, el dogma sagrado, la heroicidad a prueba de toda sospecha.

Gracias a tal impostura, una ciudad como Tijuana se ha autoimpuesto el calificativo de “heroica”. Es como si los defensores de Ciudad Juárez contra los revolucionarios maderistas debieran ponerle a esta ciudad el mismo epíteto. O los defensores civiles de Berlín en 1945, que lucharon heroicamente contra las tropas rusas y estadounidenses invasoras, debieran ponerle a Berlín tal nombre. Falta, por supuesto, el contexto de la acción armada. No es sólo el acto individual lo que hace heroica tal conducta: es la causa que se defiende la que indica quién es el héroe justo. Y en el caso de la batalla de Tijuana del 9 de mayo, es obvio que sus defensores no defendían a la patria sino a un régimen dictatorial, a un sistema oprobioso e injusto. En cambio, de los revoltosos floresmagonistas, de estos rebeldes a los que todavía temen algunos tijuanenses y ensenadenses, de estos revolucionarios anarcosindicalistas que lucharon en nuestras lejanías, sólo queda la tierra seca que cubre sus tumbas anónimas, el polvo al viento que hoy son sus restos desperdigados en el desierto.

Aún ahora, sus ideales de tierra y libertad agitan los sueños de los bajacalifornianos.

Para algunos son quimeras. Para otros, pesadillas.

Lo cierto es que sus fantasmas siguen inquietándonos, siguen molestándonos con preguntas no resueltas, con disputas no terminadas. Es decir: siguen provocando que discutamos esa utopía anarcosocialista que pudo ser nuestra entidad.

Pero tal vez eso sea mejor. Al fin y al cabo todos ellos fueron anarquistas. O como lo describió Joe Hill: “No éramos gente importante. Sólo había en nuestras filas personas comunes y corrientes”. Pero, ¿es gente común la que da su vida por la libertad propia y ajena?, ¿son personas corrientes las que luchan por la justicia de todos para todos?

No fueron, aceptémoslo, héroes con uniforme de gala y medallas colgando del pecho, como los pomposos militares porfiristas.

No eran, reconozcámoslo, empresarios millonarios con su puro en la boca y su reloj de oro macizo, como los dueños de la Colorado River Land Company y *Los Angeles Times*.

Nuestros revolucionarios floresmagonistas de 1911 no se distinguían por su compostura ni por sus buenos modales.

Se distinguían y se distinguen por su amor a la libertad, por sus ganas de compartir el espíritu fraterno con todos nosotros.

Su mejor monumento es no tener monumento.

O que éste sea una tumba perdida en la Laguna Salada o en el valle de Mexicali, una sepultura a ras de tierra en Tecate, Agua Caliente o El Álamo.

Lo mejor de su historia es que no es de bronce ni está labrada en mármol.

No son mito: son un relato que, si queremos honrar en todo su valor, hay que conmemorarlo, hay que recordarlo como un legado generoso a una causa que nos incumbe.

Una causa llamada México.

Una causa llamada justicia y libertad.



Junta Organizadora del PLM en 1910. Anselmo L. Figueroa, Práxedes G. Guerrero, Ricardo Flores Magón, Enrique Flores Magón y Librado Rivera.

VIII. LOS HOMBRES SALVAJES DE LA BANDERA ROJA

Al ponerme a hacer este libro sobre la revolución de 1911 en Baja California, decidí narrarla con una perspectiva revolucionaria, es decir, desde el punto de vista de los propios floresmagonistas, dando a conocer lo que significó y significa este singular episodio de la historia de México para nosotros, los bajacalifornianos. Un episodio que ha sido distorsionado a propósito por muchos bajacalifornianos deseosos de que la historia siga siendo un mito. Yo lo escribí buscando las verdades dolorosas que se han ocultado bajo los mitos patrioterros de nuestra historia regional. Lo que encontré fue un relato épico donde sobresalen personajes que representan el espíritu iconoclasta, rebelde, nomádico, de nuestros tiempos. Figuras a escala humana que dieron todo por apoyar una lucha de liberación nacional.

Es hora de encarar los fantasmas de nuestro pasado como

protagonistas de una saga olvidada, tergiversada, vilipendiada; de una revolución que fue escándalo internacional, confrontación radical, lucha a muerte, esperanza para los pobres y desheredados. Porque la revolución de “los hombres salvajes de la bandera roja”, como la describió Joe Hill, el cantante de protesta que participó en ella, nos revela cosas importantes de las imposturas y engaños de nuestra propia sociedad. Nos dice que la revolución floresmagonista aún es revolucionaria y sacude nuestras conciencias a un siglo de distancia, que sus ideales de tierra y libertad lamentablemente aún siguen sin cumplirse en el México actual, que su espíritu internacionalista todavía irrita a los privilegiados, a los conservadores, a los porfiristas de entonces y de ahora.

Mi propósito ha sido, al escribir este libro, afirmar que ya es tiempo de darles su lugar a los auténticos defensores de la libertad en Baja California: a los revolucionarios anarcosindicalistas, tanto mexicanos como extranjeros. Es tiempo de llamar a Camilo Jiménez, Fernando Palomares, Luis Gutiérrez, José María Leyva, Quirino Limón, José Valenzuela, Simón Berthold, Emilio Guerrero, Stanley Williams, Otto Sontag, Francisco Salinas, John Bond, Lucio Ramírez, Isabel Fierro, Juan F. Montero, Francisco Pacheco, Antonio Fortes, Natividad Cortés, Francisco Quijada, Caryl Pryce, Margarita Ortega, Pedro Ramírez Caule, Jack Mosby, Ethel Duffy, John Kenneth Turner, Sam Wood, Estanislao Camacho, Oscar García, Adrián López, Mariano Barrera,

Antonio Araujo, Joe Hill y el teniente Roberts, entre muchos, muchos otros, como lo que realmente fueron: revolucionarios que lucharon en Baja California por derrocar la dictadura porfirista, combatientes que soñaban con un México mucho más libre y justo que el México que hoy somos.

Esa es, para mí, la auténtica prueba de su heroísmo: su generosa valentía para creer en un México sin represiones, sin corrupciones, sin sumisiones; para luchar contra la opresión del prójimo con un canto a la libertad. Una libertad que no abarque a unos pocos sino a todos los mexicanos, que no sirva para beneficio de un solo país sino de toda la humanidad. ¿No es eso, acaso, motivo suficiente para celebrar su gesta revolucionaria, su sacrificio personal, su herencia aún viva, incómoda y punzante?

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

ALDRETE, Enrique, *Baja California heroica*, Editorial Frumentum, 1958.

BLAISDELL, Lowell L., *La revolución en el desierto. Baja California 1911*, Universidad Autónoma de Baja California–SEP, 1993.

CALVILLO, Max, *Gobiernos civiles del Distrito Norte de la Baja California 1920–1923*, Secretaría de Gobernación de México, 1994.

CAMPBELL, “La toma de Tijuana”, *El Mexicano*, 13–IV–2004.

CANTÚ, Esteban, *Apuntes históricos de la Baja California*, s/e, 1920.

FLORES MAGÓN, Ricardo y otros, *Regeneración 1900–1918*, SEP–Era, 1987.

HALL, Linda B., *Oil, Banks, and Politics. The United States and Postrevolutionary Mexico, 1917–1924*, University of Texas Press, 1995.

HERNÁNDEZ, Javier, “La defensa de Tijuana en 1911. Una fiesta cívica venida a menos y que tiende a desaparecer”, *Pioneros*, núm. 1, marzo de 1986.

HUMPHRIES, John, *Gringo Revolutionary. The Amazing Adventures of Caryl Ap Rhys Pryce*, Wales Books, 2005.

KAPLAN, Samuel, *Combatimos la tiranía. Conversaciones con Enrique Flores Mogón*, Talleres Gráficos de la Nación, 1958.

KERIG, Dorothy, *El valle de Mexicali y la Colorado River Land Company 1902–1946*. Universidad Autónoma de Baja California, 2001.

Lininger, Clarence, “Letters from the California–Mexican BORDER 1910–1911”, OAC, California State Library.

Martinez, Pablo L., *Historia de Baja California*, s/e, 1956.

, *El magonismo en Baja California. Documentos*, s/e, 1958.

, *Sobre el libro Baja California heroica. Contra la defensa de una falsedad histórica*, s/e, 1960.

MATHES, Michael, *Baja California. Textos de su historia*, SEP-PCF, 1988.

MCDUGAL, Dermis, *Privileged Son. Otis Chandler and the Rise and Fall of the L.A. Times Dynasty*, Perseus, 2001.

MEYER, Eugenia, *John Kenneth Turner. Periodista de Mexico*, Era, 2005.

PAYNE, Laura, "A Visit to Mexico", *Solidarity*, num. 76, IWW, 1911.

REVUELTAS, José, *Vision del Paricutín (y otras crónicas y reseñas)*, Era, 1986.

, *Las evocaciones requeridas*, Era, 1987.

ROSEMONT, Franklin, *Joe Hill. The IWW and the Making of a Revolutionary Workingclass Counterculture*, Charles H. Kerr Publishing, 2003.

SÁNCHEZ OGÁS, Yolanda, *Movimiento agrario en el valle de Mexicali*, Folleto, Universidad Autónoma de Baja California, 1987.

, "Para seguir accionando. Entrevista con Petra Pérez Vda. de Rentería", *El Mezquite*, INEA, julio-diciembre de 1990.

SMITH, Gibbs, *Joe Hill*, Peregrine Books, 1969.

TRUJILLO MUÑOZ, Gabriel, *Biblioteca clásicos cachanillas*, tomo I, IMACUM, 2009.

, *La otra historia de Baja California*, ICBC, 2009.

, *La otra historia del estado de Baja California*, Entrelineas–Librería El Día, 2009.

, *Gente de frontera. Personajes memorables de Baja California*, CECUT, 2010.

VARIOS, *Memoria del Primer Congreso de Historia Regional*, Gobierno del estado de Baja California, 1958.

Panorama histórico de Baja California, Universidad Autónoma de Baja California–UNAM, 1983.

Historia de Tijuana 1889–1989, Universidad Autónoma de Baja California, 1989.

Diccionario enciclopédico de Baja California, ICBC–Enciclopedia de México, 1989.

Porque de papeles ya estábamos hartos, INEA, 1990.

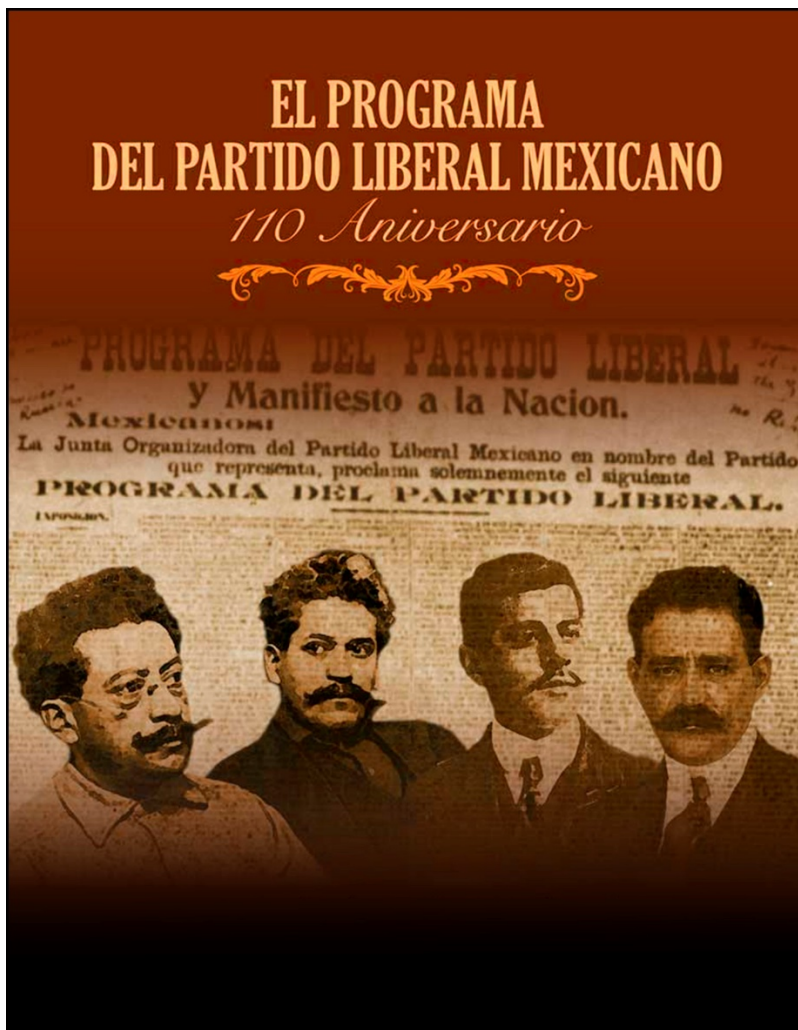
Mexicali: una historia, Universidad Autónoma de Baja California, 1991.

Ensenada: nuevas aportaciones para su historia, Universidad Autónoma de Baja California, 1999.

VELASCO CEBALLOS, Rómulo, *¿Se apoderará Estados Unidos de América de Baja California? (La invasión filibustera de 1911)*, Imprenta Nacional, 1920.

www.archivomagon.net, INAH.

ZERTUCHE, Fernando, *Ricardo Flores Magón. El sueño alternativo*, FCE.





ACERCA DEL AUTOR

ÁNGEL GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ es un escritor mexicano, nacido en Mexicali, Baja California el 21 de julio de 1958. Poeta, narrador y ensayista.

Becario FOECA-Baja California, 1994, 1998, y 2005-2006; Becario Rockefeller, 1992.

Profesor de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Humanas de la de la Universidad Autónoma de Baja California, investigador y uno de los editores de la *Revista Universitaria* de la UABC. Ha publicado más de 130 libros como autor o compilador.

Fundador de las editoriales del Ayuntamiento de Mexicali y del Instituto de Cultura de Baja California. Fundador de Esquina Baja y Trazadura. Es socio fundador de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía. Creador Emérito de Baja California 2012. Es miembro y académico de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a Baja California, desde el 23 de junio de 2011. Ciudadano distinguido en Artes 2013 por el Gobierno del Estado de Baja California. Ha recibido nueve veces el Premio Estatal de Literatura de Baja California, así como Premio Nacional de Ensayo Abigael Bohórquez 1998, Premio Bellas Artes de Narrativa Colima para Obra Publicada 1999 por *Espantapájaros*; Premio Nacional de Poesía Sonora 2004, Premio nacional de poesía Bartolomé Delgado 2004 por *Colindancias*; Premio Binacional de Poesía Pellicer-Frost 1996, por *Borderlines*, Premio Binacional Excelencia Frontera 1998, el Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano 2005 por *Highcloud, memorias de arena y agua, de roca y viento*; Premio Regional de Novela Vandalay 2005, Premio de Narrativa Histórica de la Fundación Pedro F. Pérez y Ramírez 2006, Premio en Artes 2009 por el Instituto Tecnológico de Mexicali,

Editor y director de *Semillero*; coordinador del Centro Regional de Información y promoción de la literatura en Mexicali; Investigador de la literatura y periodismo de Baja California; del cine fronterizo y la historia de la ciencia ficción en México.

Ha colaborado en decenas de publicaciones como son *Arquetipos*, *Azar*, *Blanco móvil* y otros.

Parte de su obra poética y ensayística ha sido traducida y publicada en Japón, India, Italia, Alemania, Estados Unidos, Argentina Chile, España, Francia, Canadá y Suiza.